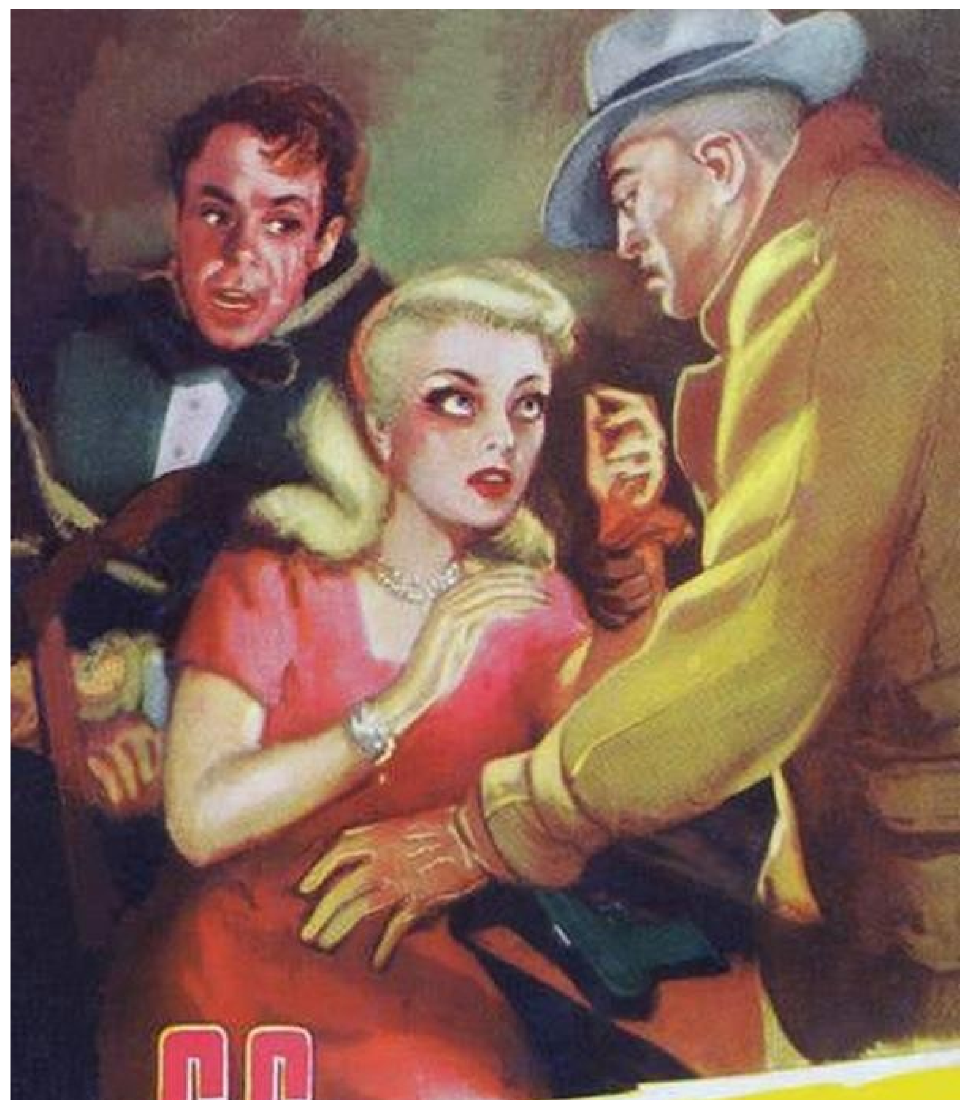


SS
SERVICIO SECRETO

JACK GREY

EL HOTEL DE LOS CRIMENES



JACK GREY

EL HOTEL DE LOS CRIMENES

1. EDICION
SEPBRE.-1960

EDITORIAL  BRUGUERA
Proyecto, 2-T. 284453 BARCELONA (6)

Colección SERVICIO SECRETO

Obras publicadas del mismo autor:

Entre tinieblas

IMPRESO EN
GRÁFICAS BRUGUERA
BARCELONA



CAPÍTULO PRIMERO

EL "salón grande" del "Hotel Internacional" estaba resplandeciente.

Música, luz a raudales, risas de mujeres y hombres, fulgores de joyas, sedas, fracs y smokings magníficamente cortados.

Había servido de pretexto para la fiesta el rendir homenaje al joven y celebérrimo pintor inglés John Kennedy, llegado días atrás de su excursión por la parte de Europa occidental que podía visitarse sin inminente peligro de ser alcanzado por los bombardeos; pero, en realidad, lo de menos era el motivo. La gente adinerada que residía en Ginebra gustaba de divertirse —simplemente por divertirse, unos, y por olvidar otros— y siempre encontraba ocasión de realizar veladas cuyo esplendor alejase de sus cerebros el espectro de la guerra.

Fue la colonia inglesa la organizadora de aquel acto en honor de John Kennedy, pero ello no constituyó óbice para que acudieran al mismo casi todas las personas distinguidas de otros países allí representados.

Quien menos se divertía era el propio pintor. A pesar de que sus ojos grises, expresivos, parecían reír incluso antes que los labios, advertíase en él un indefinible grito que unas veces denotaba

hastío, otras preocupación.

Lo disimulaba bien para no desentonar en aquel ambiente que, no por distinguido, dejaba, de tener acusados toques de garrulidad.

De todo lo que veía, lo único que le resultaba grato al celebrado artista era la presencia de Fanny Wilkins, deliciosa inglesita de pupilas azules y dorados cabellos rizosos, cuyo espíritu se mostraba más bello que su rostro, aun siendo este ideal.

Fanny, gran enamorada de la pintura, arte que cultivaba a ratos por afición, admiraba fervientemente a Kennedy, aunque solo le conocía a través de sus obras. Por eso, apenas tuvo noticias de que el joven había llegado a Ginebra, se hizo presentar a él y le demostró un entusiasmo que conmovió al artista desde las primeras palabras. Estaba muy acostumbrado a recibirlos sin que apenas le produjesen efecto; pero es que en las palabras y, sobre todo, en el tono de la inglesita, había tal suma de sinceridades, tales expresiones ingenuas, que llegaban directamente al corazón.

La linda, joven fue víctima del "flechazo" desde el primer día. Kennedy se dio cuenta, pero aunque no se notó afectado por el mismo "mal", tampoco se sintió inducido a adoptar precauciones, pues lejos de ver en la muchacha a una vampiresa o algo parecido, descubrió el candor que atesoraba y lo agradable que resultarían sus diálogos sobre arte o sobre cualquier otro tema.

Fanny vivía con su hermano Robert y con su cuñada Constanza. Los tres se hospedaban también en el "Internacional".

Robert Wilkins era hombre de treinta y cinco años aproximadamente, simpático, rubio, de ojos azules. Poseía una elegancia innata que apenas lograba disminuir la leve cojera que disimulaba lo mejor posible al andar y que le provenía de un accidente de equitación sufrido en los años de su primera juventud. Su profesión era la de arquitecto, pero no la ejercía. Dedicábase a los "negocios", esta palabra amplia que tanto puede abarcar.

Constanza, su esposa, había nacido en Berlín. Merecía el calificativo de espléndida mujer: arrogante, majestuosa, de labios sensuales y encendidos, ojos y cabellos castaños, despertaba la admiración de los hombres y la envidia de las damas. No obstante su aire señorial, en el trato era dulce, afable, seductora.

Fanny se preocupó de atraer a Kennedy hacia su familia y no le costó trabajo alguno conseguirlo: Robert encontró muy agradable a

su compatriota artista y este a su vez halló el mismo atractivo en el arquitecto y en la turbadora Constanza.

Fue, pues, cuestión de horas trabar una amistad que, de minuto en minuto, iba adquiriendo consistencia.

Después de rendir al pintor los honores preliminares, la mayoría se preocupó de sus propias diversiones, lo cual permitió a aquel aislarse un poco, aun en medio del salón, y observar; distracción favorita suya.

Fanny, requerida por compromisos ineludibles, había concedido algunos bailes, cosa que a ojos vistas le disgustaba, pues hubiera preferido estar siempre junto a Kennedy.

Uno de los personajes que llamó pronto la atención del artista fue un hombrecillo pequeño, tímido, el cual parecía buscar a todas horas, con asustados ojos un rincón donde esconderse y no oír nada que se relacionase con la horrible matanza que destrozaba al mundo. Se hacía llamar Anthony Brown y aseguraba ser millonario.

Aquella noche daba la sensación de hallarse interesado por cuanto le rodeaba y, sobre todo, por Robert Wilkins, a quien observaba con disimulada, insistencia, vigilancia que no pasó inadvertida al interesado a juzgar por el gesto de disgusto con que correspondía a las huidizas miradas de aquel.

El pequeño millonario adoptó pronto una actitud indiferente y no volvió a mirar en mucho rato al hermano de Fanny.

A Kennedy se le antojó, interesante el asunto y se prometió no perder de vista en lo posible al que espiaba ni al espiado, pero le resultó imposible cumplirse a sí mismo la tal promesa: Fanny había acabado de bailar y venía hacia él acompañado de un sesentón excesivamente amable a juzgar por su sempiterna sonrisa y su asentimiento a todo cuanto oía decir.

Intentó el pintor escabullirse; pero la voz armoniosa de la muchacha, se lo impidió:

—¡Señor Kennedy!

—¡Oh, señorita!…

—¿Iba usted a escaparse?

—¡Qué cosas dice!

—Permítame presentarle a su gran admirador el doctor Manzini, un genio de la medicina, que honra a Italia, su país.

El doctor hizo un gesto de cómico desagrado.

—¡No me recuerde mi “oficio”! ¡Sabe cuánto daño me hace!… —estrechó con fuerza la mano del artista a la par que añadía—: Soy un gran admirador de su obra, señor Kennedy. La he seguido paso a paso y aseguro a usted que me entusiasma como pocas cosas en esta vida.

El joven apresuróse a cortar el chorro de los encomios, apresurándose a dar las gracias y preguntando a continuación:

—Si no he oído mal, ama usted poco a su profesión.

—Poco es algo. ¡La detesto! Quisiera no ser más que numismático. ¡En eso sí que merezco el calificativo de genio! La medicina me es odiosa y, sin embargo, la gente se empeña en admirarme como continuador de Hipócrates.

—¿Tiene usted motivos para ese aborrecimiento?

—No… Es algo temperamental.

Durante un largo cuarto de hora, Manzini estuvo molestando a Kennedy y a Fanny con su untuoso exceso de afabilidad. Cuando, por fin, lograron librarse de él, John amenazó con un dedo a la inglesita y avanzó hacia ella, quien, mitad en serio, mitad en broma, empezó a retroceder y juntó las manos en actitud de súplica.

—¡Perdóneme!

—¡Jamás!

—¡Sea usted bueno!

—¡Me siento fiera!

—¡Por favor!

—No concedo favores.

—Compréndame, y no me guarde rencor —dijo, insistiendo en la súplica—. Yo lo lamento más que usted mismo, pero no me pude negar. Es muy amigo de mi hermano. Me pidió que le presentase y…

—Bien, no se lo tomaré en cuenta, si no repite la suerte.

—Lo procuraré… aunque no se lo prometo. Cuando se alcanza la altura que usted ha alcanzado no se puede huir del mundo, a menos de aislarse. Comprendo que le moleste tanto incienso; pero de ahí a no querer trato con quienes le rodean…

—¡Sí lo quiero! Pero lo quiero con las personas que me sean

simpáticas, nada más. Por ejemplo: ¿cree usted que puede significarme ningún atractivo la amistad de ese hombre que pasa ahora frente a nosotros?

Señaló a un cuarentón, vulgarote, pelirrojo, que resoplaba sin disimulo y movía la cabeza cada pocos minutos, como si quisiera escaparse del cuello postizo que le aprisionaba.

Fanny rio.

—Se refiere usted a Edward Smith.

—No sé cómo se llama, ni me importa.

—Es compatriota nuestro… según dice.

—¡Aunque fuera mi propio hermano!

—Sí, reconozco que es poco simpático. Su única pasión es el comercio, y se pasa la vida despotricando contra la guerra, no por lo que la guerra significa, sino porque, así como a otros los ha enriquecido, a él le va arruinando. Concedo que se aparte de esas personas; pero hay, en cambio, otras…

—Sí, otras pueden ser interesantes. A propósito: ¿quién es aquel personajillo minúsculo?

Señaló a Anthony. La muchacha acentuó su cantarina risa al responder:

—Un millonario londinense. Tiene pocas amistades. Yo no sé de él más que lo que le he dicho. Anthony Brown es su nombre. ¿Quiere que se lo presente?…

—¡Oh, no, no! Ha sido simple curiosidad. Prefiero, a todas las cosas, hablar con usted sin que nadie nos moleste.

—Eso va a ser muy difícil mientras estemos aquí.

—Pues habremos de pensar en otros lugares para nuestras entrevistas.

Ruborizóse Fanny. Aquellas palabras, dichas sin intención por Kennedy, aceleraron los latidos de la joven, que creyó encontrar en su fondo algo totalmente distinto a lo que en realidad había.

—Pensaremos —repuso, sin mirarle.

John se dio cuenta en aquel momento del significado que Fanny diera a su sugerencia, y parpadeó ligeramente aturdido, sin saber qué replicar.

La situación hízose un tanto embarazosa, pero la oportuna llegada hasta ellos de Robert la despejó.

—¿Qué? —dijo, envolviendo la pregunta en simpática sonrisa —. ¿Continúan hablando de arte? —y añadió, sin aguardar la respuesta—: En la primera ocasión tengo que acapararle un buen rato, señor Kennedy, para que charlemos largamente de Londres. Cada vez que encuentro a un compatriota nuevo me siento revivir, y sobre todo, si el compatriota es, como usted, persona de exquisita sensibilidad.

—Estoy a su disposición, señor Wilkins. También yo disfruto ocupándome de Inglaterra.

—¿Y quién, que sea de allí, no siente lo mismo? —suspiró Fanny—. ¡Lo que yo daría por ir y abrazar a los papas!

Continuaron ocupándose del tema durante algunos minutos. Luego, Fanny y John se lanzaron a la pista. Robert sacó a bailar a una danesa muy rica con cara de mono, mientras Constanza se dejaba llevar por los brazos de Manzini.

* * *

Anthony Brown, el minúsculo hombrecillo que alardeaba de millonario, aprovechó un momento en que la fiesta se hallaba en su apogeo y nadie parecía ocuparse de quien no estuviese delante, para deslizarse hacia el piso inmediato superior. Avanzó por el pasillo con bien fingida naturalidad, y se detuvo ante la puerta que daba acceso a las habitaciones de los Wilkins.

Tras convencerse de que no era observado manipuló en la cerradura, la cual no tardó en ceder. El misterioso visitante se adentró en el interior, cerrando tras sí.

Denotando pericia extraordinaria, comenzó un registro de todo cuanto alcanzaba su vista, preocupándose no poco de ir poniendo las cosas en forma tal que no se advirtiese haber sido tocadas.

Sus manos tropezaron con joyas de valor, pero no hizo el menor caso de ellas. Las dejaba en su sitio y continuaba buscando.

Aunque el corazón le latía con furia, su exterior aparecía sereno, cual si todos sus nervios respondieran exactamente a su voluntad.

Desde abajo le llegaban las risas, la música, los rumores de conversaciones alegres.

Oyó pasos que se acercaban y se detuvieron cerca. Contuvo basta la respiración y clavó la mirada en el enorme armario ropero

que podía servirle de refugio.

Percibió con toda exactitud el roce de una mano sobre el pomo de la puerta, al propio tiempo que la voz de Constanza decía:

—Baja, querido; no te molestes; lo tengo aquí.

Los pasos se alejaron, hasta desaparecer.

Anthony respiró con fuerza, meditando la situación; no le había descubierto nadie, sino que la alemana desearía alguna pequeña cosa, y su marido, probablemente, había acudido a buscarla. Por fortuna, encontróla ella en el momento justo de impedir una escena fatal.

Continuó el registro. A medida que lo verificaba reflejábase en su semblante la decepción.

Estaba seguro de haber husmeado en todos los sitios donde pudiera esconderse lo que le interesaba, y, sin embargo, no lo conseguía localizar.

Tardó en darse por vencido, pero al fin no tuvo más remedio que reconocer su fracaso.

Con grandes precauciones fue abriendo la puerta, miró a un lado y a otro sin ver a nadie; cerró otra vez tras sí y bajó despacio al salón de donde se ausentara hacía media hora.

No pudo fijarse en una sombra que en los primeros momentos de iniciar él la salida de la habitación, dobló con rapidez el próximo recodo del pasillo.

Buscó Anthony con la mirada a Robert, mas no le vio por parte alguna. La esposa de este, convertida casi en reina de la fiesta, bailaba ahora con John Kennedy.

La animación continuaba. Danzaban los jóvenes sin cansarse, e incluso los ya maduros derrochaban un entusiasmo que, aplicado a cosas útiles, hubiera rendido magníficos frutos.

Hasta mucho después de la medianoche no empezó a iniciarse el desfile de invitados.

Anthony retiróse a su habitación, cuando ya apenas si quedaban en la pista algunas parejas contumaces.

* * *

Despacio, muy despacio, sin producir el más pequeño ruido, la puerta, del dormitorio ocupado por el misterioso hombrecillo fue

abriéndose y permitió la entrada a un hombre. Este hombre, cuyo rostro iba cubierto por negro antifaz, observó, hasta adquirir el convencimiento, de que la persona a quien buscaba dormía. Percibió su acompasada respiración, y cuidándose de volver a cerrar con las mismas precauciones que empleara para abrir, avanzó hacia el lecho. Su enguantada mano diestra esgrimía un puñal.

Anthony Brown tenía un sueño ligerísimo y despertó, a pesar de que el nocturno visitante se deslizaba como una sombra. Pero despertó para caer en otro sueño del que no se vuelve. Solo tuvo tiempo para lanzar un grito, un grito estridente, desgarrado, a la par que intentaba incorporarse. El puñal asesino, descargado con gran fuerza, le partió el corazón.

Sin ocuparse de recobrar el arma, que quedó en la herida, el criminal ganó el ventanal próximo y desapareció en la noche.

El alarido de la víctima repercutió en todo el ámbito del hotel.

Pronto se oyeron murmullos, pisadas que iban de una parte a otra, voces que se preguntaban entre sí.

De las habitaciones comenzaron a salir sus ocupantes, quienes, con ligeras variaciones, solían sostener el mismo breve diálogo: “¿Ha oído usted?”. “Sí; un grito espantoso. ¿Qué habrá pasado?”. “Desde luego, ha sido cerca…”.

John fue el primero en unirse al todavía pequeño grupo formado por el *maître*, la servidumbre subalterna, el detective del establecimiento, y algunos huéspedes rezagados que quedaban junto a la barra apurando las copas que calificaban de penúltimas, sin que la última acabara de llegar.

El doctor Manzini apareció pronto; más tarde, Edward Smith; después, Constanza, Fanny y Robert.

Entre los últimos huéspedes que llegaron figuraban dos que a Kennedy habían llamado la atención mucho. Eran estos el gran pianista polaco Pidurky y el biólogo norteamericano Fred Pickford, personajes totalmente distintos y, no obstante, de una manera de comportarse tan parecida que establecía entre ellos ciertos puntos de contacto.

El primero, Pidurky, era relativamente joven, moreno, de larga cabellera negra y ojos profundos que daban la sensación de estar mirando siempre un mundo oculto para todos los demás mortales.

Se abstraía, aun encontrándose en los ambientes más animados, hasta el extremo de que con frecuencia resultaba preciso llamarle a la realidad para que se enterase de ella.

El segundo, Fred Pickford, podría contar lo mismo treinta años que cincuenta. Sus cabellos blancuzcos, casi albinos, estaban revueltos siempre; tenía muchas arrugas en el rostro y caminaba un poco inclinado; los ojos miopes parecían microscópicos tras los gruesos cristales de sus gafas. En contraste con tales signos de decrepitud, poseía una voz fresca y una agilidad de movimientos envidiable. Lo que establecía relación entre Pidurky y él era el ensimismamiento constante, el no darse cuenta de que estaban sobre la tierra. Representaba el prototipo del sabio distraído.

Tanto uno como otro mostraron gestos de estupor excesivo cuando se acercaron al grupo que avanzaba por los pasillos. Iba a la cabeza de todos el detective del hotel, el cual llamaba a las puertas de las habitaciones correspondientes a los huéspedes que no habían hecho acto de presencia, y les preguntaba si les había ocurrido algo.

Tal pregunta era más que suficiente para que se unieran a la reunión las escasas personas que, por no haber oído nada, habían continuado durmiendo.

Cuando llegó el turno a la estancia ocupada por Anthony, el detective, cansado de llamar, cambió miradas significativas con sus seguidores.

Resonaron voces medrosas: "¡Aquí ha debido ser!…". "¡El señor Brown no está entre nosotros!".

Alguien aseguró haberle dado las buenas noches cuando se retiraba a descansar.

El camarero del piso ofreció la doble llave.

Libre la entrada, una sucesión de exclamaciones brotó de los primeros que penetraron y recorrió el grupo.

Se empujaron unos a otros, anhelando ver mejor.

Un asesinato es cosa que horripila, sí, pero que, al mismo tiempo, atrae.

El detective quiso imponerse:

—¡Que nadie toque el cadáver!

—Perdone —le interrumpió Kennedy—. Aun no sabemos si está

muerto. Tenemos aquí a un doctor en medicina.

Y miró a Manzini, el cual hizo un incontenible gesto de mal humor, pero lo trocó pronto por dulzona sonrisa y se adelantó, diciendo:

—En efecto, soy médico… desgraciadamente —añadió, tras una comprobación muy simple—: No hay nada que hacer. Este desdichado caballero ha dejado de existir.

Se cursaron llamadas telefónicas al juez del distrito y a la policía.

Fanny, a punto de desmayarse, se apoyó en el brazo de Kennedy. Tenía los labios blancos y agrandados los bellos ojos.

—¡Es horrible! —silabeó.

—No ha debido usted entrar —díjole John, llevándosela fuera —. Venga a que le dé el aire… —dirigióse a uno de los camareros —. Por favor, algo que reanime a esta señorita.

Se les unieron Constanza y Robert, denotando interés grande y afectuoso.

—¡Fanny, querida! —exclamó la alemana, acariciándola—. ¡Hay que ser fuertes!…

—Pequeña… —susurró Robert, angustiado al vería—, no debes ponerte así.

—¡Es horrible! —repitió ella—. ¡No hubiera querido verlo! ¡Tanta sangre!

Edward Smith se les había acercado y comentó toscamente, como era en él costumbre:

—Tiene usted razón. Parece mentira que un cuerpecillo tan endeble contuviera esa cantidad de líquido rojo.

El camarero acudió pronto trayendo un combinado que devolvió algo de color a los labios y mejillas de la muchacha.

Pickford y Pidurky se aproximaron a los pocos minutos. Ambos, como de ordinario, daban la sensación de que acababan de despertar.

—¿Ocurre algo aquí? —preguntó el primero.

—¿Quizá otro crimen? —inquirió el pianista.

Fanny no pudo menos de esbozar un conato de sonrisa, y repuso:

—Afortunadamente para mí, estoy bien. Gracias a todos.

Llegó la policía trayendo al forense. Momentos más tarde presentóse el juez.

Al ir enumerando los efectos del muerto encontróse algo que arrancó nuevas exclamaciones de asombro a cuantos presenciaban la escena, y, especialmente, a John Kennedy: Anthony Brown, el millonario asustadizo, era un agente del "Intelligence Service".

El pintor, dominándose enseguida, miró con suma atención los semblantes de cuantos rodeaban el cadáver, tomando nota en su cerebro de las distintas expresiones que advertía.

Se ordenó el levantamiento del cadáver.

Poco después dieron comienzo los pesados interrogatorios.

CAPÍTULO II

EL asesinato de Anthony Brown produjo una reacción curiosa, en los huéspedes del “Hotel Internacional”. Se miraban unos a otros con mal disimulado recelo, y, sin embargo, parecían más unidos que antes. Era como si experimentaran el no analizado deseo de hallarse juntos, de defenderse de las molestias ocasionadas por la policía y las posibles nuevas agresiones que creían ver flotar en el ambiente.

Siempre encontraban motivos para entablar conversación, y con frecuencia reuníanse en cualquier sitio como si les atrajese un misterioso imán.

El irlandés Cliff McCrea, dueño del establecimiento, mostrábase desolado, y repetía una y otra vez a cuantos querían oírle, que era el primer caso de tal naturaleza que se había dado en su hotel. Estaba más servicial que nunca, y derrochaba interés en agradar a unos y a otros para que olvidaran el crimen y no pensaran en marcharse.

—Aunque la plantilla de personal era más que suficiente —decía—, la he reforzado para que la vigilancia a todas horas sea absoluta. Acabo de tomar a mi servicio a dos muchachos que, además de buenos camareros, tienen puños asombrosos.

Y señalaba a Conrad Hopey y Barry Hamilton, hombres casi gigantescos, de cabellos rubios y simpática sonrisa, los cuales no solo servían a la clientela con exquisita amabilidad, sino que les infundían con su presencia una idea de protección decidida y reconfortarle.

Aquella tarde, tres, días después de la muerte de Brown, el vestíbulo se hallaba bastante concurrido. Era maravilloso el espectáculo que desde él podía admirarse: el inmenso lago adquiría tonalidades de ensueño; las suaves pendientes del Jura estremecían

sus verdores bajo el beso tibio del sol; hacia el sur, el rudo Saléve parecía juntarse con la cadena del Montblanc, coronada de blancos y refulgentes ventisqueros.

Mas no estaban los ánimos para admirar paisajes. Quien más quien menos tenía la obsesión del reciente crimen y hablaba del tema con frecuencia, por más que se esforzara en abordar otras cuestiones.

Entre los más indignados figuraban Edward Smith y Manzini. El primero aseguraba que la idea de estar a todas horas rodeado de asesinos le tenía los nervios de punta, hasta el extremo de despertarse a menudo durante las noches, temiendo ser una nueva víctima. Añadía que su imaginación, siempre tan fresca calculando futuros negocios, mostrábasele ahora torpe, inútil para toda combinación favorable.

El segundo, Manzini, se deshacía en protestas contra las autoridades que, basándose en su calidad de médico, y en que, como tal, había reconocido el cadáver, no le dejaban un momento en paz.

Fred Pickford era quien, menos se ocupaba de la cuestión. Sus estudios biológicos le acaparaban casi siempre y apenas si tenía tiempo de dedicarse a otra cosa que no fuese esto.

Por el contrario, Pidurky, aunque continuaba teniendo momentos de abstracción y buscaba con más interés que nunca refugio en sus concepciones musicales, se mostraba reservado, temeroso y lanzaba de cuando en cuando extrañas miradas en derredor.

Fanny, la que se impresionó más en principio, se había repuesto pronto y ya reía otra vez como antes, huía de los sitios en que se comentaba el luctuoso suceso y, por su parte, renunciaba a mencionarlo.

En sus ojos brillaba la fiebre del amor sentido por Kennedy, el cual, aunque continuaba encontrándose a gusto junto a ella, iba sintiendo aumentar los temores que le produjo siempre la pérdida de su libertad de soltero.

Encontrábase el joven pintor admirando la maravilla del Ródano, que entra en el lago turbio, amarillento, y sale de él cristalino y azul, cuando le tocaron en el hombro.

Se volvió. Fanny y Robert le sonreían afectuosos.

—Apuesto —dijo la muchacha— que es usted la única persona de cuantas había aquí que se interesa por el paisaje.

—De cuantas había, es posible —replicó John—; de cuantas hay, no, puesto que han llegado ustedes.

—Desde luego —admitió la muchacha.

Tomaron asiento. Sin que se lo propusieran, la conversación derivó otra vez hacia Inglaterra, a la nostalgia que los Wilkins sentían.

—¿Por qué no pueden ustedes volver? —preguntó de pronto Kennedy.

Los hermanos cambiaron una breve mirada, y repuso Robert:

—Emigramos hace tiempo. Yo no tenía suerte allí. Me llamaron unos parientes alemanes y acepté. Fanny, muy niña, me quería con locura, y yo le correspondía. Deseó acompañarme. Nuestros padres no se opusieron, creyendo que sería por una temporada, y… ¡hasta hoy! Me casé con Constanza… estalló la guerra… Compréndalo: ni nos autorizarían a ir, ni sería prudente nuestra presencia en Londres, al menos mientras el conflicto bélico dure.

La voz de Pickford, que se acercaba dando el brazo a Constanza, resonó afectuosa.

—Comprendo esa nostalgia, amigos míos —dijo—. También yo recuerdo frecuentemente a mi país; y eso que mis preocupaciones científicas apenas me dejan tiempo ni sitio para sentimientos de esa índole.

—¡Porque usted no tiene apenas corazón! —dijo la voz ruda de Edward Smith, el cual había llegado hasta ellos y, con su grosería habitual, tomaba parte en el tema sin que nadie le invitase.

Las miradas, divertidas unas e indignadas otras, volviéronse al comerciante, quien añadió impertérrito:

—¡Sí, señores, sí! ¡Solo una persona sin corazón es capaz de decir que no le queda tiempo para pensar en su patria hallándose lejos! Yo la recuerdo a todas horas. ¡Oh, los magníficos negocios que realicé allí! ¡Esta maldita guerra ha venido a estropearlo todo! ¡Qué ganas tengo de que acabe para poner en práctica mis nuevos proyectos!

Todos denotaron mal disimulado desdén hacia el “gran patriota”, que solo rememoraba del suelo que le vio nacer los

grandes negocios obtenidos.

Intervino Constanza:

—Una patria que no se porta bien con uno no merece cariño, y la tuya, Robert, te trató bastante mal. Desapruebo esa especie de obsesión que tanto tú como Fanny sentís.

—Perdona, querida —interrumpióle el interesado.

—Hay cosas que solo pueden comprender los que la sufren… y no todos. Tú vas a Alemania cada vez que gustas, y eso te impide darte cuenta del dolor que produce estar años y años lejos del lugar en que vimos la luz primera y en el cual quedaron tantos afectos, tantos detalles que la distancia engrandece y multiplica.

—Está bien —replicó ella, mimosa—. No discutamos.

—Dígame, señora Wilkins —interrumpió Kennedy, alterando el curso de la conversación—, ¿no teme usted que esos viajes suyos a Alemania, en plena guerra, puedan resultar peligrosos?

Constanza parpadeó nerviosamente unos instantes, pero se sobrepuso enseguida e inquirió:

—¿Qué quiere usted decir, amigo mío?

—No vale molestarse, ¿eh? He hablado en broma, creyéndome autorizado por la confianza que me dispensan ustedes.

—Y ¿cómo enfadarme por eso, señor Kennedy? La pregunta nada tiene de particular, y la respuesta es sencilla. No temo nada. Tenemos negocios allí, y como Robert, dada su calidad de inglés, no puede entrar, yo lo hago de cuando en cuando para que no quede en absoluto abandono lo que tanto esfuerzo nos representó.

—¡Magnífica fortaleza espiritual, señora! ¡Es usted admirable!

—No lo crea. Lo que hago es de una vulgaridad extrema.

Fanny propuso en voz alta al pintor:

—¿Damos un paseo, señor Kennedy? La tarde es espléndida y resulta imperdonable que nos limitemos a admirar solo la parte de paisaje que se divisa desde aquí.

John, disimulando el temor que le producía la perspectiva de encontrarse a solas con la muchacha, sobre todo en lugares poéticos, no se atrevió, a fuerza de correcto, a negarse.

—Encantado —repuso.

Salieron, despidiéndose alegremente de los que quedaban.

—¿Adónde vamos? —preguntó él.

—¿Qué le parecería si nos acercásemos a la isla Rousseau?

—Muy bien.

Cruzaron el “Puente del Montblanc”, uno de los siete que comunican la ciudad nueva con la antigua, y se adentraron en el inmenso escenario que para la poesía forma la Naturaleza allí.

Hablaron de pintura, como de costumbre; de arte en general, luego. Finalmente, de un modo insensible, el diálogo fue deslizándose hacia el amor.

Sin personalizar, Fanny entonó un canto al maravilloso sentimiento básico de la vida. John hubo de recurrir a toda su diplomacia para mantenerse a tono.

La muchacha le gustaba mucho; admitía que el hombre que se casase con ella sería dichoso; pero… él continuaba firme en su propósito de no dejarse “pescar”.

Era ya noche cerrada cuando regresaron al hotel. Antes de entrar percibieron algo extrañó en el ambiente. Los semblantes de los huéspedes que había en la puerta mostrábanse hoscos, malhumorados.

—¿Ocurre algo? —preguntó John a Smith.

—Sí; y muy molesto —repuso el irascible comerciante—. Nos ha llegado un delegado británico, autorizado por las autoridades del país, con la misión de investigar el asesinato del señor Brown.

Fanny abrió mucho los ojos en gesto de sorpresa. John repuso:

—No creo que sea eso motivo para disgustarse.

—¿No?… Ya me lo dirá usted cuando le soporte. Es un hombre presuntuoso, inaguantable; se cree un ser superior. Nos ha interrogado a todos, primero juntos y luego separadamente, encerrándose con cada uno. Hace preguntas idiotas, y mira como si quisiera penetrar hasta los huesos. Entren, entren; creo que ha terminado con todos y espera a ustedes.

Apartóse Edward Smith. Kennedy, sonriendo, volvió la vista a Fanny y se extrañó de ver la palidez que había cubierto sus mejillas.

—¿Se encuentra mal? —le preguntó.

—No, no; es que… me afano en olvidar ese espantoso crimen y siempre que algo me lo recuerda me estremezco.

—¡Bah!, tranquilícese y haga caso a lo que su cuñada le

recomienda todos los días: “¡Hay que ser fuerte!”.

Penetraron en el vestíbulo, donde Constanza, Robert, Pickford, Pidurky y Manzini les corroboraron lo dicho por Smith. Ya habían sufrido el interrogatorio y no lograban disimular su mal humor.

—¿Cómo se llama ese delegado? —quiso saber Kennedy.

—Winston Smuts, servidor de usted —repuso, apareciendo en aquel momento un hombre cincuentón, atildado y elegante—. He oído su pregunta y me he apresurado a complacerle. ¿Con quién tengo el gusto de hablar?

—John Kennedy es mi nombre.

—¡Ah, el famoso artista, honra de nuestra patria! También yo pinto. Si alguna vez le cabe la suerte de ver mis cuadros, observará que no tienen nada que envidiar a los suyos. Lo que ocurre es que no me preocupo de exponerlos.

El joven le miró un tanto desconcertado, no sabiendo si se le hablaba en broma o en serio; si reír o indignarse.

Winston añadió, tendiéndole ahora la mano:

—Me congratulo de conocerle, compañero —dirigió la mirada hacia la joven—: ¿Esta señorita…?

—Fanny Wilkins —contestó Kennedy, empezando a encontrar la cosa divertida—. Permítame, Fanny, presentarle al “genial pintor” señor Smuts.

Winston no denotó haber captado la ironía. Se inclinó ceremonioso ante la joven, y llevó a sus labios la mano que ella le tendiera.

—He de cumplir la penosa obligación de hacerles unas preguntas —dijo a ambos—, pero no se preocupen. Sé conducirme muy bien y no les irrogaré molestias. ¿Tienen la bondad de decirme cuanto sepan sobre el asesinato de Anthony Brown?

Accedieron los interrogados, luego de haber tomado asiento frente a Winston, quien les escuchó con la cabeza inclinada hacia atrás y semientornados los párpados.

De vez en vez les hacía preguntas envueltas en gestos de suficiencia, aunque las más de ellas eran notablemente vulgares.

—Bien —dijo cuando lo estimó oportuno—. Ahora voy a permitirme suplicarles una breve entrevista por separado. Estén seguros de que, siguiendo mi proverbial costumbre, me comportaré

de forma que queden satisfechos. Por favor, señorita, ¿quiere usted honrarme pasando a la estancia que la Dirección del hotel ha puesto a mi disposición para estos menesteres?

Fanny continuaba pálida e inquieta. Sus grandes ojos azules se fijaron en Robert, en Constanza y, por último, en John, cual si a todos pidiese ayuda. El pintor animóla con una sonrisa.

—Vamos —accedió ella.

Y desapareció junto a Smuts.

En el vestíbulo recrudeciéronse los comentarios.

—¡Es un tipo pedante!

—¡Ridículo!

—¡Insufrible!

Manzini, con la mejor de sus sonrisas, declaró, dirigiéndose a los ingleses que le escuchaban:

—Forzoso es reconocer que este hombre no concuerda con la idea que todos tenemos formada de la notable policía londinense.

Kennedy no pudo contenerse, y replicó:

—Es prematuro para opinar, señores. Bien sabemos lo peligroso que resulta fiarse de las apariencias.

—En efecto, pero…

—Si todos los policías fueran como ese —afirmó Smith, quien había entrado tras la joven pareja—, creo que poco tendrían que temer los criminales.

Durante un cuarto de hora siguieron hablando acerca de la misma cuestión. Al cabo de ese tiempo reaparecieron Fanny y Winston.

La joven volvía más serena. Sus pupilas habían recobrado la limpia diafanidad que las hacía adorables.

Al verles cesaron las conversaciones.

Smuts se dirigió al pintor:

—Querido colega, ¿será usted tan amable que me otorgue unos minutos?

—Desde luego.

Salieron los dos hombres.

En el vestíbulo todos se agruparon en torno a Fanny, dominados por la curiosidad de saber sobre qué puntos había versado el interrogatorio.

Entretanto, Winston y John adentráronse en la salita, que sucesivamente habían ido visitando los demás.

El primero cerró la puerta y dejó la llave en la cerradura.

—¿Considera necesarias todas esas precauciones? —quiso saber Kennedy, sonriendo.

—Desde luego, insigne pintor. Yo nunca hago nada que no deba hacer.

—Sí; observo que es usted un hombre excepcional. Y eso que, aunque no lo hubiera observado, sería lo mismo, por cuanto usted mismo lo declara.

—No lo dude. Siéntese, por favor.

Lo hicieron ambos. Kennedy vio en los labios de Smuts una sonrisa burlona, divertida, que alteraba notablemente el gesto tenido hasta entonces.

Se miraron en silencio. John, algo impaciente ya, apremióle:

—Comience el interrogatorio.

—¿Quiere mostrarme su documentación ante todo?

—Pero…

—Es un trámite que considero ineludible. No dudo de que sea usted el señor Kennedy, ni mucho menos, pero en determinadas ocasiones, y esta es una de ellas, la absoluta identificación se hace necesaria.

Aunque de mala gana, el artista accedió a lo que se le pedía.

Smuts examinó atentamente los papeles entregados por su interlocutor, cotejó el retrato del carnet con la fisonomía de este, convencióse de que todo estaba en regla y se mostró complacido.

—Perfectamente —dijo, devolviendo los documentos.

—¿A todos los huéspedes ha exigido este requisito?

—¡Oh, no!

El pintor arrugó el entrecejo.

—¿Hace, pues, una excepción conmigo?

—Exactamente.

—Señor Smuts, su actitud es un poco extraña,

—Dejará de parecérselo enseguida. En vez de interrogarle, vamos a tener un cambio de impresiones amistoso, si quiere usted concederme esa honra. Me complazco al hacerle saber, querido y admirado señor Kennedy, que nuestro Organismo se halla

altamente satisfecho de usted. Se me han encomendado varias misiones. La primera, felicitarle por los valiosos servicios que lleva prestados; la segunda, ponerme a sus órdenes…

—No sé de qué me habla —replicó el artista, cada vez más desabrido.

Winston sacó un carnet de forma especial y lo alargó a Kennedy, diciendo.

—Esto se lo aclarará.

Lo tomó el joven, hizo enseguida un leve gesto de sorpresa y dejó vagar por sus labios una simpática sonrisa,

—No merezco esa felicitación que me ha traído —murmuró—, puesto que acabo de acreditarme de torpe. He debido suponer la verdad. Soy yo quien le da la enhorabuena. Ha fingido usted maravillosamente.

Winston dio las gracias con un ademán, y repuso luego:

—Me enorgullece oír tal elogio en sus labios. No soy más que un modesto inspector del…

Le interrumpió John con un gesto enérgico.

—No pronuncie ese nombre, por favor —dijo casi en susurro—. Esta habitación parece reunir condiciones magníficas, pero, como bien sabe, el exceso de precauciones no está nunca de más.

Se estrecharon fuertemente las manos.

Smuts se guardó el carnet que le acreditaba como miembro del “Intelligence Service”.

—Conocía su retrato, y estoy, además, informado de sus rasgos personales —siguió diciendo este—; pero he juzgado conveniente eliminar toda duda, y por eso le pedí sus papeles. He hecho el viaje con el exclusivo objeto de darle informes sobre la misión que la Jefatura va a encomendarle en Ginebra y colaborar con usted en la medida que tenga a bien encomendarme.

—Entonces, lo de investigar el crimen del pobre señor Brown…

—Es mi “razón” oficial. No quiere decir esto que si podemos descubrir al asesino dejemos de hacerlo. Es más que probable que esa muerte y el caso que va a ocuparnos estén estrechamente relacionados; pero, en realidad, lo que vamos a perseguir es de mayor envergadura.

—¿Sabía Brown que tenía en mí un compañero?

—No.

—Es lástima. De haber estado enterados mutuamente no nos hubiésemos perdido de vista y acaso habría podido evitar su triste fin.

—Cuando él vino, encargado del mismo trabajo que nosotros vamos a desarrollar ahora, la Dirección ignoraba la fecha exacta en que usted llegaría. Brown no tuvo apenas éxito. El proyecto era hacerle regresar a Londres y que usted se encargase de lo que a él se le hacía punto menos que imposible. Hemos arribado tarde. ¡Ya no podrá tornar!

La explicación no satisfizo del todo a Kennedy pero se abstuvo de manifestarlo. Le constaba que todas las medidas emanadas de las alturas tenían un gran motivo, aunque este no se pusiera al alcance de los colaboradores. Por eso precisamente se había trasladado a Ginebra, cuando recibió la orden cablegráfica de hacerlo, ignorando lo que se pretendía de él y dispuesto, como siempre, a darlo todo por la causa que defendía.

Insistió Smuts:

—Como le he dicho, nuestro Organismo está altamente satisfecho de su actuación. La labor que tanto usted como otros elementos honorarios realizan desde que comenzó la guerra, es magnífica.

—Cumplimos nuestro deber de patriotas.

Con un ademán aprobó Winston la respuesta, y añadió:

—Voy a trasladarle lo que se me ha ordenado le comunique: Se tiene en Londres la evidencia de que en esta ciudad existe un buen, número de espías los cuales, valiéndose de Constanza Wilkins, hacen llegar a Alemania cuantos informes pueden obtener.

—¡Constanza Wilkins!

—¡Ajá! La esposa de Roberts Wilkins, a la cual he interrogado, como a los demás, sin dejarle entrever lo más mínimo de cuanto acabo de exponer a usted. A través de los informes que el pobre Brown pudo enviar, tenemos la impresión de que el jefe de la banda es el esposo de dicha dama. Cosa es esta que no se ha podido comprobar. Todo hace suponer que Anthony Brown estuviera a punto de confirmar tal creencia y que ello haya sido la causa de su muerte.

—Hubiera sospechado de cualquiera antes que de ese hombre —le dijo.

—No tiene nada de particular.

—¡Sí tiene! Aunque me consta que en la Jefatura se dice que poseo cualidades excepcionales, estas cosas ponen de manifiesto que carezco de la experiencia que el tiempo da. Aún no he llegado a convencerme de hasta qué punto los menos sospechosos son los más dignos de atención.

—Repito que no hay seguridad absoluta de que ese Robert Wilkins sea el jefe de la banda. La misión que a usted se le encomienda es comprobarlo y hacer todo lo posible, si estamos en lo cierto, para que ese hombre vaya a parar a Inglaterra.

—¡A Inglaterra!

Kennedy lanzó la exclamación de modo significativo, acordándose en aquel momento de los deseos que en tal sentido expuso Wilkins varias veces.

—¿Le sorprende? —interrogó Winston—. La cosa es natural… Si le cogemos en nuestro país podrá ser interrogado a placer… y ahorcarlo luego.

John experimentó un ligero escalofrío. Lo que Smuts le decía era lo indicado y lógico, pero le produjo una desagradable sensación la idea de que Robert pudiera merecer y sufrir tal suerte. Se repuso enseguida, y contestó:

—Si averiguamos que ese hombre es lo que se supone, no me será difícil lograr que desembarque en Londres.

Informó a Winston de los anhelos acariciados por la persona que les interesaba.

—¡Eso es muy bueno! —comentó aquel, sin disimular lo que le agradaba la noticia—. Confiemos en que nos ayude la suerte a confirmar pronto todas las sospechas.

—Triunfaremos. Precisamente tengo en mi abono… —se interrumpió, arrepentido de lo que iba a decir. Vio fijos en sus ojos los de Smuts, y añadió:

—La hermana, de ese sujeto está enamorada de mí.

—¡Ah!

—Me repugna la idea de utilizar a esa mujer para descubrir lo que nos importa; pero… pienso en los miles de compatriotas que la

labor de un espía enemigo puede llevar a la muerte. Ningún procedimiento, por desagradable que sea, ningún escrúpulo debe contenernos para desenmascarar a los que nos combaten desde las sombras. Por creerlo así siempre, aun no teniendo necesidad de mezclarme en estos asuntos, solicité el ingreso en nuestra Organización.

Se había erguido. Sus ojos centelleaban, dando salida al entusiasmo que en aquel pecho ardía. Winston le observaba denotando la satisfacción que le producía ver la actitud del joven, el cual añadió en un escape de su dinamismo peculiar:

—Tracemos un plan de campaña. Dice usted que está a mis órdenes…

—En efecto. Y no solo yo. ¿Ha prestado usted atención a los dos nuevos camareros que forman la plantilla del hotel?

—Sí; son dos gigantes rubios…

—Se llaman Conrad Hopey y Barry Hamilton… y pertenecen también al "Intelligence Service". Hay varios hombres en Ginebra que les obedecen y que actuarán si se hace preciso emplear la fuerza bruta. Ellos nos guardarán las espaldas tanto a usted como a mí.

—¿Cómo no se me han presentado?

—Vinieron con la instrucción de limitarse a velar por la salud de usted, a distancia, hasta que llegase yo.

—Entonces… ¿el dueño del hotel…?

—¡El bueno de Cliff McCrea!… No pertenece a la Organización, pero es un incondicional nuestro. Sabe quiénes son Hamilton y Hopey, y por eso no vaciló en admitirles.

Kennedy expresó su alegría.

—Advierto —dijo— que no se descuida nada.

—A veces, sí. Lo prueba la muerte de Anthony Brown; pero es que resulta de todo punto imposible llegar a tiempo a todas partes.

—Claro, claro… Bien, señor Smuts: opino que durante el tiempo que permanezca usted aquí so pretexto de investigar el asesinato de Anthony Brown, deberemos tratarnos, no ya solo como simples conocidos, sino como si mutuamente nos fuésemos poco simpáticos.

—Acertada idea.

—Le voy a encomendar una tarea peligrosa.

—Son las que más me gustan.

—Convendrá que atraiga sobre sí el odio y atención de los espías que pueda haber en derredor. De ese modo se fijarán menos en mí, en principio, y me resultará fácil llevar a cabo mi cometido. Por supuesto, Barry, Conrad y yo velaremos porque nada le ocurra.

—Me proporciona usted una alegría, señor Kennedy. Yo había pensado en eso mismo, y a tal idea obedece la actitud petulante y ególatra en que me he presentado ante todos.

—Ahora me explico…

—Como bien sabe, en nuestra Organización no cabe la gente imbécil, y el papel que yo he representado, y seguiré representando, es de perfecto cretino. Lo elegí, entre otros, antes de llegar a Ginebra, aunque dispuesto a rectificar si a usted no le agradaba. Me indujo a ello el creer que, además de atraerme la atención, no aparecería muy peligroso y nadie sentiría verdadero deseo de eliminarme. Un pavo engreído como yo parezco, no asusta a los elementos hábiles como son, sin duda, los que tenemos enfrente, pero al propio tiempo les obliga a no perderle de vista por si le ayuda la suerte.

—Le felicito. Es usted un consumado actor.

Winston agradeció el elogio. John se levantó, añadiendo:

—Demos por acabada nuestra entrevista. Hemos de evitar la suspicacia que despertaría si la prolongásemos demasiado. Mientras no sea absolutamente necesario, eludiremos hablar a solas. De instrucciones a Conrad Hopey y a Barry Hamilton para que se pongan en contacto conmigo. Nos valdremos de ellos para cuanto tengamos que comunicarnos.

—Conforme.

—Claro que si algo inesperado exigiese que hablásemos, no deberá abstenerse.

—Lo haré así.

Volvieron a estrecharse las manos.

—¡Hasta siempre, señor Smuts!

—¡Hasta siempre, admirado jefe!

CAPÍTULO III

LOS que se sentaban en torno a las pequeñas mesas del lujoso comedor, estaban pendientes de Winston, el cual tenía enfrente a Fred Pickford y le hablaba en voz alta, con el decidido propósito de que todos le oyesen, sin reparar en que la atención que se le prestaba era burlona.

—Sería esta la primera vez —aseguraba— que yo dejase de descubrir un crimen cuya investigación se hubiese encomendado a mi talento y experiencia. ¡Prometo a usted, ilustre profesor, que en plazo relativamente corto habré puesto las esposas al asesino de Anthony Brown!

—¿Eh? ¿Qué dice? —inquirió Pickford, como si despertase de una de sus abstracciones.

Risas ahogadas por las servilletas acogieron la salida del biólogo. Smuts, sin desconcertarse, repitió:

—¡Digo que le prometo detener pronto al asesino de Anthony Brown!

—Y a mí, ¿por qué me lo promete? No se lo he pedido.

—Supongo tendrá interés en que se haga justicia.

—Desde luego. Como todos.

—Por eso mi promesa va hecha a todos, aunque me haya dirigido a usted. Tal es el motivo de que me exprese en voz alta. ¡Va a ser sonada la actuación de Winston Smuts en Ginebra!

Intervino Manzini desde una mesa próxima:

—Supongo, inspector, que alguien se le habrá hecho ya sospechoso.

—Desde luego —repuso aquel, mirando con fijeza al italiano.

—Por favor, no me clave así las pupilas. ¡Voy a creer que soy yo la víctima!

Y lanzó una risita incisiva que fue secundada por varios.

Repuso Winston haciendo un elegante gesto desdeñoso:

—No esperará que un hombre de mi inteligencia conteste a esas palabras con un “sí” o un “no”. Me limito a decir que tengo motivos sobrados para creer que existen en esta bella ciudad personas indeseables, espías sin escrúpulos, asesinos sin conciencia que no sienten el más pequeño respeto hacia la vida humana, y que yo, Winston Smuts, he de acabar con ellos.

No se oyeron más risas.

Aunque la egolatría del inspector invitaba a la hilaridad, la firmeza de su tono impresionó a los oyentes.

Rehiciéronse, sin embargo, pronto, y los comentarios más o menos humorísticos siguieron.

Fanny, Constanza y Robert entraron en el comedor en que Winston hacía su categórica afirmación.

La primera se detuvo unos segundos, como si hubiera tropezado con una barrera invisible que le impidiese avanzar. Su cuñada y su hermano la empujaron suavemente y ella obedeció.

Kennedy se hallaba en una mesa próxima al gran ventanal y se levantó para ir al encuentro de los recién llegados, a los cuales saludó con la más amable de las sonrisas, sonrisa que hizo más atrayente al dirigirse a Fanny.

—Se han retrasado —dijo. Y añadió, bromeando—: Temí que hubieran perdido el apetito de manera colectiva…

—Salí a pasear… —repuso la muchacha—. ¡Hace una mañana tan hermosa!

—Yo confieso que acabo de levantarme —dijo Constanza con acento perezoso—. Me gusta la cama sobre todas las cosas.

—No tiene usted idea, amigo John —declaró Robert—, del trabajo que me ha costado decidirla a que abandone las sábanas.

—Ocupo una mesa grande. ¿Me honrarán comiendo conmigo?

—¡Claro que tendremos mucho gusto en honrarnos nosotros aceptando! —apresuróse a decir Fanny, encantada de la actitud afectuosa del pintor y antes de que los demás contestasen.

Precedidos de Kennedy, sentáronse cerca del ventanal.

—Parece que hay expectación —comentó la alemana fijando la mirada de sus obscuros ojos sobre los comensales.

—Diga más bien situación divertida. Ese inspector Smuts resulta un caso curioso. Me proclamo arrepentido de haber salido en su defensa ayer.

—¿Y eso?

—A medida que le oigo, me convenzo más de que es la estulticia elevada al cubo. Lamento que sea inglés.

—¿Qué es lo que ha dicho antes de que llegásemos? —quiso saber Robert.

—Suplico que hablemos de otra cosa —intervino Fanny—. Es insoportable oír horas y días comentarios, con ligeras variaciones, sobre el mismo tema.

—Tiene usted razón —aprobó Kennedy—. Es de mal gusto hablar tanto de la muerte cuando la vida sonríe.

Y, en efecto, se ocuparon de temas banales, matizados de ocurrencias graciosas, desentendiéndose, al menos, de Smuts, el cual continuaba ensañándose con los malhechores y lanzando baladronadas, teniendo como principales oyentes a Pidurky, Smith, Pickford y Manzini.

La comida tocó a su fin. Los comensales fueron saliendo poco a poco en su mayoría.

Constanza pasó al tocador.

John se valió de forma que Robert aludiese otra vez a las añoranzas que Inglaterra despertaba en su espíritu, y cuando lo hubo conseguido, dijo, poniendo en su acento matices de emoción:

—Verdaderamente, ha llegado a conmoverme ese amor que exteriorizan hacia la patria. Créanme que sería para mí un placer llevarles conmigo.

—¿Es que va usted a marcharse? —quiso saber Fanny. Y en su voz, al preguntar, vibró la angustia.

—Sí; no tardaré mucho. Tengo allí algunos asuntos que resolver. Además, el ambiente que se respira desde que asesinaron a ese hombre me tiene crispados los nervios; no lo puedo resistir. Creo que si el inspector Smuts me lo permite…

Fanny suspiró levemente.

—¡Dichoso usted! —exclamó Robert.

Clavó John las pupilas en las de la muchacha, y dijo de manera significativa:

—Pero no me gustaría marcharme solo.

Comprendió ella el valor de tales palabras y una oleada de felicidad le iluminó el rostro.

Robert, gratamente sorprendido, no vaciló en preguntar:

—¿Qué quiere usted decir?

Fingiendo deseos de disimular sus sentimientos, repuso el interrogado:

—Queridos amigos… He llegado a interesarme vivamente por ustedes. Declaro que, sin pretenderlo, me tienen enajenada la voluntad, y esto me induce a ofrecerles que haré cuanto pueda para que les visen los pasaportes.

—¡Oh!

—¿Será posible?

—Bueno… No respondo de conseguirlo, ¿eh?… Mi promesa consiste en intentarlo. El cónsul inglés es íntimo amigo mío y me parece que si yo respondo de ustedes no me negará ese favor.

—¡Qué alegría! —exclamó la joven, emocionada en alto grado.

—Si consigue usted eso —declaró Robert— le estaré agradecido siempre. No pretendemos un permiso muy largo. Con estar quince días junto a nuestros padres, respirando aquel ambiente, acariciando con la vista los lugares que amamos tanto, nos daremos por muy satisfechos.

—Confíen en mi buen deseo.

Poco después abandonaron juntos el comedor, en el que Winston. Smuts, sin auditorio ya, mostrábase muy interesado en leer las páginas de una revista.

Conrad Hopey, el pseudocamarero que le había servido, acercóse a recoger los manteles de la mesa próxima.

Sin mirarse, en tono casi imperceptible, dialogaron:

—¿Alguna novedad? —preguntó Winston.

—Ninguna.

—No pierdan de vista a los sospechosos.

—Así lo hacemos.

—Y guarden siempre que puedan las espaldas al señor Kennedy.

—Perfectamente.

Conrad se alejó, llevándose el servicio, y Smuts siguió aparentemente enfrascado en la lectura.

Entretanto, Fanny y John se habían separado de Robert y salieron a pasear.

Necesitaban estar solos; ella, para gozar la ventura de aquel amor que había creído ver en los ojos del hombre a quien diera con gusto la vida; él, para llevar a cabo la misión que se había, impuesto, a cuyo fin necesitaba captarse la confianza absoluta de su joven y bella compatriota.

Recorrieron el “Jardín des Alpes”, y, a fuer de artistas, detuviéronse, como siempre que pasaban por allí, a admirar el soberbio mausoleo del duque Carlos de Brunswick, obra del magnífico Franel.

Y sus palabras volvieron a establecer comparaciones entre la tristeza de la muerte y el encanto de la vida.

Incansables pasaron luego al Jardín Inglés, cuya fuente y bustos de Calame y Diday, merecen la atención de todos los que sienten el arte.

El paseo fue largo y altamente delicioso para Fanny, pues si bien no escuchó todavía la declaración amorosa que ambicionaba, adquirió el convencimiento de que su pasión era correspondida, pues el joven Kennedy, sin realizar violencia alguna, se lo hizo creer así.

* * *

John llevaba más de dos horas acostado, pero no dormía aún. Tenía la costumbre de meditar en la cama, luego de haber pasado revista mental a los acontecimientos del día, y sacar conclusiones acertadas.

Tenía motivos para alegrarse de la marcha de los acontecimientos y, sin embargo, no lo conseguía. El haber ganado tanto en la confianza de Fanny le causaba intenso malestar. ¡Cuán triste sería el momento en que la deliciosa muchacha supiera que él había correspondido a su amor, a su bondad, con una acabada mentira!

Quiso distraerse; pensó en Winston y sonrió recordando lo graciosamente que el inspector desempeñaba su papel.

Se dispuso, por fin, a descansar.

No había dejado más iluminación en la alcoba que la de una

pequeña bombilla azul, cerca del techo, que se podía apagar desde la cama si se deseaba dormir a obscuras.

Comenzaba a sentir sobre los párpados la grata pesadez del sueño, cuando de pronto un ruido muy ligero en la cerradura le hizo abrirlos totalmente e incorporarse.

Escuchó con atención máxima.

El ruido continuó.

Una dura sonrisa dibujóse en los labios del joven inspector honorario del "Intelligence Service".

La idea de que la suerte le ayudase hasta el extremo de permitirle atrapar aquella misma noche a un elemento de la organización de espías produjole intensa satisfacción. Si lo conseguía, no le resultaría difícil utilizarle para desenmascarar a otros.

Con el mayor cuidado y rapidez colocó una almohada en el sitio que había ocupado su cuerpo, cubriéndola con la ropa del lecho de modo que diera la sensación de un ser humano que se tapa la cabeza para dormir, y se deslizó sigiloso hasta el cuarto de baño, desde donde le resultaba fácil observar gran parte de lo que ocurriera en el dormitorio.

Veía la entrada reflejada en uno de los espejos.

Continuó oyendo la insistente manipulación en la cerradura y percibió el chasquido con que esta cedió al fin.

Un ambiente de misterio lo envolvió todo.

La puerta se abrió muy suavemente, cual si nadie la empujara, hasta que bajo el dintel apareció la figura de un hombre.

John, inmóvil, aguzó la vista tratando de reconocerle. La luz era tan escasa, que solo permitía distinguir un bulto obscuro el cual cerró tras sí, sin volverse, y permaneció quieto unos momentos. Luego, con pasos mecánicos, fantasmales por lo silenciosos, y que hacían pensar en algo automático, avanzó hacia la cama.

Kennedy se dio cuenta de que el nocturno visitante llevaba el rostro cubierto por negro antifaz.

Tentado estuvo el inspector de salirle ya al encuentro, pero decidió esperar hasta el último segundo, para ver cómo el desconocido reaccionaba al advertir el engaño.

Fuertemente empuñaba la pistola, y conteniendo hasta la

respiración, continuó observándole.

El enmascarado llegó hasta el lecho; su mano izquierda palpó de modo suave el bulto buscado, e inmediatamente su diestra, armada de un puñal que centelleó a la débil luz, se elevó rígida y cayó.

La hoja de acero se hundió varias veces en la almohada, y quedó, por último, clavada en ella.

John no podía comprender cómo el asesino no se había dado cuenta de que había apuñalado solo telas y lana. Le vio volverse, dispuesto a salir tras haber terminado su obra.

No esperó más. Abandonó su escondite y, sin levantar la voz, pero en tono enérgico y seguro, dijo:

—¡Quieto! ¡No se mueva si quiere evitar que le mate ahora mismo!

El conminado no se volvió ni se detuvo. Dando la impresión exacta de que nada había oído, continuó sus pasos isócronos hacia la puerta,

Kennedy se le acercó hasta colocarle el cañón de la pistola en la espalda, a la par que añadía:

—¡Obedezca y no sea insensato!

El fracasado asesino siguió inconmovible, desandando lo que anduvo. Kennedy, de un salto, colocóse ante él y le puso la pistola ante el pecho. Al chocar con el cañón, detúvose el misterioso visitante.

John, efectuando un rápido movimiento, dio un salto que le permitió arrancarle el antifaz y retroceder un metro.

Su asombro no tuvo límites.

La persona que tenía ante sí era Conrad Hopey, uno de los hombres llegados con el exclusivo objeto de prestarle ayuda.

Sin embargo, no tardó en comprender, aunque tal comprensión hizo subir de punto su sorpresa: Hopey estaba hipnotizado.

Entre los muchos conocimientos de Kennedy, el magnetismo ocupaba buen lugar. Lo había estudiado desde las fuentes que emanaban, en la Edad Moderna, de Francisco Antonio Mesmer, hasta Lamotte Sage, Morris y Ridley, pasando por Puységur y el Barón Du Potet. Sabía, pues, la manera de conducirse en aquellos casos, y la puso en práctica.

—¡Despierte! —dijo con firmeza extraordinaria—. ¡Usted debe

despertar, bien despierto!

Y a la par que hablaba, comenzó una serie de pases hacia arriba, para deshacer el efecto de los que, hacia abajo, sirvieron para dormir a Conrad. Este se detuvo y permaneció inmóvil.

—¡Despierte! —repitió muchas veces John, soplando a continuación de cada una de ellas los ojos del dormido—. Quiero que despierte usted. Usted está dispuesto a despertar. Despertará cuando yo cuente tres. Cuando yo cuente tres, ¿me oye? Cuando yo cuente, tres.

El paciente se removió inquieto. La voluntad de Kennedy chocaba contra la que le había dominado. Necesitaba este que Hopey se predispusiera a obedecerle, y no lo conseguía.

En virtud de ello, recurrió el inspector al procedimiento aconsejado por los más eminentes profesores en la materia, cuando se trata de sujetos difíciles magnetizados por persona distinta a la que quiere despertarles: hizo lo necesario para hipnotizarle de nuevo. Le colocó ambas manos sobre la cabeza y dio comienzo a las oportunas sugestiones encaminadas a dominarle, cual si se encontrase en estado normal.

El paciente se rindió al fin a la voluntad del que le trataba. Tan pronto como este lo advirtió, insistió en sus frases anteriores:

—Va usted a despertar cuando yo cuente tres. Y no volverá a dormirse, porque no tendrá sueño, porque quedará muy despierto, completamente despierto. Atención. Mucha atención. Voy a contar: Una… dos… tres…

Palmoteo fuertemente.

Conrad sufrió un estremecimiento y desentornó los párpados, para volver a cerrarlos enseguida; pero Kennedy le repitió sus órdenes:

—… no tiene sueño. Ha quedado despierto, ¡completamente despierto!

Pocos minutos después, Hopey recobró el completo dominio de sus facultades. Se dejó conducir por el inspector hacia un sillón cómodo, y tomó asiento exclamando:

—¡Me arde el estómago… y me estalla la cabeza!… —miró en derredor—. ¿Cómo y por qué estoy aquí?

—La verdad es —repuso John, sonriendo— que no creí me

quisiera usted tan mal.

—¿Eh?

—Ha pretendido asesinarme.

—¿Qué dice?

—… y lo hubiera conseguido de no haber estado yo en vela.

—Supongo que bromea, inspector, y le aseguro que me encuentro mal, bastante mal, y poco predispuesto a las bromas.

Kennedy, por toda respuesta, dio toda la luz a la estancia y señaló el puñal cuya hoja se hundía en la almohada.

—¿Qué significa eso? —inquirió Conrad, incorporándose de un salto.

—Si mi cuerpo hubiera estado ahí, como lógicamente debió estar, no podríamos sostener ahora este diálogo, ¿verdad que no?

Horrorizóse Hopey.

—¿Y he sido yo…?

—Tranquilícese, muchacho. Usted ha sido el instrumento inconsciente del cerebro criminal que decidió mi asesinato.

—Pero… ¿cómo es posible…?

—Le hipnotizaron, ¿comprende? Un ser sin escrúpulos que conoce a fondo esta ciencia la ha ejercido sobre usted, sometiéndole a su voluntad.

—¡Es espantoso!

—Insisto en que trate de serenarse. Nosotros no podemos sorprendernos de nada, ni mucho menos sentirnos amilanados. Estamos en la obligación de sobreponernos enseguida a todas las emociones, si es que no las podemos evitar, y colocarnos sobre la marcha. Dígame lo último que recuerda haber hecho.

Conrad se oprimió la frente entre las manos antes de responder:

—Yo tenía a mi cargo la vigilancia de este piso y el de abajo hasta las tres de la madrugada, en que Hamilton había de relevarme. ¿Qué hora es?

—Las dos y veinte. Continúe.

—La calma era absoluta y entré en mi habitación a beber un poco de coñac.

—¿Guarda usted allí una botella?

—Sí; suelo tenerla siempre.

—Siga.

—Voy recordando… Apuré la copa y encendí un cigarrillo. Inmediatamente me sentí presa de un sueño invencible. Quise vencerlo… las piernas me pesaban como si fuesen de plomo… Se me embotó la cabeza… Los párpados se me cerraron… No pude gritar… Creo que ni siquiera logré llegar a la cama.

—¿Y ahí cesan sus recuerdos?

—No. Espere… Tengo la sensación de que el fuego de unos ojos me traspasó el cerebro y de que una voz me daba órdenes.

—¿Y después?

—Nada. Ya no recuerdo más.

—Vamos inmediatamente a su cuarto. Si aún está allí la botella, analizaremos su contenido

Dispusiéronse a salir.

John tomó la pistola que había dejado sobre una silla.

—Me gustaría —dijo Conrad, rechinando los dientes— que nos tropezásemos con algún enemigo.

—También me gustaría a mí —repuso el inspector—. No imagina la decepción que me ha producido descubrir en usted a uno de los nuestros.

—Le aseguro que si lo encontrásemos no tendría usted necesidad del arma.

—¿Y eso?

—¡Lo destrozaría entre mis manos! ¡Oh, si pudiera coger al que ha estado a punto de convertirme en asesino!…

—Controle sus nervios, Hopey, y empuñe también una pistola, por si acaso.

—¿Duda usted de que mis brazos bastarían?

—Ni los brazos de Hércules podrían hacer nada a distancia. Ande, haga lo que le he dicho.

Obedeció el gigante rubio.

Salieron al corredor.

El hotel estaba envuelto en semipenumbra. El silencio era grande, aunque no absoluto: se abría o cerraba alguna que otra puerta; sonaban pisadas de algún huésped insomne, que iba a la biblioteca o volvía de ella; un vigilante nocturno canturreaba en susurro para distraerse.

La dependencia encargada del servicio de noche ocupaba sus

puestos, cerca del cuadro de timbres, y daba cabezadas, agotadas las conversaciones, bajo el sopor y quietud que invitaban a dormir.

Conrad dirigióse al ascensor. John le detuvo, diciendo:

—Vamos a pie.

—Como usted quiera.

Iniciaron la subida hacia el piso donde Hopey y otros camareros tenían sus habitaciones.

El casi imperceptible ruido que hicieron al pisar la alfombra, dio lugar a que una puerta no cerrada del todo se entreabriese varios centímetros y unas pupilas, tras ella, fulgurasen en la obscuridad. Tales pupilas reflejaron furia espeluznante y asombro extraordinario: esperaban haber visto cruzar a Conrad, hipnotizado todavía, que regresaba de perpetrar su crimen, y le observaban despierto, caminando al lado de la que tenía que haber sido su víctima.

La puerta se cerró en silencio, sin que los interesados hubieran advertido nada.

Llegaron estos a la habitación de Hopey, quien se dirigió hacia un pequeño armario que había en la misma. Lo abrió y rebuscó afanosamente.

—Ha desaparecido la botella.

—Ya le dije que temía llegar tarde. Nuestro hombre no suele dejar cabos sueltos.

—¡Es inconcebible que me haya sucedido esto a mí!

—¿Por qué? Todos estamos expuestos a ser maltratados por los enemigos. Espero, sin embargo, que el incidente le sirva de experiencia, para vivir más sobre aviso que hasta ahora. ¿Se encuentra mejor?

—Continúan los ardores en mi estómago y me duele aún la cabeza, pero ambas cosas con menos intensidad.

John escribió unas líneas en un papel, mientras decía:

—Vaya a la cocina y prepárese este vomitivo. Desde luego, no es probable que le hayan suministrado veneno. El malhechor necesitaba que gozase usted de buena salud para que pudiera llevar a cabo su obra. Si después de tomar eso que le indico no se encuentra mejor, llamaremos al médico, aunque preferiría que no lo necesitase. No se detenga. Le espero aquí. Vaya prevenido.

Obedeció Conrad.

John se dedicó a examinar minuciosamente la habitación, pero su tarea fue inútil. No encontró el menor detalle que delatase la visita del asesino.

Aquello acabó de convencerle de que se las había con persona o personas extremadamente hábiles.

Veinte minutos más tarde regresó Hopey.

—¿Qué?

—Estoy casi bien. He conseguido arrojar…

—Supongo habrá tomado una porción para el análisis.

—Desde luego.

—Procure que mañana lo verifiquen. Y ahora, dígame: ¿sabía alguien que guardaba usted aquí esta botella?

—Sí, desde luego. No hice de ello secreto alguno. Cuando la adquirí, comenté en el bar mi costumbre de beber unas copas durante la noche.

—¿Qué personas pudieron oírle?

—Pues… el encargado… algunos camareros… Junto a la barra estaban el músico polaco… la señora Wilkins… el señor Pickford… Creo que andaba cerca el doctor Manzini.

—Bien; concentremos la atención sobre todos ellos, aunque son muchos. Ocúpese usted del encargado y de los camareros; yo lo haré de los demás. Y ahora, vuelva a su puesto. Van a dar las tres y Hamilton no tardará en acudir a relevarle. Dígale lo sucedido, procurando que nadie más lo oiga, y recomiéndele que no lo comente. Tampoco usted debe hacerlo. Quiero observar el efecto que produce mañana, cuando lo diga yo.

—Conforme.

* * *

Cuando, a la hora del almuerzo, presentóse Smuts en el comedor, fue acogido con las mismas sonrisas burlonas del día anterior.

Edward Smith, incorrecto como siempre, le preguntó en voz alta desde su mesa:

—¿Qué, inspector, ha descubierto ya al asesino?

—Aun no, señor comerciante —repuso el interrogado,

acentuando sus ademanes de suficiencia—, pero lo descubriré.

—¡Falta hace! —exclamó Robert, quien almorzaba con Fanny. Constanza, siguiendo su perezosa costumbre, no se había levantado aún.

—¿Decía usted, señor Wilkins? —inquirió Smuts, con acento de impertinencia agudizada.

—He dicho y repito que ¡falta hace! Hay quién desea abandonar pronto esta ciudad, cosa que no nos será permitida, supongo, por ahora.

—Supone usted bien. Las autoridades suizas, interesadas como yo en el asunto, han accedido a mi ruego de no conceder autorización para abandonar Ginebra durante varios días a ninguno de los asistentes a la fiesta dada en este hotel la noche en que fue asesinado Anthony Brown. Por favor, no pongan caras de disgusto. Procuraré, en bien de todos, que esta medida dure poco tiempo.

—¿Y no cree que la medida es demasiado fuerte? Ignoro hasta qué punto tendrán derecho esas autoridades y usted, señor Smuts, a irrogar perjuicios a las personas respetables.

—Si lo ignora, yo puedo aclarárselo, señor Wilkins; mas le ruego que no lo tome así. Usted, como todos los señores que me escuchan, sentirán el encomiable deseo de ayudar a la justicia.

Alzóse un rumor de protestas para con Smuts:

—¡Esto es insufrible!

—¡Me quejaré en el Consulado!

—¡No debemos tolerar tal atropello!

Los dos únicos que permanecieron silenciosos, viviendo su mundo interior, fueron Pickford y Pidurky, si bien este último, como le acontecía con frecuencia desde la muerte de Brown, parpadeaba nerviosamente con ligeros intervalos.

El inspector comenzó a comer impertérrito, luego de decir, cuando las voces hubieron decrecido:

—Señores… Soy hombre altamente exquisito y, por lo tanto, comprendo cual nadie la contrariedad que lo que han oído les produce. Lo deploro en grado sumo, pero no está a mi alcance evitarlo.

Terminó de los últimos y se marchó solo, sin preocuparse de nada al parecer, aunque en realidad no perdía un detalle de cuanto

le rodeaba.

Después del mediodía, cuando hizo su entrada en el comedor, advirtió que el ambiente hostil en torno a su persona, había aumentado. Salvo Manzini, que le dirigió un amable saludo, nadie le miró apenas.

Constanza estaba ahora allí, sentada a la mesa con su marido y Fanny. Esta última denotaba bien a las claras la ansiedad que sufría por no haber visto a John en toda la mañana. Se le iluminó el semblante cuando, por fin, te divisó a lo lejos.

—¡Ya viene! —comentó entre dientes.

Sus acompañantes sonrieron comprensivos y ella se ruborizó.

Kennedy había permanecido hasta entonces en su dormitorio, en espera de que Conrad le trajese el análisis que le interesaba. Quería producir un golpe de efecto que le permitiese estudiar las reacciones de unos y otros.

Con el pretexto de saludar, iba haciendo un examen de rostros, sin obtener ningún resultado. Nadie expresaba sorpresa ni contrariedad.

Dirigióse a la mesa de los Wilkins y tomó asiento junto a Fanny, quien enseguida inició amorosas reconvenciones.

—Discúlpeme —pidió en voz alta—. Es que he pasado mala noche. Ha ocurrido algo… —interrumpióse unos segundos para dar mayor fuerza a sus palabras, paseó la mirada sobre la concurrencia y la fijó principalmente en Smuts, al mismo tiempo que añadía—: ¡Han tratado de asesinarme!

Los rostros expresaron sorpresa inaudita. Pidurky se estremeció, aunque de manera tan leve, que no lo advirtió nadie.

Estallaron fuertes rumores y exclamaciones varias:

—¡Pues sí que estamos en la gloria!

—¡Habrá que llamar a este establecimiento “el hotel de los crímenes”!

—¡Cualquier día nos toca a nosotros!

Fanny se había quedado casi sin aliento; sus manos trémulas cogieron las de Kennedy, a la par que exclamaba:

—¡Han querido asesinarle!

Tan angustiosa era su expresión que el artista hubo de realizar un gran esfuerzo para tranquilizarla algo.

Constanza y Robert se mostraron también consternados e interesadísimos.

Winston acercóse al artista, diciendo:

—Joven, su declaración es muy extraña. ¿Si eso le ocurrió la pasada noche, por qué no lo ha dicho hasta ahora?

Kennedy, siguiendo la comedia acordada en cuanto se relacionase con el trato entre ambos, replicó, desabrido:

—Porque he creído conveniente hacerlo así. ¿O es qué no soy dueño de mis actos?

—Nadie lo es cuando se trata de asuntos que afecten a los demás. Le ruego que deponga esa actitud y explique el suceso. ¿Vio usted la cara del fracasado asesino?

Kennedy hizo como que condescendía a hablar.

—No. Solo vi al ejecutor inconsciente. El asesino continúa en la sombra.

—¡Debe ser el mismo que mató a Anthony Brown!

Kennedy lanzó a Smuts una mirada reprobatoria, y repuso:

—No lo sé. Solo puedo decir que, quien sea, se ha valido de un infeliz a quien sometió a su voluntad convirtiéndole en sonámbulo luego de haberle narcotizado valiéndose de una droga cuya planta no se produce en Ginebra, sino especialmente en Alemania, según hace constar el laboratorio que ha practicado el oportuno análisis.

Se produjo un gran silencio.

John fue escrutando uno por uno las caras de cuantos le escuchaban. Creyó notar que Constanza había palidecido bajo el carmín, aunque no vio en ella ningún otro detalle. También Fanny había perdido el color y tardaba en recobrarlo. El parpadeo de Pidurky hízose más acusado.

—¿Quiere decirme —preguntó al fin Winston— por qué no da cuenta a las autoridades?

—Prefiero me haga usted el honor, como compatriota mío que es, de encargarse también del asunto —repuso Kennedy—. Estoy seguro de que su numen dantesco triunfará abiertamente.

La ironía era manifiesta. Desarrugáronse los rostros y aparecieron sonrisas. Smuts no se dio por ofendido. Dijo, con la mayor naturalidad:

—Le felicito. No tendrá de qué arrepentirse. El imposible no

existe para mí. ¡Detendré al malhechor! —volvióse a todos, agregando—: Ruego a ustedes sometan a mi claro entendimiento cualquier sospecha o detalle que hayan podido tener u observar durante la pasada noche. No quisiera molestarles con nuevos interrogatorios —hizo una pausa. Nadie le replicó. Añadió él—: Piensen que no se trata únicamente de esclarecer unos sucesos misteriosos, sino de salvar las vidas que puedan hallarse en peligro.

Continuó el silencio. Winston, tras insistir en mirar con fijeza a unos y otros, volvió a hablar:

—Bien. Espero que si alguien quiere prestarme su ayuda lo haga… aunque se reserve para mejor ocasión, es decir, cuando no haya testigos cuya presencia le coaccione. Buenas tardes.

Se inclinó ligeramente, cual si con ello otorgara un gran honor, y se encaminó a la salida. Allí volvióse para agregar:

—No pienso salir de mi cubículo durante toda la tarde.

Apenas hubo desaparecido, Kennedy soltó una risotada. Le imitaron todos.

—¡Es el ser más absurdo de la tierra! —comentó en voz alta el pintor—. ¡No comprendo cómo puede pertenecer a Scotland Yard!

—Sin embargo —objetó Fanny—, cuando le encomiendan misiones de esta naturaleza, no debe ser torpe. Usted mismo ha confiado en él…

—Me ha parecido la mejor manera de evitarme complicaciones con motivo del atentado de que me han hecho víctima. Trato de impedir que me molesten con sus interrogatorios las autoridades locales. Espero, además, que el que ha querido matarme me lo agradezca y me deje en paz.

Su tono fue irónico y punzante a un tiempo.

CAPÍTULO IV

AQUELLA misma tarde, varias horas después de la comida, cuando el hotel estaba silencioso, con apariencias de solitario, debido a que los huéspedes paseaban o dormían la siesta, pues el otoño acaba de entrar y los días eran aún bastante calurosos, Pidurky encaminóse hacia las dependencias ocupadas por Winston.

Avanzó resuelto, si bien al irse aproximando, miraba disimuladamente a un lado y a otro para apreciar si le observaba alguien.

Poco a poco, su aire decidido se trocó en vacilante.

Se detuvo un segundo ante la puerta y continuó, volviendo a tender la vista en derredor.

Llegado que hubo al extremo del pasillo, asomóse a uno de los balcones que permitían admirar la universalmente célebre belleza del lago, en cuyas aguas se quebraban los rayos del sol, produciendo fantásticas irisaciones.

Daba el músico la impresión de contemplar en semi éxtasis el soberbio panorama, pero nada tan lejos de la realidad. La mente del notable artista hallábase ocupada por cosas de suma importancia para él y sus ojos, aunque miraban con fijeza aquel siempre maravilloso espectáculo, apenas si lo veían. Sus retinas estaban llenas totalmente de otras imágenes que borraban todas las demás.

Permaneció mucho tiempo inmóvil y, finalmente, volvió sobre sus pasos, detúvose otra vez ante las habitaciones de Smuts y tras convencerse de que nadie le miraba, aplicó el oído a la puerta.

Se retiró enseguida precipitadamente, y cual un chiquillo travieso que huye temiendo las consecuencias de su travesura, dio unos pasos hacia la escalera; mas, antes de alcanzarla, sonó la voz de Smuts, diciendo:

—Señor Pidurky…

Volvióse el músico. Estaba desconcertado.

—¿Decía usted?

—Le invito a que pase. Se ha detenido usted ante mi puerta, ¿no? Me encontraba muy cerca de la misma y…

Notábase en el polaco un afán enorme de disimular su azoramiento.

—Pues, sí… sí… —repuso, forzando una sonrisa—. Pasaba… se me ocurrió llamar, pero desistí ante el temor de molestarle.

—Todo lo contrario. Tendré mucho gusto en que hablemos.

—En realidad, nada he de decirle. Es que esta noche doy un concierto en la residencia de los señores Hontin y pensé que acaso le agradaría oírme.

—¡Desde luego! Los señores Hontin han tenido la habilidad de invitarme. Son simpatiquísimos. Por lo visto no me han considerado como un policía, sino como un miembro más de la colonia inglesa.

—Lo ignoraba. Precisamente, invitarle era lo que yo me propuse.

—¿Solo eso?

—Solo eso. ¿Qué otra cosa había de ser?

—¡Ooooh!…

Smuts, al lanzar su prolongada exclamación, hizo un ademán, con ayuda de los hombros, que podía expresar muchas cosas. Insistió, en seguida, cambiando de tono:

—¿Por qué no entra y fumamos un cigarrillo?

—Me es imposible. Tengo que prepararme.

—Siquiera dos minutos.

—No, no; quizá otro día.

Le miró largamente el inspector y dijo al fin, resignado:

—Haga lo que quiera.

—Hasta la noche.

—Hasta la noche.

Pidurky se retiró afectando una naturalidad que estaba muy lejos de sentir, en tanto Winston volvía a entrar en sus habitaciones.

Púsose cómodo en un amplio sillón, y con los ojos entornados, unió lo que acababa de ocurrir al hilo de sus pensamientos.

* * *

Entre los que salieron a pasear, ya tarde, figuraban Constanza, Fred Pickford y Edward Smith.

El biólogo había invitado a la alemana a deslizarse sobre el lago en una de las muchas barcas destinadas al efecto. Hizo la invitación con la mayor naturalidad, delante de otros huéspedes, entre los que se encontraba el comerciante quien con su ya popular indelicadeza, dijo:

—Si no les molestara mi compañía… Porque es que tengo ganas de hacer lo mismo que ustedes y, sin embargo, me canso de remar solo y me aburre ir con un barquero.

La proposición fue acogida con aparente sorpresa por parte de Pickford y con burlona sonrisa por la alemana, sonrisa que se hizo extensiva a cuantos se hallaban presentes.

—El profesor y yo tendremos mucho gusto en remar para usted —repuso Constanza, extremando la ironía.

—¡Pero…! —exclamó Pickford, iniciando una protesta.

—Son ustedes muy amables —atajó Smith, sin conceder importancia al acento de la mujer ni a la objeción comenzada por el hombre.

Constanza convirtió su sonrisa en carcajada alegre y musical.

Y mientras quedaban atrás los comentarios humorísticos de los huéspedes, ellos tres dirigiéronse al embarcadero.

Renunciaron al ofrecimiento de sus brazos que el barquero les hizo. Preferían ejercitar los músculos.

En tanto encontráronse cerca de la orilla rieron y bromearon en voz alta, pero apenas estuvieron donde no podían ser oídos, donde eran solo un puntito más entre los muchos del lago, la fisonomía de los tres cambió. Constanza dejó su máscara de apariencia dulce; Pickford no recordó en nada al profesor eternamente distraído; Smith perdió su aspecto de hombre vulgarote y rudo para convertirse en una figura impresionante. Sus ojos, de color indefinido, acusaron toda la frialdad de su alma. Las líneas duras de su rostro bajo el pelo rojizo daban la sensación de algo infernal.

—¿Ocurre algo? —preguntó, impaciente, la alemana.

—He creído necesario que cambiemos impresiones —repuso Smith—; por eso recomendé a Pickford que sugiriese este paseo al cual me he agregado.

—Lo imaginé —repuso ella.

—Por mi parte —indicó el biólogo— he de decir algo grave.

—Pues empiece usted —invitó el seudocomerciante.

Habló Pickford, bajando aún más la voz, instintivamente:

—Ya les dije en su día que cuando salté por el ventanal, luego de haber despachado para el otro mundo a Anthony Brown por haberle visto registrar las habitaciones ocupadas por usted, Constanza, y por su marido, Pidurky, ese músico polaco, estaba cerca. No me pudo identificar porque se hallaba, como de costumbre, soñando despierto. Yo iba enmascarado, la noche era obscura, y cuando quiso darse cuenta de que sucedía algo anormal, yo me había perdido entre las sombras, pero él conservó la duda.

—En efecto, nos habló usted del asunto —replicó Smith, denotando en el tono cierta impaciencia y un tanto del despotismo con que ejercía su autoridad de jefe.

Constanza apoyó:

—Y le contestamos que podría tratarse de una obsesión suya, Pickford. A veces el miedo nos hace ver lo que no existe.

—Supongo que no habrá usted querido llamarme cobarde.

—Me he limitado a hacerle una observación.

—Bien. Se convencerán ahora de que estaba en lo cierto. Yo mismo me he repetido varias veces lo que acaba usted de decir, a pesar de haber observado al músico y haberme dado cuenta de que me mira con creciente interés y de que, tan pronto como advierte que yo lo noto, desvía la vista y se pone nervioso por demás, pero hoy ha ocurrido algo que no deja lugar a vacilaciones.

—Dígalo pronto.

—Anoche, cuando usted, jefe, entró en la habitación de Conrad Hopey, Pidurky debía estar despierto.

—¿Por qué lo cree así?

—Porque había luz en su cuarto. Le vi al retirarme al mío una vez concluida nuestra faena. La cosa me inquietó y durante todo el día de hoy no he dejado de vigilarle. El pánico se reflejaba en sus

ojos.

Hizo una pausa para observar el efecto producido. Smith le acució:

—¿Algo más?

—Sí. Hace apenas dos horas se dirigió a las habitaciones de Winston Smuts.

—¿Eh?

—¿Qué?

Tanto Constanza como Smith lanzaron las preguntas como si fueran escopetazos.

Pickford, satisfecho del interés despertado, añadió:

—Pidurky iba vacilante, temeroso; llegó dos veces a la puerta sin atreverse a entrar. La segunda, Smuts salió por haberle oído y le instó a que pasara, pero el miedo había renacido sin duda en él y rehusó, diciendo: "No, no; quizá otro día…" Creo que con lo expuesto hay más que suficiente para admitir que sabe algo y lucha entre el deseo de hablar y el miedo a las consecuencias.

—Comparto su opinión —dijo la alemana.

—¿Está usted cierto, Pickford —inquirió Smith—, de que ese hombre no ha hablado todavía con el inspector?

—Lo estoy. No le he perdido de vista hasta que ha salido hacia el palacio de los Hontin donde esta noche dará su concierto, como sabemos todos. Sugiero la conveniencia de acabar con él. No caben vacilaciones ni procede perder tiempo. Ese polaco debe morir —viendo que el jefe apretaba los labios sin responder, añadió—: Perdone que me haya adelantado a opinar. Es usted quien debe decidirlo, pero…

—No debemos recurrir a la violencia —advirtió Constanza— más que cuando sea de todo punto imprescindible.

—En este caso, lo es —resolvió Smith—. No habrá más remedio que eliminar ese peligro.

—Lo lamento —confesó la mujer—. Pidurky es un estupendo artista y siempre he sentido debilidad por el arte.

—¿Entonces…? —insistió, impaciente, el biólogo.

—Habrá que adoptar muchas precauciones —repuso el jefe—. Winston Smuts y John Kennedy son dos zorros de cuidado. Dejen, lo del músico de mi cuenta. Saben que me doy cierta maña para

“operar” a distancia.

Y al expresarse en tales términos, Smith mostró sus grandes dientes en una sonrisa cruel.

—Pasemos a otra cuestión —añadió, con tranquilidad—. Acabo de nombrar a Kennedy y a Smuts y es de ellos, principalmente, de quienes voy a hablar a ustedes. Como he dicho, son de mucho cuidado a pesar de la apariencia de imbécil que tiene el primero y de lo inofensivo que quiere demostrar ser el segundo.

—Lo hemos comentado varias veces —murmuró Pickford.

—Pero lo que no hemos comentado todavía por falta de ocasión —siguió diciendo Smith— es que no se trata de policías más o menos distinguidos, sino de elementos del “Intelligence Service”.

Los que escuchaban al jefe no pudieron contener gestos de temeroso asombro.

—¿Está usted seguro? —preguntó Constanza.

—Tanto como seguro, no; pero es lo más probable. Juzguen ustedes. Saben que sospeché de esos dos camareros nuevos por haber sorprendido en ellos, Smuts y Kennedy señas casi imperceptibles que me pusieron en guardia. Pude apreciar que es al pintor a quien tratan con más respeto y del cual se hallan pendientes a todas horas y por eso decidí acabar con este ante todo. Pues, bien; anoche, cuando dejé en estado sonambúlico al llamado Conrad para que realizase dicha tarea, registré a conciencia el cuarto y descubrí que pertenece al tal organismo. Lógico es suponer que si el falso camarero depende del “Intelligence Service” y recibe órdenes de Smuts y Kennedy es porque son de la misma cuerda.

—La cosa tiene importancia trascendental —comentó Constanza.

—¡Desde luego! —admitió Pickford.

—Hemos de andar con pies de plomo, hasta tanto se nos presenta una ocasión de quitar de en medio a esos hombres.

—Tendremos que buscar esa ocasión enseguida.

—No —refutó el jefe—. Vistas sus manifestaciones sobre Pidurky, lo que más urge es cerrar a este la boca para siempre, pues a falta de los citados elementos del “Intelligence Service” iría con la delación a otra parte. Y como a buen seguro la muerte de Pidurky ha de armar un gran revuelo, se hace ineludible permanecer

inactivos hasta que se aquieten los ánimos. Esto no obsta para que si las circunstancias lo exigiesen precipitásemos los acontecimientos y que si a cualquiera se nos presentase una buena oportunidad, lejos, del hotel, la aprovechásemos. Ya están ustedes advertidos. Informaremos también a Manzini. Los subalternos de nuestra organización no tienen por qué saberlo aún. Y a propósito de Manzini. Hemos de felicitarle por su olfato. Fue él quien primero desconfió de Kennedy; tanto que si yo me puse en guardia debióse a las indicaciones de nuestro doctor. Usted, Constanza, no quería admitirlo.

—Reconozco que constituyó una sorpresa extraordinaria para mí.

—A veces nos ciegan los motivos particulares, ¿no es verdad?

La alemana sostuvo la fría mirada del jefe y replicó:

—Es posible. Mi cuñadita adora a ese hombre y yo deseo verla feliz, puesto que ello contribuye mucho a la felicidad de mi marido.

—Entonces, ahora…

—La cosa ha cambiado. Por encima de todo están la seguridad y el éxito de nuestra labor. Me apena de modo extraordinario el dolor que Fanny sentirá cuando John Kennedy desaparezca del mundo de los vivos, pero… Trataré de consolarla, aunque me resulte imposible.

—Robert la ayudará.

—Sí, claro, aunque temo sea él quien también necesite consuelo.

Ahogó un suspiro. Smith murmuró:

—Crea que comparto su disgusto, Constanza; lo comparto de verdad. Bien sabemos hasta qué punto se preocupa usted por la felicidad de su cónyuge.

—¿Hay algún mal en ello? —preguntó, ligeramente agresiva, la alemana.

—¡No, no! —apresuróse a responder Smith—. Hasta ahora, por lo menos, no. ¡Todo lo contrario! ¡Lo lamentable es que él no sea también de los nuestros!

Constanza hizo un mohín de disgusto.

—Es un tema que hemos tocado varias veces y que me resulta poco grato —murmuró—. Robert adora a su patria y la más leve

insinuación para que la traicionase le haría despreciar y aborrecer a quien se la hiciera. ¡Le amo demasiado para exponerme a ello!

—¡Bien venido sea el amor cuando no perjudique lo fundamental!

—Saben ustedes que en nuestro caso, lejos de perjudicar, favorece.

—En efecto.

—Por lo mucho que me importa, lograré que él no se entere nunca de que la mujer que ama es una espía.

—Deseamos que logre su propósito.

—Gracias. Tan pronto como ganemos la guerra, renunciaré a mis actividades y me consagraré a él por entero.

—Contando con que el organismo superior se lo permita.

—¡Lo permitirá! ¡Lo hice constar así desde el principio!

—Sí, pero usted sabe que a veces las necesidades obligan…

—Esas necesidades no serán apremiantes cuando la guerra termine con nuestro triunfo. Estoy segura de que se me devolverá mi libertad, aunque solo sea en pago a los buenos servicios que vengo prestando.

—Bien, bien; no se excite.

—¿Está usted segura —quiso saber Pickford, quien había escuchado en silencio aquella parte del diálogo— de que el señor Wilkins no alberga la más leve sospecha?

—¡Completamente segura! Si la albergase me arrojaría de su lado.

Fue ahora Smith, quien preguntó:

—¿Continúan sin tener ningún roce por lo que afecta a las patrias respectivas?

—Ninguno. La delicadeza de Robert llega al extremo de no comentar siquiera los incidentes de la guerra en presencia mía. Comprende que mi amor a Alemania ha de ser tan grande como el suyo a Inglaterra y se abstiene de hacer alusiones que puedan herirme. Yo me comporto de igual modo. Nuestro afecto mutuo, sincerísimo, es cosa que se halla al margen de nuestras nacionalidades.

—¡Que así sea siempre!

—En medio de todo —replicó Constanza— para la organización

significa un gran bien este matrimonio. Mi marido, dada la confianza sin límites que tiene depositada en mí, me proporciona, en ocasiones, sin darse cuenta, datos útiles que le dan a conocer sus compatriotas y que nosotros sabemos aprovechar.

—Eso no puede dudarse.

—Crean que me disgusta esta especie de traición que en tal sentido le hago. La causa es ante todo, y por eso no vacilo, pero…

Pickford, incisivo siempre, la interrumpió murmurando:

—La que más de una vez ha llegado a preocuparme es Fanny. Mira de un modo cuando ocurre algo anormal… Parece sufrir unos estremecimientos tan raros…

Fue Constanza la que se estremeció al oírle. También ella había observado algo y sufría. Pero no dejó traslucir lo que pensaba. Con serenidad notable, repuso:

—Fanny es una chiquilla inocente que solo ve por los ojos de su hermano. Me quiere al saberme por él querida y yo la correspondo. Nada hay que temer de ella.

—Cuando usted lo dice.

—Puedo asegurarlo.

—No obstante —insistió Pickford—, vigílela. Sus relaciones con Kennedy pueden sernos perjudiciales. Si algo se le escapase…

—Nada se le puede escapar, puesto que todo lo ignora. Además… esas relaciones van a durar poco, ¿no? Tan poco como la vida del muchacho.

—De todos modos…

Constanza, ya molesta, se volvió a Smith:

—¿Comparte usted la opinión del profesor?

El jefe respondió, cachazudo:

—Nunca se pierde nada por pensar mal. También yo he notado algunos gestos raros en esa muchacha. Espero que no tengan nada que ver con ninguno de nosotros. No la pierda usted de vista. Sigamos ocupándonos de las cuestiones pendientes.

Fue obedecido. Los tres personajes centrales de la organización de espías al servicio de Alemania, cuyo jefe en Suiza era el “comerciante” Edward Smith, pasaron a tratar los demás asuntos de interés para ellos.

* * *

La familia Hontin, polaca, era una de las más ricas que por aquel entonces residían en Ginebra. Su lujosa mansión hallábase situada en Saint-Gervais (la ciudad moderna), muy cerca del lago, y merecía el nombre de palacio en el que rebosaban el lujo y el buen gusto.

Grandes enamorados de todo lo que fuera arte, tenían los Hontin abiertas siempre las puertas de sus salones a cuantas celebridades desfilaban por la ciudad.

Aquella noche, el suntuoso edificio veíase extraordinariamente concurrido. Los propietarios, teniendo en cuenta las circunstancias especiales por que atravesaba el mundo, acentuaron su comportamiento democrático y no se detuvieron a seleccionar mucho las personas a quienes invitaban. Contribuyó a ello el deseo de que el auditorio que aplaudiese a Pidurky fuera numeroso y le rindiera ampliamente el testimonio de su admiración.

Antes de que el concierto empezase, los jardines de ensueño que circundaban el palacio estaban llenos de risas —música eterna de la juventud—, graves voces de varones sesudos, rumores imprecisos con matiz de besos, gorjeos de pájaros, despiertos por la iluminación y el bullicio.

Aunque predominaba el alemán, oíanse conversaciones en francés, inglés, italiano.

Fanny y John se habían separado de Constanza y Robert apenas hubieron llegado a la mansión, y se internaron en las alamedas.

Empezaron a hablar de arte; mas, como la noche embrujada parecía un canto al amor, el amor floreció pronto en los labios de ellos. Kennedy llegó a olvidarse durante unos minutos de su misión para dejarse arrastrar por el influjo de aquella muchachita a cuyos, ojos se asomaba el alma.

Sin darse cuenta se encontraron abrazados y unidos los labios en un beso inefable.

—¡Te quiero, John; te quise antes de conocerte y te adoré desde el día en que nos vimos!

—¡Mi pequeña soñadora!

—¡No me olvides nunca! ¡Ámame siempre! ¡Si algún día dejaras de hacerlo, no lo podría resistir!

Kennedy sufrió el latigazo de un escalofrío. Aquellas palabras le hicieron volver a la realidad.

Fanny le atraía, sí, pero él no estaba, allí para dejarse dominar por aquel atractivo, sino para desenmascarar y llevar a la horca al hermano de la que en aquellos momentos le hacía la ofrenda de su corazón.

Lo advirtió ella y preguntó, anhelante:

—¿Te ocurre algo?

—No… nada —mintió él—. Es que tus frases me han llegado a lo hondo.

—¡Amor mío!…

Volvieron a besarse y tornó él a sentir una opresión angustiosa que le impedía respirar a pleno pulmón.

Un rumor de pasos que se acercaban les hizo separarse. Edward Smith apareció ante ellos.

—Perdonen… —se excusó, dirigiéndoles una descarada y antipática sonrisa—. Les he interrumpido, ¿eh?

Sin contestarle, tomó Kennedy a la muchacha de un brazo y se alejaron los dos.

—No sé para qué le habrán invitado —comentó el pintor—. ¡Qué sabrá este comerciante de música exquisita!

Poco más tarde, los que paseaban fueron avisados de que el concierto iba a empezar.

Fueron entrando en el soberbio salón destinado al efecto.

John descubrió a Winston solo, ajeno al parecer a cuanto le rodeaba; no lejos de él, Constanza y Fred Pickford hablaban animadamente.

Robert fue al encuentro de su hermana y de Kennedy.

—¡Se me perdieron ustedes! —les riñó afectuoso.

—Creo, por el contrario —replicó la joven, sonriendo de modo significativo y brillándole la alegría en los ojos— que nos hemos encontrado esta noche, ¿no opinas tú así, John?

Robert hizo un falso gesto de extrañeza e inquirió antes de que el pintor contestase:

—¿Qué quiere decir eso?

—Esto significa, hermano, que nos hemos prometido.

—¡Caramba!

—Espero —dijo John— que no le parezca mal y que nos dé su consentimiento.

—Verdaderamente, me proporcionan ustedes una gran alegría —besó a su hermana en la frente y tendió la mano a Kennedy—. Deseo que sean muy felices.

La conversación fue interrumpida por los aplausos calurosos con que se acogía la aparición de Pidurky, el cual correspondió con ligeras inclinaciones de cabeza. Sobre su pálido rostro brillaban como febriles sus ojos negros, profundos.

Reinó silencio completo.

Pidurky sentóse ante el soberbio piano de cola; echó hacia atrás la larga melena en ademán muy característico y empezó a tocar.

Desde los primeros momentos demostró a los que no le conocían que su fama era justa; que merecía la aureola de gloria de que estaba nimbado; parecía tener muchos más dedos de los normales, dedos que al deslizarse sobre las teclas semejaban tan pronto palomas que acariciasen, como gavilanes que cayeran sobre sus presas, haciéndolas gemir, sollozar; arrancándoles imprecaciones y suspiros.

Haydn, Bach, Mozart, Beethoven… los cuatro geniales maestros tenían en aquel polaco uno de sus más extraordinarios intérpretes.

La sonata patética *Adelaida*, una de las más sublimes del divino sordo, desató el entusiasmo hasta grados inconcebibles.

Con aquella obra terminó la primera parte.

Pidurky pareció despertar al conjuro de los enfebrecidos aplausos de la concurrencia; los agradeció con sus habituales inclinaciones breves y descendió lentamente del pequeño estrado.

A su paso tronaban todos:

—¡Bravo!

—¡Estupendo!

—¡Maravilloso!

Él sonreía mecánicamente, sin enterarse apenas, viviendo su mundo interior, más complicado ahora que nunca.

El propio Edward Smith le estrechó ambas manos, diciendo:

—Yo no sé mucho de estas cosas, pero declaro que me ha emocionado usted.

Pidurky soportó abrazos de cuantos se esforzaban en

testimoniarle su encendida admiración.

Bebió dos copas de whisky, escribió varios autógrafos y se dispuso a reanudar el concierto.

Cuando se dirigía al piano, la señora Hontin se le acercó, y le dijo:

—¿Me concede unos instantes, querido compatriota?

—¡Señora, por Dios, estoy a sus órdenes!

—Gracias. Óigame, pues: unas cuantas señoritas, en plena fiebre de romanticismo y amor, han delegado en mí para que le suplique incluya en el programa Claro de luna. Aseguran que toda la obra de Beethoven les conmueve, pero que esa sonata, en particular, les llega a lo más hondo del espíritu.

—Las complaceré gustosísimo. No he traído la partitura, pero puedo ejecutarla de memoria.

—¿De veras?

—No tiene nada de particular. La he tocado cientos de veces.

—Lo supongo. Entonces... ¿no le importaría interpretarla sin luz?

—¿Eh?

—Verá... Bueno, va usted a llamarme tonta o algo peor...

—¡Señora!...

—Pero no me importará que lo haga. Es que... a pesar de mis años, me cuento entre esas románticas de que le he hablado.

—¡Ah!

—La noche es maravillosa. La luna baña el salón. Creo que esa ideal sonata, sin más luz que la lunar y brotada al conjuro de sus dedos, remontará las almas a los espacios del ensueño.

“Verdaderamente —pensó el concertista—, la señora Hontin es una deliciosa chiquilla con canas.”

Sonrió vagamente al asentir:

—Encantado, si eso le satisface.

Subió los escalones del estrado, mientras la peticionaria solicitaba silencio e informaba a los invitados de lo que acababa de obtener.

Reprodujéronse los aplausos. John acercóse a Smuts y le dio instrucciones en susurro. Este se levantó, y dijo en voz alta cuando pudo hacerse oír, dirigiéndose a la anfitriona:

—Señora Hontin… temo merecer el calificativo de prosaico. No dudo de que esa sonata, interpretada a obscuras, resultará más conmovedora; pero, dadas las circunstancias, creo preferible que nos resignemos a prescindir de ese encanto adicional.

Todos se volvieron hacia él. Winston, ni aun queriendo, hubiera podido hacerse ilusiones: la hostilidad era manifiesta. Burla, desprecio e ira reflejaban las miradas, sin ninguna excepción.

La señora Hontin le miró de arriba abajo, majestuosamente, antes de replicar:

—Caballero, mi sugerencia ha sido acogida con el beneplácito de todos, empezando por el propio señor Pidurky, y no creo que su objeción sea muy indicada.

Smuts no se descompuso.

—Suplico mil perdones, pero al propio tiempo insisto en que se tome en cuenta mi indicación. Carezco de autoridad legal para imponerme y apelo a la amabilidad de ustedes.

No le dejaron continuar. Olvidados en parte de la corrección debida, los concurrentes diéronle un abucheo que fue creciendo de punto.

Pidurky, a quien las palabras del inspector habían sobreexcitado, volvióse hacia la señora Hontin, diciendo:

—Si le parece, podríamos tomar en cuenta lo dicho por ese señor de Scotland Yard…

—Por favor… —interrumpióle ella—. Ese caballero ha debido olvidar una cosa que yo no recuerdo nunca a nadie, pero que en la presente ocasión considero ineludible, y es… que estamos en mi casa.

Hizo una señal con la diestra y se apagaron las luces…

El astro de la noche, penetrando por los amplios ventanales, bañaba a Pidurky, quien, a poco de haber comenzado la poética obra, pareció adquirir proporciones de algo irreal.

De pronto, las manos del concertista cayeron violentamente sobre el teclado, produciendo un acorde seco, al propio tiempo que él lanzaba un grito agónico.

Su cabeza chocó contra la parte alta del piano, causando un ruido.

Docenas de voces gritaron: “¡Luz!… ¡Luz!…”

Iluminóse la sala.

Pidurky tenía un puñal clavado en la espalda.

Se desmayaron algunas mujeres; acudieron presurosos los hombres.

Winston, presintiendo algo de lo que iba a ocurrir, y temeroso de que los enemigos hubieran elegido aquel momento para aniquilarle, había cambiado de sitio apenas se hizo la obscuridad y se encontraba cerca de Robert, hacia el cual dirigió su penetrante mirada. Este, que no se había movido, expresaba tanta sorpresa y horror como los, demás. John encontrábase también lejos del lugar que antes ocupara.

Antes de que el inspector se acercase al músico, le llegó la fatal noticia. El doctor Manzini acababa de anunciarla:

—¡Está muerto! El puñal le ha atravesado el corazón.

CAPÍTULO V

NO se equivocó Smith al suponer que el asesinato de Pidurky originaría extraordinario revuelo en la ciudad. En todas partes se hablaba de lo mismo.

La señora Hontin, cardíaca, sufrió un ataque que la puso en peligro de muerte. Se decía responsable de aquel crimen y no eran pocos los que lo aseguraron también. Si su prestigio, su altura moral y material, su nobleza, no hubieran estado por encima de toda duda, su romántico capricho le hubiera producido incontables molestias por parte de las autoridades.

No podía sospechar, naturalmente, la pobre señora, que el asesino había resuelto acabar aquella misma noche con el pianista, y que si no se le hubiera presentado ocasión de arrojar el puñal a distancia, en lo cual era maestro, se habría valido de otro medio cualquiera.

El éxito de Winston Smuts, en el que pocos habían creído, nació y creció en cuestión de horas.

Se comentaban sin cesar sus palabras tratando de impedir que se apagasen las luces; su actitud de firmeza; su desdén hacia todos al observar que estaban a punto de agredirle o de ordenar su expulsión de la sala de conciertos.

No era difícil escuchar por dondequiera que se iba.

“¡Ese inspector de Scotland Yard posee un olfato increíble!”. "¡Qué manera de presentir lo que iba a suceder!”. "¡Hemos de reconocer que, aunque sea inmodesto, tiene razón al llamarse inteligente!”.

Él era el único que en su fuero interno se censuraba. Aunque su misión estaba circunscrita al contraespionaje, le resultaba vejatorio que en su presencia, y a pesar de que John le ordenara que se opusiese al apagón, se hubiera apuñalado a un hombre, a un artista

internacional, sin que fuera posible descubrir el más pequeño rastro del matador.

Porque, en realidad, se hizo cuanto cabía hacer en tales circunstancias, y no se había vislumbrado por parte alguna el más pequeño fruto.

Interrogatorios, comprobaciones, búsqueda de huellas… Todo inútil. El asesino, cuyas manos debieron estar enguantadas, ejecutó su "hazaña" amparándose en la falta de luz, sin que nadie le viera ni pudiera aportar el más insignificante indicio.

Desdeñando los elogios con su afectado aire de superioridad, Winston procuró rehuir las conversaciones a que los huéspedes se afanaban en atraerle.

—Aunque considero la inmodestia una estupidez —les dijo—, no estoy satisfecho de mí todavía y dejo para mejor ocasión esas manifestaciones de entusiasmo. ¡Ya me las prodigarán!

Valiéndose de Barry Hamilton, envió a Kennedy una nota que decía:

> "Aumenta el peligro para todos. Me permito encarecerle la conveniencia de que active su labor cuanto le sea posible."

No la firmó. El pseudocamarero se encargaría de decirle quién se la enviaba.

Y así fue: Barry le sirvió un aperitivo que el joven pintor no había encargado, y le dijo, sin mover los labios apenas:

—Bajo el plato hay una nota del señor Smuts.

Kennedy, tras echar una mirada en derredor, guardóse con disimulo el doblado papel. Poco más tarde, con aire de indiferencia, volvió a sus habitaciones, leyó las concisas, palabras y las redujo a ceniza,

* * *

John se hizo anunciar a Fanny, la cual le recibió enseguida, corrió a sus brazos y le ofreció la boca, que él besó con más ilusión de la que hubiera querido poner en el beso.

—Estabas inquieto por mi tardanza, ¿verdad? —preguntó ella,

rebosando alegría por lo que consideró una manifestación amorosa de su novio.

—En efecto. No te he visto en toda la mañana, y temí que te ocurriese algo.

—Y en realidad me encuentro enferma. Apenas hace un cuarto de hora que me he levantado.

—¿Qué sientes?

—No sabría decírtelo… Debe ser consecuencia de la impresión que me produjo el crimen de anoche. No he podido dormir. Mis nervios están sobreexcitados. ¡Fue tan horrible!…

—Mucho. Yo mismo me siento mal. Eso ha aumentado mi deseo de verte cuanto antes.

Ella lo miró, acusando sorpresa.

—¿Qué quieres decir?

—He supuesto que notarías, como yo, más necesidad que nunca de estar juntos y cambiar impresiones. Siempre resulta grato, en los momentos angustiosos, tener cerca una persona que nos inspire absoluta confianza, una persona amada, cuya protección deseamos, o a la que queremos proteger.

—Sí, tienes razón; siento mucho miedo de no sé qué; miedo que acabas de evaporar con tu sola presencia —cambiando de tono, añadió—: Espérame unos minutos… Voy a acabar de vestirme y saldremos a dar una vuelta. Hablaremos más libremente.

Dijo esto último sin intención alguna; pero Kennedy creyó hallar algún significado, y se apresuró a preguntar:

—¿Es que aquí no podemos hacerlo? ¿Temes…?

—¡Oh, no, nada! ¿Qué puedo temer? ¡Ni siquiera despertar a nadie! Constanza, aunque duerme aún, no puede oírnos, desde aquí, aparte de que su sueño es pesadísimo. En cuanto a Robert, no está en Ginebra.

John disimuló mal el efecto que tal noticia le produjo.

—¿Se ha marchado?

—Pero volverá mañana mismo. Tenía que resolver unos asuntos en Lausana. Sigue hablando; te oigo perfectamente.

Entró en el cuarto-tocador.

No se interrumpió el diálogo, pero Kennedy abstúvose de decir nada alusivo a lo que se había propuesto, considerando peligroso

hablar en voz alta de lo que tanta trascendencia podía tener.

Y se ocupó de cosas superficiales, casi humorísticas.

Fanny lo agradeció, pensando, ingenuamente, que su novio se esforzaba en apartarle de su imaginación todo pensamiento triste.

Reapareció al fin, vistiendo un sencillo y elegante traje de mañana que realzaba su belleza.

—¡Qué linda estás! —murmuró él, en exclamación espontánea.

—¿De veras te gusto?

—¡Eres adorable!

Se cogieron del brazo y abandonaron las habitaciones.

Ella irradiaba contento; él se esforzaba en demostrar más del que sentía, pues en verdad su preocupación privábale de saborear plenamente el placer que le significaba llevar del brazo a aquella mujercita enamorada y preciosa.

Cruzáronse con varios huéspedes que les saludaban, ora sonriendo, ora haciendo amistosos guiños significativos, y llegaron al vestíbulo, en el que se encontraba Edward Smith. Levantóse este al verles, y les dijo, acentuando su incorrección:

—Buenos días, parejita. Parece que no perdemos el tiempo, ¿eh?

John se detuvo un segundo con ánimo de contestar adecuadamente al grosero tipo; pero Fanny le empujó, al propio tiempo que le susurraba:

—No le hagas caso.

Y dirigió una forzada sonrisa al “comerciante”.

—¡Me crispa ese sujeto! —declaró John, apenas ganaron la puerta.

—También a mí, pero… ¿qué culpa tiene el pobre de ser un ineducado?

—Eres muy tolerante.

—Soy comprensiva. Además, forma parte de las amistades de Constanza y estoy en la obligación de mostrarme amable con él, ¿no crees?

Lejos de responder concretamente, Kennedy comentó:

—La verdad es que tu cuñada tiene amigos… un poco extraños.

—¿Extraños? A mí no me lo parecen. Date cuenta de que llevamos aquí bastante tiempo y conocemos a mucha gente.

—Sin embargo, has dicho que Smith “forma parte de las

amistades de Constanza"; es decir, que ni te has incluido ni has incluido a Robert.

—También le tratamos nosotros. Lo que pasa es que no todos sentimos iguales simpatías por las mismas personas.

—Sí, pero…

—¿Por qué insistes sobre eso?

—Oh, por nada. No sé bien lo que me digo. Te he hecho saber que me encuentro también mal. Tengo los nervios de punta y creo ver peligros en todas partes.

Rio ella de buena gana, y su risa cristalina, fresca, puso de manifiesto la diafanidad de su espíritu.

—¿A que voy a tener que reanimarte, en vez de tú a mí? —preguntó. Y añadió enseguida, jovial—: Pensemos únicamente en nosotros.

John no insistió de momento, pero en el curso del paseo, que no fue muy largo, puso en juego sus buenas aptitudes para sonsacar a la muchacha. Esta respondió a todas sus preguntas, aun a las más capciosas, con tal sencillez y espontaneidad, que el pintor hubo de ratificarse en la seguridad ya abrigada de que era la personificación de la inocencia.

El amor cegaba a Fanny hasta el extremo de no ver en cuanto su acompañante le decía más que un exceso de interés por ella, interés que avivaba sus propios sentimientos, haciendo más intensa su felicidad.

Cuando, de regreso al hotel, iban a separarse, Kennedy, que había trazado un plan, dijo a su novia:

—Tengo que salir después de comer para solventar unos asuntos, pero no quisiera pasar toda la tarde sin verte. ¿Por qué no nos citamos en algún sitio?

—Donde tú quieras.

Hizo él como si reflexionase.

—Verás… He de ir, entre otros sitios, cerca de los puentes "Des Bergues"… ¿Te parece bien que nos encontremos a las cuatro en la isla Rousseau, al pie del monumento?

Palmoteo ella, gozosa.

* * *

Kennedy, desde la ventana de su dormitorio, aunque sin acercarse, espió atentamente hasta que vio salir a Fanny para acudir a la cita que le diera él.

Constanza, según costumbre, había marchado ya a dar su paseo de todas las tardes. Robert estaba ausente de Ginebra. La ocasión no podía ser más propicia, imaginó John, para hacer un minucioso registro en las habitaciones de los Wilkins.

Se dirigió hacia ellas, y, luego de comprobar que no había nadie en los alrededores —así lo creyó al menos—, abrió con facilidad, valiéndose de una ganzúa, y volvió a cerrar apenas hubo entrado.

Inició la tarea en el dormitorio de Robert.

De pronto tuvo la sensación de no encontrarse solo. Le hubiera sido imposible precisar si había percibido algún ruido. De todos modos, sufrió la corazonada de que alguien más había en la habitación.

Vaciló unos segundos, solo unos segundos, y se volvió con rapidez.

Lo hizo a tiempo: Fred Pickford avanzaba como un felino, esgrimiendo un puñal.

Los ojos miopes del biólogo relucían furiosos tras los gruesos cristales; su boca estaba contraída en un gesto de crueldad y dureza.

Dio Kennedy un prodigioso salto de costado, eludiendo la agresión, y cayó enseguida sobre su enemigo, antes de que este se revolviese.

Entablóse una lucha a muerte, lucha horrible y sorda, pues tanto uno como otro querían evitar que se les descubriese allí.

Pickford demostró una fuerza muy superior a la que cabía suponerle, fuerza que la ira y el afán de matar centuplicaban.

No dejaba el puñal, por mucho que su contrincante le apretaba la muñeca. Este, aprovechando una coyuntura favorable, separóse un poco y soltó un formidable *uppercut* de izquierda al mentón del biólogo, quien cayó pesadamente.

La caída le resultó fatal: su nuca chocó contra un barrote de la cama. Quedó inmóvil. John inclinóse sobre él y hubo de llevarse una mano a la boca para ahogar un grito: su enemigo estaba muerto.



La caída le resultó fatal.

Incorporóse Kennedy. Trató de serenarse. No tardó en conseguirlo. Analizó el caso: él no había matado a Pickford; se limitó a defenderse cuando aquel se proponía asesinarle. Fue el Destino quien quiso que su agresor encontrara la muerte.

—Se trata —díjose— de un criminal, ya que, de lo contrario, no

se hubiera comportado así.

Acudió a su mente la acertada idea de que el biólogo fuera un espía, el cual había querido eliminarle, ante el temor de que encontrase documentos comprometedores.

Y a pesar de lo difícil y angustiosa que era la situación, revisó las ropas del cadáver, sin encontrar nada que le comprometiera, y llevó a cabo el registro de la estancia con idéntico resultado. Reconoció que lo hacía más deprisa de lo conveniente, pero las circunstancias aconsejaban ganar tiempo.

Decidió marcharse y cambiar impresiones con Smuts.

Pensó que el hecho de que encontraran el cuerpo del profesor en las habitaciones de los Wilkins en nada comprometería a estos por cuanto estaban ausentes, y, además, la autopsia demostraría que la muerte fue originada por un golpe accidental.

Entreabrió y miró al pasillo. No descubrió a nadie y salió sigiloso. Enseguida adoptó una actitud natural y ganó la escalera.

Edward Smith, que espiaba tras un recodo, hizo, al verle, un gesto de extrañeza profunda. Pickford y él le habían divisado cuando entró a practicar el registro, y decidieron asesinarle. El biólogo se prestó a ello, y Smith le autorizó.

Cuando esperaba ver salir triunfante a su secuaz, era la presunta víctima la que reaparecía.

Dudó sobre lo que debía hacer, y optó por alejarse. Si Pickford estaba herido, ya se las compondría como pudiese; si muerto, para nada le necesitaba. No era prudente aventurarse y correr el riesgo de que alguien le viera penetrar en un sitio donde bien pudiera haber un cadáver. ¡A su momento se enteraría de lo ocurrido y procedería en consecuencia!

Entretanto, John llegó sin anunciarse hasta donde estaba Winston, el cual le miró extrañado.

—Las circunstancias aconsejan que hablemos —explicó el joven, aceptando la silla que Smuts le ofrecía—. Acabo de causar la muerte de un hombre.

Le explicó lo sucedido.

—No debe usted inquietarse por eso… —insinuó Smuts—. Si cabe lamentarlo, es únicamente por el pobre Cliff. No va a haber quien quite a su establecimiento el nombre de “Hotel de los

Crímenes”. Lo demás carece de importancia. Su teoría es acertada a todas luces. Podemos creer que ese biólogo es un enemigo y quiso impedir que encontrase usted algo fundamental en la habitación de su jefe. ¡Lástima que el registro haya sido infructuoso!

—Escuche, Smuts: todos en la vida necesitamos consejos, y mi cerebro se encuentra ahora embotado. Por eso no vacilo en preguntarle: ¿qué cree debo hacer ahora?

—Honradísimo por esa prueba de confianza en mí. Estimo que debe guardar silencio y mostrarse sorprendido cuando se descubra el cadáver. ¡Corra en busca de su amada! Interesa que ella no sospeche lo más mínimo de usted. Salga por la puerta de servicio y procure evitar que le vean. De todos modos, por si no pudiera conseguir esto, no le mienta a ella diciéndole que ha estado en otro lugar. Procure eludir la conversación. Si no le fuera posible hacerlo, asegúrele que yo le he sometido a un largo interrogatorio, dada mi calidad de inspector de Scotland Yard. Será una buena coartada.

—Lo haré así… aunque he adquirido el convencimiento de que Fanny no solo es totalmente inocente, sino que merece mi absoluta confianza.

En los labios de Winston dibujóse una débil sonrisa.

—Mi querido amigo —dijo—, sospecho que se ha enamorado usted de verdad.

—También lo sospecho yo —declaró Kennedy.

—Permítame darle un nuevo consejo; trate de arrancarse esos sentimientos del corazón. No olvide que, aun en el caso de que ella sea inocente, es hermana de Robert Wilkins, y Robert Wilkins ostenta la jefatura de la banda de espías contra nuestra patria.

—Aún no está probado.

—Nuestros informes fallan pocas veces. Por si no fuera bastante, la reciente aventura de usted lo confirma. Han querido asesinarle, a buen seguro, por lo que hemos dicho; para evitar que usted descubra algo que desenmascare al jefe.

John bajó la cabeza. Tenía el corazón oprimido. Reconocía que, contra lo que supuso, se había enamorado de Fanny, y que Fanny era un imposible para él.

Sintió piedad de ella, y recordó sus frases: “¡Ámame siempre! ¡Si algún día dejaras de hacerlo, no lo podría resistir!”.

—¡Pobre muchacha —susurró—, y… pobre de mí también!

—Lo primero es lo primero —recordóle Winston.

—Es verdad; pero, a veces, “lo primero”… ¡qué doloroso resulta!

—Estoy seguro de que sabrá usted sobreponerse a todo.

Kennedy sacudió la arrogante cabeza.

—¡Desde luego! —exclamó—. ¡Hoy, como siempre, cumpliré mi obligación hasta el fin!

CAPÍTULO VI

DESDE lejos vio Kennedy a Fanny que se paseaba impaciente al pie del monumento, obra de Pradier, al autor del Contrato Social. Corrió hacia ella, y se excusó antes de darle tiempo a que desplegara los labios.

—Habrás de perdonarme, querida. Por lo general, son los hombres quienes tienen que aguardar largos ratos a las mujeres, y hoy ha sido al contrario. Procuraré que el hecho no se repita.

Le besó ambas manos.

—Lo importante es que has venido —repuso la joven, sonriendo ya feliz y dando al viento sus inquietudes—. Temí que te hubiera pasado algo.

Ansioso de eludir la respuesta adecuada, demostró John el anhelo de recuperar el tiempo perdido y habló enseguida de amor, el delicioso tema que sabía resultaba el más grato a la muchacha.

Aunque reconviniéndose *in mente*, trazó planes para un futuro próximo, cuajado de encantos.

Fanny le oía arrobada, sin interrumpirle casi, para mejor gozar el arrullo de aquellas frases que le embriagaban el alma.

Sobre el embrujado escenario de la poética isla, el idilio se deslizaba y tejía un mundo de ensueños del que no hubieran querido salir. El pintor, a pesar del infierno que llevaba dentro, llegó a olvidarse de todo, para paladear la inefable ventura de tener muy cerca a la bella mujercita por la que, no podía negárselo, sentía ya honda pasión.

El tiempo transcurrió para ambos de modo tan insensible que en la voz de Fanny hubo vibraciones de sorpresa al exclamar:

—Pero… ¡si está anocheciendo!

—¡Qué pronto han pasado las horas! De todos modos, no es demasiado tarde. Es que el día ha sido gris y el cielo está cubierto

de nubes… aunque en nuestros corazones brille el sol.

Emprendieron el regreso.

Antes de llegar al hotel les llegó la noticia, extendida ya por la ciudad, que arrancó a Fanny una exclamación de espanto y obligó a John a fingir extraordinaria sorpresa: “¡En el “Hotel de los crímenes” ha muerto otro hombre violentamente!”.

Hicieron preguntas afanosas, y alguien les respondió: “¡Se trata del profesor Pickford!…”

Kennedy hubo de sostener a su novia para que no cayese al suelo.

Se esforzó en reanimarla.

—No debes ponerte así, querida. Repito mi recomendación de otros días: ¡es preciso que seas fuerte!

—¡Es horrible John! ¡Tres asesinatos casi seguidos!… ¡Y el intento contra ti!…

—Reconozco que la cosa es muy desagradable. Nos envuelve un trágico misterio; pero hemos de sobreponernos a todo.

—¿Crees, en efecto, que se trata de algo misterioso? —inquirió ella, dominándose con dificultad y clavando la mirada en su prometido.

—Yo, sí. ¿Y tú?

—No sé qué responderte. ¡Tengo un miedo horrible! ¡Quisiera salir de aquí cuanto antes!

John recordó la misión que estaba llevando a cabo.

—Procuraré conseguirlo. Lograré que visen tu pasaporte y el de tu hermano a fin de que paséis en Inglaterra esa temporada con que soñáis.

—¡Oh, sí; hazlo, hazlo!

—Será preferible que continuemos ahora el paseo.

—No… no… Ya me he serenado. De todos modos, hemos de ir al hotel. Con demorarlo no adelantaremos nada.

—Sea como tú quieras.

Los huéspedes se habían congregado en el “salón grande”, y, presa de gran agitación, cambiaban incesantes impresiones.

Todavía aguardaba a Fanny la angustiosa noticia de que el luctuoso suceso había tenido lugar en el dormitorio de Robert. Se la dio Constanza, quien, al verla entrar, acudió a su encuentro y la

abrazó cariñosa.

—¿Estás ya enterada, pequeña? —le preguntó—. ¡Ha sido espantoso! ¡Cuando abrí la habitación y encontré el cadáver, noté que la sangre se me helaba en las venas!

—¿Qué quieres decir? ¿A qué habitación te refieres?…

—A la nuestra. Pero… ¿es que no lo sabías?

—¡Oh!

Fanny se cubrió el rostro con ambas manos, mientras lanzaba un desesperado grito de horror.

John contribuyó a reanimarla de nuevo.

No quiso hacer más preguntas, aunque sin hacerlas, los comentarios de unos y otros llegaban a sus oídos enterándola de todo:

—¡Menos mal que no se ha tratado de otro crimen!…

—Sí, menos mal. Parece ser que la muerte se la produjo al caer contra la cama.

—¿Qué iría a buscar en las habitaciones de los Wilkins?

—Lo más curioso es ese puñal que llevaba en la mano.

—Tendremos que cambiar de hotel.

—Desde luego. Esto se hace ya insoportable.

Cliff McCrea se tiraba de los pelos e iba de un huésped a otro con el afán de calmar los ánimos.

—Comprendan, señores… —repetía—. Mi establecimiento es el primero de Ginebra; nunca ha ocurrido aquí nada desagradable. ¿Qué culpa tengo yo de que el Destino ahora se haya propuesto hundirme, según parece?

Winston penetró en la estancia. Había marchado con las autoridades de la población, tan pronto como se hubo levantado el cadáver, y volvía al fin.

Casi todas las miradas volviéronse hacia él, quien avanzó majestuosamente, detúvose en el centro, y anunció:

—Queda confirmado, señores, que el profesor Fred Pickford ha muerto a consecuencia de un golpe en la cerviz, o, lo que es lo mismo, en la unión de la columna vertebral con la cabeza. No se trata, al parecer, de un crimen, sino de una caída desgraciada. Ello no obstante, el misterio existe. ¿Qué fue a buscar ese hombre a las habitaciones de los señores Wilkins en ausencia de estos? ¿Por qué

su mano oprimía un puñal?… ¡Ah! Cuestión es esta que la muy eficiente policía suiza descubrirá a buen seguro en plazo breve, como asimismo cuanto se relaciona con el crimen del malhadado Pidurky.

—¿No piensa usted encargarse de esos problemas? —quiso saber Manzini.

—Querido doctor… Mi preclara inteligencia estará siempre a disposición de las autoridades. Colaboraré con ellas, si lo solicitan, pero de modo particular. Estos casos se hallan fuera de mi jurisdicción. Solo estoy autorizado para intervenir en la primera de las tres muertes violentas que todos tenemos en la memoria, sin olvidar el atentado contra el señor Kennedy.

Siguió expresándose en términos parecidos, siempre con voz engolada, y contestando a las preguntas que los oyentes le dirigían.

Fanny, atendida por Constanza y John, recobró en parte el dominio de sí misma, aunque la expresión de espanto no desaparecía de sus ojos.

—¡No podré dormir tampoco esta noche! —suspiró.

—¡Claro que dormirás! Tomarás un soporífero cualquiera. Además, nos han preparado otras habitaciones.

McCrea, que pasaba en aquel momento, se detuvo para decir a Fanny, recogiendo lo anunciado por la alemana:

—¡Y magníficas por cierto, señorita! Los balcones dan a la parte sur del lago. ¿Quiere verlas? Yo mismo se las mostraré, encantado.

—Vamos —instóle John, queriendo alejarla de aquel ambiente excitado y enrarecido.

La muchacha se dejó llevar.

Edward Smith ocupó el asiento que acababa de quedar vacío junto a Constanza, y murmuró, en susurro:

—Escuche con atención y no haga ningún gesto: el asesino de Pickford es John Kennedy —a pesar de la advertencia, la alemana se estremeció. Continuó Smith—: Pickford y yo le vimos entrar en las habitaciones de ustedes y decidimos eliminarle. Se encargó nuestro amigo del asunto, y ya hemos visto el resultado.

—¿Por qué no le ha denunciado usted? —preguntó Constanza, en el mismo bisbiseo casi inaudible.

—Porque no soy necio. Si, como creemos, pertenece también al

“Intelligence Service”, se habría justificado perfectamente, y solo hubiéramos adelantado ponerle sobre aviso. ¡Hay procedimientos más eficaces!…

—¿Se propone usted…?

—Sellarle la boca para siempre. He querido prevenirla. Sonría usted ahora. Alguien nos mira. Dé la sensación de que le han hecho gracia mis palabras.

Obedeció ella. La sonrisa de sus labios resultó amarga por demás.

Smith agregó, elevando el tono para que le oyesen los que no estaban demasiado lejos:

—No se burle. Le aseguro que soy una víctima más del miedo. Nunca fui cobarde, pero… ¡son demasiadas cosas!

Siguieron los comentarios generales.

Kennedy no tardó en reaparecer, y Constanza le preguntó:

—¿Se ha tranquilizado Fanny por completo?

—Lo va logrando. La señora McCrea la atiende ahora.

—Voy yo también.

Abandonó la sala. Varios huéspedes, cansados de hablar, fueron retirándose. Smith les imitó, quedándose donde le fuera posible vigilar la dirección que tomara su presunta víctima.

Manzini era de los que con más interés parecía seguir escuchando a Smuts.

Por fin, John dirigióse a la puerta.

—¿Va usted a salir? —preguntóle Winston.

—Si. Me duele la cabeza. Creo que el aire me despejará.

—No se aleje demasiado.

—¿Y eso?

—La noche es muy obscura y los demonios andan sueltos en los alrededores.

La frase fue acogida con forzado regocijo por algunos; principalmente, por Manzini.

John, repuso:

—Seguiré su consejo.

Y salió.

Smuts había dicho verdad: la noche era extraordinariamente

obscura. Apiñábanse las nubes en el cielo sin acabar de romper, y sin permitir que llegase abajo la luz de una sola estrella.

Kennedy permaneció un buen rato a la puerta del hotel, respirando con delectación el aire que tanto necesitaba su pecho oprimido por la emoción de los acontecimientos. Empezó a alejarse insensiblemente, empujado por la necesidad de hacer algún ejercicio para aquietar los alterados nervios.

Edward Smith, que, convenientemente oculto, no había, dejado de observarle, subióse el cuello del gabán de otoño, echóse sobre los ojos el ala del amplio sombrero y fue deslizándose entre las sombras como una sombra, más.

El inmenso lago emitía un rumor pesado, denso, como la noche misma.

Edward, vista ya la dirección tomada por Kennedy, dio un rodeo considerable, se adelantó a él y le esperó cerca de una esquina, pistola en mano.

John se alejaba, hundido bajo el peso de la propia lucha interna.

De pronto, se sintió empujado con violencia, al propio tiempo que la obscuridad era rota por dos fogonazos.

Percibió Kennedy el silbido de una de las balas a escasos centímetros de su cabeza.

La conocida voz de Conrad Hopey sonó, ordenando:

—¡No se levante!

Y, uniendo la acción a la palabra, el falso camarero volvió a disparar; mas no hizo blanco. Smith se alejó. Cojeaba ligeramente.

El pintor, desobedeciendo la orden, incorporóse de un salto.

—¿Qué significa esto? —quiso saber.

—¡Se nos escapa! ¡Malhaya sea!… —rugió Conrad—. ¡Estoy herido!

—¡Yo le encontraré!

Empuñó Kennedy un arma y trató de correr en pos del fracasado asesino; mas Hopey se lo impidió, sujetándole, al propio tiempo que decía:

—¡No haga eso! Discúlpeme, señor Kennedy; sé que solo le debo obediencia; pero es que ese hombre es capaz de estar acechando tras cualquier esquina para disparar otra vez impunemente.

—¿Quién es?
—¿No le ha visto usted cojear?
—Sí.
—Y… ¿no sabe de ningún sospechoso que cojee?
—¡Robert Wilkins!
—Exactamente: Robert Wilkins.
—Pero… ¿le ha visto usted la cara?
—No. Me atengo a ese dato y a los motivos que a buen seguro asisten a Wilkins para desearle la muerte.

Kennedy se mordió el labio inferior en un acceso de ira y de pena.

Sin responder, quiso prestar ayuda al gigante rubio, el cual se ocupaba ya de vendarse con un pañuelo la pierna herida.

Brillaron algunas luces y oyóse ruido de pasos.

—Le ayudaré a andar —dijo John a Hopey—. No me gustaría tener que dar explicaciones.

Emprendieron el camino de regreso.

—¿Cómo se explica que estuviese usted tan cerca de mí, tan a punto para salvarme? —quiso saber Kennedy.

—Le vi alejarse, y, cumpliendo mi misión, seguí sus pasos a corta distancia.

—Misión que yo no le he impuesto.

—Pero sí la superioridad, donde tanto se le quiere. Yo miraba en todas direcciones, y descubrí la sombra del asesino cuando se dispuso a disparar. Tiré al mismo tiempo que él, y lo hice bajo, a conciencia, para cogerle vivo; pero ha sido más diestro. ¡Qué mala suerte!

No pudieron rehuir el encuentro con un vigilante nocturno, al que seguían de cerca varios curiosos.

A las muchas preguntas que les hicieron, repuso Kennedy, luego de darse a conocer:

—Han pretendido asesinarnos. Eso es todo.
—¿Quién?
—No lo sabemos.

Una desagradable sensación de miedo estremeció a cuantos oían.

Empezó a lloviznar.

Kennedy, al conjuro de aquellas gotas espaciadas y gruesas, pensó de pronto en lo que no se le había ocurrido antes.

—Acompañen a este hombre al “Hotel Internacional” —dijo—. Es camarero de allí.

Conrad murmuró:

—¿Puedo permitirme la libertad de preguntarle lo que se propone hacer, señor Kennedy?

—Una simple comprobación —repuso el interrogado, volviéndole la espalda.

—Discúlpeme si le aconsejo que no vuelva atrás.

—Es preciso —repuso John, sin detenerse.

Hopey dirigióse a los que se afanaban en prestarle ayuda:

—No dejen solo al señor Kennedy, por favor. Todos sabemos que es un artista de fama universal. Sería horrible que le ocurriese algo, y cabe en lo posible que el asesino ande por ahí.

El miedo volvió a agitar los cuerpos; mas trataron de sobreponerse y lo consiguieron pronto. Mientras dos hombres acomodaban a Conrad en un coche de alquiler que había ido a buscar un tercero, el vigilante, que sin ser héroe tenía, sin embargo, un estimable concepto de su obligación, así como el resto de los curiosos, caminaron tras el pintor.

Kennedy avanzaba, mirando a todas partes y empuñando una pistola. No hubiera sido fácil que aquella noche volvieran a sorprenderle.

La débil esperanza de que el asesino no fuera Robert y cojease por haber sido alcanzado como lo fuera Hopey, alimentaba su anhelo.

Advirtió que le seguían, y se volvió rápido, preguntando:

—¿Adónde van?

—Llevamos el mismo camino de usted.

—Pero…

—Por favor, no se oponga a que le acompañemos. Es una honra para nosotros.

No hizo nada por hacerles desistir. La actitud de aquellas personas denotaba a las claras firme decisión de hacer lo que habían anunciado.

Pocos minutos más tarde se encontraban en el sitio donde la agresión tuvo lugar.

Kennedy, empleando la linterna del vigilante, examinó el sitio que su enemigo ocupara.

Arreciaba la lluvia.

Los curiosos miraban también hacia el suelo de manera maquinal.

—¿Se puede saber lo que busca? —preguntó uno, al fin.

—Busco sangre.

—¿Eh?

—Necesito hallar manchas de sangre. Ayúdenme con interés, ya que han venido; lo agradeceré mucho.

Buscaron todos, afanosos, cual si trataran de encontrar un verdadero tesoro.

Varias veces, John acudía atraído por una voz que gritaba:

—¡Aquí!

Examinaba el sitio y comprobaba que era agua más o menos sucia.

Muy poco después, el aguacero se había hecho torrencial.

Kennedy, lanzando un suspiro amargo, hubo de renunciar a aquella esperanza. La lluvia habría borrado ya la sangre fresca, en el caso de que existiera.

Los curiosos, anta aquella “broma” de las nubes, se desperdigaron en su mayoría, excusándose o sin excusarse. Solo dos o tres, además del vigilante, guareciéronse donde les fue posible, esperando que el chubasco pasara; mas este, como ocurre casi siempre que se espera con ansia, parecía que no iba a cesar nunca.

Por fin, la húmeda furia empezó a decrecer, hasta convertirse en miríadas de minúsculas gotas.

—Opino —dijo el vigilante, el cual se hallaba junto a Kennedy — que será inútil seguir buscando eso que le interesa.

—¡Desde luego! —respondió el pintor, triturando las palabras—. Agradecido a todos. Buenas noches.

—Buenas noches, señor.

Aunque a distancia, los contumaces espontáneos, le siguieron hasta verle entrar en el hotel.

El vigilante, entonces, acordóse de que tenía la obligación de

informar a las autoridades de lo acaecido y se dispuso a hacerlo.

CAPÍTULO VII

SORPRENDIÓLE a John la calma que imperaba en el hotel.

Había supuesto que la presencia de Hopey herido, así como la versión que se hubiera dado del suceso, habrían vuelto a excitar los ánimos.

Saludó al portero, el cual respondióle con la mayor naturalidad; cruzóse con algunos huéspedes que discutían sobre asuntos diversos, sin mostrar extrañeza al verle, y se dirigió a sus habitaciones.

Estuvo tentado de visitar a Winston, pero desistió pensando que lo mejor sería llamar a Barry Hamilton y entregarle una nota para aquel explicándole lo ocurrido.

Abrió la puerta. El pequeño recibidor que había ante el dormitorio estaba a obscuras.

La conocida voz de Smuts sonó entre las tinieblas.

—Estoy aquí, esperándole.

—¿Usted?…

—Sí… también sé introducirme en las habitaciones de los demás cuando es preciso. Perdone el abuso de confianza. Opino que ya puede encenderse luz. Juzgué oportuno pasarme sin ella hasta que usted regresase para no hacer sospechar a los que lo sabían ausente.

Kennedy hizo girar el interruptor. Corrió después las cortinas de la puerta, y propuso:

—Será mejor que vayamos más adentro. Espere a que cierre las maderas de los balcones.

Hizo lo anunciado. Winston pasó entonces al dormitorio, y ambos tomaron asiento.

—¿Sabe usted ya lo ocurrido?

—Desde luego. Por eso he tenido el atrevimiento de venir a esperarle.

—Deduzco, pues, que ha visto a Hopey. ¿Es grave su herida?

—No lo creo.

—¿A qué se debe que en el hotel no se haya armado un nuevo revuelo?

—Nadie sabe nada. Conrad conoce bien el terreno que pisa. Dejó el coche antes de llegar; entró por la escalera de incendios y llegó a su cuarto.

—¡Gran chico!

—Hamilton vino a avisarme, y acudí. No creo haga falta intervención de médico. Si se hiciera precisa le llamaríamos mañana.

—De todos modos, esta agresión no podrá permanecer oculta. Se ha enterado demasiada gente.

—Así lo creo también; pero Hopey estimó oportuno guardar silencio hasta hablar conmigo. En virtud de nuestro cambio de impresiones, no dirá nada sobre la cojera del agresor, cosa que hubiera podido escapársele si hubiera charlado antes de verme.

—¿Concede usted mucha importancia a ese detalle?

—¡Mucha! Y… usted también, aunque no quiera pensar en ello. ¿Quiere que hagamos un ligero examen de todo? —John se encogió de hombros, y Winston añadió—: Tenemos informes de que Robert Wilkins es el jefe de la banda de espías; Anthony Brown está sobre la pista… y es asesinado. Llegamos nosotros; nuestros enemigos sospechan, y en un alarde de cinismo, casi de locura, hipnotizan a Conrad para que apuñale a usted. Pidurky descubre la verdad o parte de la verdad; se muestra receloso, viene hasta mi puerta para declarar; no se atreve a hacerlo… y poco después le arrojan un cuchillo que le atraviesa el corazón. Entre tanto, usted ha cultivado la amistad de los Wilkins y especialmente de Fanny; no cabe duda de que los espías han visto en usted dobles intenciones, aunque lo hayan, disimulado bien, y no le han perdido de vista; Robert ha salido hoy para Lausana… según ha dejado dicho; usted entra en sus habitaciones y minutos después hace lo mismo el profesor Pickford, con ánimo de aniquilarle. Nos encontramos ante la evidencia de que no quieren que nadie rebusque en las cosas del jefe. La muerte de Pickford les convence de la clase de persona que

es usted, y no pierden el tiempo: esta misma noche le acechan y hacen fuego sobre su persona. Y el asesino se aleja, cojeando.

John había hundido la cabeza entre las manos. No se encontraba con ánimos para replicar ante aquella sucesión de hechos abrumadores, hechos que él había repasado también más a fondo todavía que Smuts. Al cabo de algunos minutos susurró quedamente, cual si quisiera engañarse a sí mismo con una imposible esperanza:

—No olvidemos que Robert Wilkins estaba en Lausana.

—Ya ha visto como lo he tenido en cuenta; pero…

De todos modos, si usted quiere que hagamos averiguaciones allí…

—¡No! —replicó John, con energía—. Sería contraproducente. Aun en el caso de que haya estado, ha podido volver. Nuestras pesquisas solo servirían para demostrarle que sospechamos sea él el asesino.

—¿Entonces…?

—El problema que se nos plantea es harto difícil, amigo señor Smuts. Después de lo de hoy, que nos ha servido para admitir, sin lugar a dudas, la culpabilidad de Robert Wilkins, considero descartada la idea de que ese hombre se deje llevar a Londres, lo cual constituye el objeto principal de nuestros afanes.

—Soy de ese mismo parecer.

—Y, sin embargo, ¡insistiré apenas me lo eche a la cara! Si se niega equivaldrá a delatarse a sí mismo.

—En cuyo caso —apuntó Winston—, aunque poco podemos hacer contra él mientras se halle en Ginebra, dicha negativa nos librará de todo escrúpulo para utilizar cualquier procedimiento.

—¿Qué quiere decir?

—Sugiero a usted la conveniencia de, si eso sucede, tratar a ese hombre como él nos trata a nosotros.

—Bien… ya veremos. Aplaudo su precaución de encarecer a Hopey la conveniencia de no hacer alusión alguna a la cojera del asesino. Recomiéndele que sostenga la declaración que ambos hicimos a los curiosos: “No tenemos la menor idea de quién pudo ser el agresor”.

—De acuerdo. Voy a dejarle ahora. Para su tranquilidad, le diré

que entre los “huéspedes” que han llegado hoy al hotel figuran algunos de los hombres controlados directamente por Hamilton y Hopey, los cuales establecerán una disimulada y eficaz vigilancia. Podemos dormir… aunque con la pistola cerca y con un ojo abierto.

—Entendido.

—Buenas noches.

—Buenas noches.

* * *

Cuando al día siguiente, a la hora del almuerzo, entró Kennedy en el comedor, acudieron de todas las mesas a interesarse por él.

El suceso era ya del dominio público.

Los primeros en acudir fueron Robert, Constanza y Fanny. Esta última, reflejando ansiedad indescriptible, le tendió ambas manos, diciendo:

—¡Oh, John!… ¿Qué te ha ocurrido? Acabo de enterarme… Nadie quería decírmelo… En este momento me disponía a correr en tu busca.

Le acarició él las manos.

—¿Es verdad lo que se cuenta? —preguntó Constanza,

—Hable usted, querido amigo —pidió Robert.

El pintor vio reflejado en todos los rostros verdadero interés, y no pudo menos de admirar en Wilkins lo que consideró excepcionales aptitudes para el fingimiento.

Habló primero a su novia:

—No te apures, querida… —y, dirigiéndose a todos, añadió—: El hecho carece de importancia. Un maleante vulgar, sin duda, quiso robarme. La casualidad permitió que uno de los camareros de este hotel cruzara cerca y lo impidiese a costa de su sangre.

Protestaron varias voces:

—¡Con cuánta tranquilidad lo dice!

—¡Bien se conoce, a juzgar por su flema, que es usted inglés!

—¿En qué se basa para creer que se ha tratado de un desconocido maleante?

—¿No cabe en lo posible que hayan hecho otro intento para envolverle en la oleada de crímenes que parece amenazarnos a

todos?

—Desde luego —admitió John—, la cosa resulta fea, aunque no acierto a explicarme quién puede desear mi muerte.

—¿Quién pudo desear —objetó Robert— la de los otros?

—Ignoro si esas pobres víctimas encerrarían algún misterio —respondió el artista, derrochando aparente sinceridad—. De mí sí puedo asegurar que no he hecho nada para merecer odios mortales. En fin: confiemos en que el gran sabueso señor Smuts aclare el enigma —subrayó sus últimas palabras con una sonrisa amplia, compartida por muchos, y añadió—: Tengo un hambre enorme. Se conoce que las emociones me aumentan el apetito.

Tomó asiento en la silla que los Wilkins le tenían reservada.

Le costó trabajo, mas pudo conseguir que se cambiara de tema.

Ni por un momento dirigió a sus interlocutores frase alguna de doble sentido o mirada escrutadora.

Su comportamiento era tan sencillo y natural, que Constanza, única de los presentes que se hallaba en el secreto, llegó a sentir profunda admiración por aquel maravilloso dominio de nervios. Ella no podía engañarse; sabiendo que Kennedy se había introducido en sus habitaciones y que Pickford había encontrado allí la muerte cuando quiso matar, estaba segura de que el pintor desconfiaba y había establecido la relación entre tales hechos y el frustrado intento de Smith; pero se guardó a su vez mucho de la más leve insinuación.

Terminado el almuerzo, les dejó Constanza, quien bajo ningún concepto dejaba de ir al tocador inmediatamente después de cada comida.

Y entonces Kennedy, con la misma habilidad empleada antes para ahuyentar el tema de los crímenes, consiguió volverla a poner sobre el tapete.

Robert “cayó” insensiblemente, diciendo:

—Empieza a hacérseme desagradable la bella Ginebra… ¡Daría cualquier cosa por apartarme de aquí siquiera una temporada, a ver si pasaba mientras esta racha de terror!

—¡Hago mías tus palabras, hermano! —exclamó Fanny.

Con la mayor naturalidad, contestó el artista:

—Voy a hablar con el señor Smuts, y, si me lo permite, tomaré

el primer barco que salga para Londres. Poco me importa dar lugar a que me tilden de cobarde. Yo sé bien que no es miedo lo que me mueve, sino ansia de salir de este ambiente enrarecido —añadió, viendo clavadas en él las miradas de sus interlocutores en expresión ansiosa—: Recuerdo perfectamente la promesa que les hice, y, si persisten en su deseo, trataré de cumplirla.

Fue Robert quien primero habló:

—¡Claro que persistimos!

—¡No podrías hacer nada que nos resultara tan agradable! —ratificó Fanny.

Hubo de hacer John un extraordinario esfuerzo para enmascarar la sorpresa que le produjo lo que acababa de oír.

Insistió Robert:

—Como creo haberle dicho antes de ahora, mi agradecimiento será enorme si nos proporciona esa etapa de felicidad.

—Bien, bien… Me ocuparé del asunto enseguida. ¿No tiene usted, señor Wilkins, ningún asunto que le retenga en el caso de que pudiéramos partir mañana o pasado?

—Nada de importancia.

—Supuse que su viaje a Lausana…

—¡Bah! Un negocio de poca monta que he dejado resuelto antes de regresar.

Fanny, mimosa, puso una mano sobre la de Kennedy.

—¡Me parecerá cosa de ensueño pasar unos días contigo en Londres!

Durante un buen rato hablaron los tres animadamente sobre el mismo tema, hasta que por fin John se levantó, diciendo:

—¡Las cosas sobre la marcha! Voy ahora mismo a hablar con ese inspector.

—¿Quiere que le acompañemos? —quiso saber Robert—. Quizá ejerzamos mayor presión entre los tres.

—¡Le podremos! —exclamó Fanny, bromeando risueña y animada,

Winston les recibió amablemente, y oyó en silencio lo que le decían. También para él significó extraordinaria sorpresa la decisión de Robert, pero supo disimularla bien.

Con el fin de representar mejor la farsa, comenzó oponiendo

algunos reparos, que sus interlocutores vencieron sin mucho trabajo.

Finalmente, Kennedy, adoptando una actitud de disgusto perfectamente representada, dijo:

—Señor Smuts, me irrogará usted un grave perjuicio si opone obstáculos a mi marcha, perjuicio del cual le haré responsable a todos los efectos. En cuanto a los señores Wilkins, tienen razones tan poderosas o más que las mías que les inducen a partir. Tanto es así, que si no son autorizados tampoco yo embarcaré.

Winston reflexionó largamente antes de responder:

—En realidad, nada tengo contra ustedes. Sé ya quién es el asesino, y solo necesito unas cuantas pruebas, que obtendré muy pronto, para detenerle; pero temo que si les autorizo haya otros que quieran imitarles, y hay algunas personas a las que no quiero perder de vista.

Le objetó Kennedy:

—Pero si no nos incluye entre esas personas, no hay ninguna razón para que se oponga a nuestro deseo.

Todavía pareció vacilar Winston. Por fin, accedió:

—Está bien. Hagan lo que quieran.

Le dieron las más efusivas gracias. Luego, añadió Kennedy:

—No me atrevo a preguntarle quién es el asesino, pero le aseguro que me devora la curiosidad.

—Eso es muy lógico… —sonrió con suficiencia—. Cabe en lo posible, que vea esa curiosidad satisfecha antes de emprender la marcha.

Los Wilkins y John salieron exteriorizando su contento.

Fanny, con su simpática inocencia, declaró:

—¡Pues es muy simpático el señor Smuts! Reconozco que fui injusta al enjuiciarle otras veces —rieron los hombres, y agregó ella —: ¡Digo lo que siento, como siempre!

—Además de simpático —dijo Robert—, es inteligente. Haber descubierto al asesino estando todo tan enmarañado como está, le acredita de hábil.

John le miró escrutándole, pero no halló en el tono ni en el gesto de quien le hablaba el más pequeño asomo de ironía. Y se afirmó en la creencia de que trataba con un farsante sin igual.

—Voy a arreglarme para salir —anunció a los Wilkins—. Quiero trasladarme inmediatamente al consulado.

—¿Quiere que le acompañemos?

—No, gracias. Me parece preferible hacer solo la primera visita. Dada la amistad que al cónsul y a mí nos une, ejerceré más fuerza hablándole sin testigos.

—A su gusto —concedió Robert—. ¡Buena suerte!

—¡Te aguardaremos impacientes! —añadió Fanny.

Volvió Kennedy a sus habitaciones, donde estuvo cinco minutos escasos, y tornó a las de Winston.

—Le esperaba —anunció el inspector.

—¿Qué opina de nuestro hombre?

—Creo que cuando llegue el momento último encontrará una razón para renunciar al viaje. Ha querido demostrar su absoluta inocencia. Si ahora hubiera rehusado lo que aseguraba apetecer, habría descubierto sus cartas antes de tiempo.

—En ese caso…

—Nosotros continuaremos el juego, ¿verdad?

—¡Resultaría curioso que, a pesar de todo, Wilkins se decidiera a ir a Londres!

—Insisto en que no lo espero. Si tal cosa ocurriera, habría que calificarlo de cínico incomparable o de loco de atar.

—O de inocente… ¿No lo cree posible?

—Por favor, señor Kennedy… ¿Vuelve a sus esperanzas sin fundamento?

—Tiene usted razón. Los hechos son demasiado concluyentes.

* * *

John, con aspecto radiante, presentóse ante los Wilkins.

—¡Estamos de enhorabuena!

—¿De veras?… —preguntó Fanny, corriendo hacia él.

—¡Cuente! —apremió Robert.

—He vencido la resistencia del cónsul. Embarcaremos pasado mañana.

La alegría de los dos hermanos fue grande. Fanny no vaciló en abrazar y besar a su novio delante de Robert, el cual exteriorizaba

una emoción que Kennedy no supo interpretar.

No tardaron en separarse. Tenían que preparar muchas cosas y el tiempo apremiaba.

Fanny y Robert encontraron a Constanza en el pasillo, la cual preguntóles, sorprendida, al ver su gesto de felicidad:

—¿Puedo saber qué os ocurre?

—Que te lo explique mi hermano —repuso la joven—. Yo no puedo entretenerme.

Y se alejó casi corriendo. La alemana volvióse a su marido en muda interrogación. Este cogióla de un brazo, cariñosamente, a la par que decía:

—Vamos a separarnos durante una temporada breve.

—¿Eh?

—Kennedy ha logrado que nos visen los pasaportes a Fanny y a mí. Pasado mañana embarcamos para Londres.

Una palidez mortal cubrió las mejillas de Constanza. En un segundo abarcó casi toda la trascendencia que encerraba aquello, y notó que se anegaba en angustia invencible.

—¿Qué te ocurre, criatura? —preguntó él, alarmado.

—¡No! ¡Eso no es posible! ¡No iréis! ¡No lo consentiré!

Robert arrugó el entrecejo. Nunca había visto a su mujer en aquella actitud.

Sin responder, la condujo hasta las habitaciones de ambos, cerró y pidióle, con acento duro:

—Explícame el significado de esas palabras.

La mujer dejóse caer sobre un sillón, y, sin mirar al que le interrogaba, se retorció las manos.

No podía dar la explicación pedida. ¿Cómo decir a su marido la verdad? ¿Cómo declararle que John era seguramente un elemento del “Intelligence Service” y quería llevárselo para que la ahorcaran por creerle un miembro de la organización de espías de la que ella era elemento principal?

Cualquier cosa que esbozara en tal sentido, por hábil que fuera, despertaría las sospechas de Robert, el cual se empeñaría en saber, en hacer pregunta tras pregunta, con el afán de averiguar cómo ella, estaba en posesión de tales secretos.

Y, sin embargo, la idea de perder para siempre al hombre a

quien tanto amaba le torturaba el corazón.

Wilkins insistía:

—Estoy esperando a que me contestes.

Recurrió ella a los argumentos únicos que podía utilizar: su gran amor, la tristeza de estar lejos, el peligro de que hundiesen el barco donde iba a hacer la travesía…

Y todo ello, aparte las nuevas razones admisibles que le acudían a la imaginación, envuelto en lágrimas, en caricias, en suspiros…

Robert la mimó emocionado y se esforzó en tranquilizarla; pero como ella insistiera, hizo más duras sus frases.

—Es un caso inconcebible de egoísmo el tuyo —exclamó—. Repito lo que no hace muchos días te dije: tú pasas a tu patria cada vez que quieres; yo llevo años lejos de la mía, sin ver a mis padres. ¿Cómo puedes ser tan incomprensiva, que quieras robarme esta inmensa alegría?

El diálogo acabó de manera altamente desagradable.

—Cuando comprendas lo absurdo e injusto de tu posición —dijo Robert, como final—, ven a anunciármelo. Entretanto, nada tenemos que añadir a lo dicho.

Y se encerró en una de las habitaciones, mientras la mujer inclinaba el rostro, por el que se deslizaban lágrimas ardientes.

Permaneció así mucho rato. De pronto, adoptando una resolución, abandonó la estancia y encaminóse a las dependencias ocupadas por el doctor Manzini, en las cuales, tras convencerse de que nadie la miraba, entró sin llamar.

El italiano se levantó, sorprendido.

—¡Usted aquí! ¿Cómo se le ha ocurrido?

—Es usted médico y puedo justificar mi visita, si llega el caso, diciendo que me sentí enferma de pronto y vine en busca de ayuda.

—Bien; pero… ¿qué es lo que sucede?

—Necesito hablar con el jefe inmediatamente. Llámele.

—No quiere salir de sus habitaciones. Las heridas que le hicieron anoche en la pierna, aunque carecen de importancia, le obligan a cojear, y ello dirigiría hacia él las sospechas.

—¡Iré, entonces, a verle yo!

—¿Ha perdido usted el juicio? ¡Cualquiera que la viese…!

—Escuche, Manzini: el asunto tiene para mí trascendental

importancia y no quiero aplazarlo.

—¿No puede exponérmelo para que se lo traslade? A nadie llamará la atención que yo le visite; pero, en cambio, si notan que una señora entra en las habitaciones de un hombre solo…

Constanza reflexionó brevemente.

—Está bien —dijo—. Escúcheme.

Le expuso su angustioso problema, con todo lo que veía en el fondo de él, y acabó diciendo:

—¡Es necesario resolver esta situación; evitar que mi marido vaya a Londres; protegerle!… Dígaselo al jefe, y añádale que si se desoye, seré yo quien lo impida a costa de lo que sea.

—Pero…

—Repítale mis palabras. Sé hasta qué punto suelen abandonarse en la organización las cosas particulares, y no quiero que esta se abandone bajo ningún concepto.

—Será usted complacida…

—Vaya y tráigame la contestación. Le espero.

El italiano, al verla tan decidida, no se atrevió a objetar, y encaminóse hacia las habitaciones de Smith, quien en aquel momento hacía leves ejercicios con la pierna herida, conteniendo gestos de dolor.

Dirigió a Manzini una dura mirada,

—¿Cómo se encuentra? —preguntó el recién llegado.

—Creo que pronto lograré andar sin que se me note nada. ¿Ocurre algo lo suficientemente importante que justifique su presencia aquí ahora?

—Júzguelo usted mismo.

Le trasladó el problema planteado por Constanza.

Smith daba nerviosas chupadas a un grueso cigarro. Aun después de haber concluido su interlocutor, permaneció varios minutos sumido en reflexiones.

Llegó a la conclusión de que, contrariamente a lo que Constanza deseaba, resultaría muy conveniente para la organización que Wilkins embarcase y fuese a parar a manos de un verdugo inglés.

No le cabía duda de que si Kennedy se daba por satisfecho con atrapar a Robert, hasta el extremo de levantar el campo para llevárselo, era porque todas sus sospechas, y posiblemente las de

Winston, recaían sobre aquel. ¿Qué mejor oportunidad para despejar el horizonte enrarecido que les envolvía? Pensó en la cojera de Wilkins, y le vinieron a la memoria sus propios pasos de cojo al huir la pasada noche. Si le habían visto, como era lo más probable, ¿no era admisible que ello hubiera contribuido a que les confundiesen?

La cosa empezaba, a mostrársele de un interés extraordinario. Robert, inconscientemente, les había sido útil, sí; pero no hasta el extremo de resistirse él a sacrificarlo, si tal sacrificio alejaba el peligro para todos los demás.

Librarse de los elementos del "Intelligence Service", pues aceptó la posibilidad de que Winston se marchase también, sin tener que matarlos, tendiéndoles el "puente de plata", significaba una perspectiva grata por demás; eran varias las personas muertas en pocos días; el riesgo resultaba cada vez mayor, y si sumaban al número de víctimas los nombres de Smuts y Kennedy, el gran revuelo existente adquiriría proporciones gigantescas.

Adoptada su determinación, dijo a Manzini, que le observaba sin atreverse a interrumpir su silencio;

—Diga a la señora Wilkins que tomo nota de sus deseos y que haré todo lo posible por complacerla.

—Perfectamente.

El italiano se dirigió a la puerta, pero se detuvo oyendo al jefe añadir:

—Ocúpese usted, Manzini, utilizando los elementos que crea, precisos, de que la señora Wilkins vaya a parar a nuestra casa de "Ile" y quede detenida allí hasta que yo decida lo que ha de hacerse.

El médico abrió mucho los ojos y boca en una expresión de estupor sin límites, pero no acertó a pronunciar palabra.

Desentendiéndose de aquel gesto, añadió Smith:

—No le será necesario apelar a la violencia para llevarla, aunque sí para retenerla. Dígale que guardo allí unas instrucciones generales que deseo conozcan todos. Luego, enciérrela o haga que la encierren donde no pueda escapar.

Con gran trabajo logró el galeno decir:

—Pero…

—¿Qué?

Las pupilas del jefe fulguraron. Manzini, en tono humilde, murmuró:

—No… Nada… ¡Cuando usted lo decide…!

—Desde luego. Cuando yo decido una cosa, se obedece, y en paz. Sin embargo, quiero aclararle que no he adoptado ninguna resolución decisiva sobre esa colaboradora. Paso por alto la insubordinación que significan sus palabras, pues comprendo que las ha dictado un exceso de amor. No ha tenido en cuenta que en nuestras circunstancias, el amor, si no se puede eludir, hay que considerarlo como una cosa secundaria. Nos interesa que su marido embarque para Londres, y hemos de evitar que ella lo dificulte.

—Comprendido.

—Una vez que el barco haya zarpado, veremos lo que procede.

—¿Cuándo debo cumplir esa orden?

Smith tornó a reflexionar, y repuso luego:

—Una prolongada ausencia puede inquietar a su marido y hacerle desistir del viaje… ¿Dice usted que proyectan marchar pasado mañana?

—Eso es lo que me ha asegurado.

—Bien; pues… con hacer que vaya a "Ile" mañana por la noche, ya tarde, bastará. Cuando él note su desaparición, estará ya próxima la hora de partir, y creerá que ella no se ha sentido capaz de sufrir la despedida.

—¿No teme usted que en ese tiempo haga la señora Wilkins algo irreparable?

—No, si sabe usted llevar a su ánimo el convencimiento de que impediré la marcha aunque sea en el momento justo.

—Lo haré así.

—Adiós, Manzini.

El galeno abandonó la estancia y volvió a la propia.

—¿Qué? —preguntó Constanza, sin disimular su impaciencia.

—Será usted complacida.

—¿Evitará el viaje?

—Lo evitará.

—¿Ha dicho cómo?

—No. Ya sabe usted cómo es el jefe. Tendrá que trazar sus

planes. Se ha limitado a decirme que le traslade la seguridad absoluta de que no embarcará su esposo. Y todos estamos convencidos de que cuando él dice una cosa, la cumple.

Brilló una sonrisa en los labios de la mujer.

—Eso desde luego —admitió—. Jamás ha faltado a una palabra que nos diera.

—Quiere que se comporte usted de manera normal, tranquila, como si esa separación no le produjera apenas efecto.

—Lo haré así. Le estoy agradecida, Manzini.

—No he hecho más que servir de intermediario. Sabe usted cuánto se la estima.

—Ahora lo he comprobado una vez más.

—El jefe siente por usted una consideración envidiable. Ni por un momento ha vacilado en complacerla, cueste lo que cueste.

—No lo olvidaré nunca.

Todavía empleó unos minutos más el italiano en dar la sensación de que Smith se jugaría incluso la cabeza por complacer a Constanza. Se alejó al fin esta respirando con facilidad, libre del peso que la estuvo oprimiendo moralmente desde que Robert le expusiera su propósito.

CAPÍTULO VIII

LA policía suiza presentóse al día siguiente en el “Hotel Internacional” para llevar a cabo la detención de Barry Hamilton, el cual hallábase en aquellos momentos sirviendo a la mesa. Se mostró sorprendido, pero no hizo ademán de resistirse cuando vio que le colocaban el cañón de una pistola a pocos centímetros de la cabeza.

El efecto que aquello produjo en todos los huéspedes fue indescriptible.

Hamilton, rechinando los dientes y lanzando en derredor furiosas miradas cual si quisiera aniquilar al mundo y, al mismo tiempo, se afanase en encontrar una posible salida, se dejó esposar y conducir.

Smuts, desde una de las mesas, presenciaba la escena sonriendo con el aire de superioridad que tantas antipatías le había creado.

Cuando el preso y los aprehensores, hubieron desaparecido, el inspector paseó una mirada de triunfo sobre la concurrencia.

Llovieron las preguntas, y él, calmando la impaciencia de unos y otros con reposados ademanes, dijo:

—Winston Smuts no fracasa nunca, señores.

Aquella afirmación excitó aún más los ánimos. Todos querían saber si equivalía a asegurar que Hamilton era el asesino misterioso.

—Así lo creo —repuso el interrogado—, y no suelo equivocarme.

Con paso majestuoso abandonó la estancia, dejando tras sí un clamor de voces entre las que sobresalían las destinadas a elogiarle.

Media hora después, el inspector conversaba a solas con Kennedy.

—¡Lo de Hamilton ha sido un éxito! —exclamó este último.

—Me complazco en felicitar a usted por su idea —repuso Smuts—. Es muy posible que este último esfuerzo decida a Robert Wilkins. Ver preso al “asesino” le hará recobrar la seguridad de hallarse a cubierto de sospechas y acaso se decida a emprender el viaje.

—¿Ha hecho lo preciso para que Barry no sufra molestias?

—¡Desde luego!

—Se ha comportado como un excelente actor. ¡Vale mucho ese muchacho! ¿Las autoridades suizas siguen dispuestas a prestarnos ayuda?

—En un todo, señor Kennedy. Para cubrir las apariencias concederán enseguida la extradición de Barry. Eso, si las circunstancias no aconsejan que le dejen libre antes.

—Bien. Dentro de unas horas se habrá ultimado todo lo relativo al visado de pasaportes y a la obtención de pasajes… para los Wilkins y usted.

—¿Cómo? No le entiendo, señor Kennedy. ¿Es que no nos acompaña?

—No. Hay dos razones que me lo impiden. La primera, que me falta valor para conducir a ese hombre hasta el cadalso, ya que a eso equivale ir con él a Londres. No podría resistir el dolor y desprecio de Fanny. Si logro hacerle embarcar, mi labor en el “caso” habrá concluido. Usted puede llevar a cabo el resto. El segundo motivo para quedarme es la conveniencia de hacer lo posible por eliminar a los cómplices de los Wilkins… Aunque les falte el jefe, se reorganizarán, y acaso me sea posible hacerles la guerra.

—Comprendo ambas cosas: sus escrúpulos y su buen deseo de seguir laborando. Lo segundo, le acredita como el elemento valioso con cuyo concurso se honra el “Intelligence Service”; lo primero pone de relieve su calidad de hombre que, aun siendo genial, se mantiene a la altura del colaborador honorario que se resiste a curtirse en los lances en que hay que prescindir del corazón.

—¿Me censura?

—Mi intención, al menos, es elogiarle, señor Kennedy.

—Haga saber a Conrad Hopey que él y sus muchachos deberán

permanecer aquí, a mis órdenes.

—De acuerdo.

—Yo subiré con ustedes a bordo, contando con que a última hora no se arrepienta Wilkins, y en el primer puerto donde toque el barco saltaré a tierra… y no regresaré.

—Comprendido.

—Voy a pedirle un favor.

—Usted ordena.

—Quisiera que, una vez detenido Robert, hiciese usted llegar a Fanny unas líneas mías.

—Démelas cuando guste.

—Ahora mismo, por si no se nos presenta otra ocasión oportuna.

Tomó asiento John en una mesita próxima, y con pulso no muy firme, escribió:

> “Fanny querida: Sé que no tengo derecho a pedir que me perdones. He servido a mi patria y, al hacerlo, me he desgarrado el corazón. No volveremos a vernos, pero necesito jurarte que mi amor a ti es sincero, puro, hondo, y que no te olvidaré jamás.
>
> “Adiós para siempre,
>
> ”John Kennedy.”

—Puede leerla —dijo, tendiendo la hoja de papel a Smuts.

—¡Por favor… no me ofenda! Métala usted mismo en un sobre, tenga la bondad.

Obedeció el pintor. Winston guardó la carta cuidadosamente.

* * *

Contra lo que Smuts y Kennedy temían, Robert seguía mostrándose tan entusiasmado como su hermana ante la perspectiva del próximo viaje.

Si los dos elementos del “Intelligence Service" no hubieran sido víctimas de la obsesión originada por las apariencias, habrían convenido en que la alegría de Robert no podía ser simulada por

buen actor que fuera. Renunció este a sostener nuevos diálogos con su esposa, si bien confiaba en que a última hora vendría ella a sus brazos para reconocer su egoísmo y dejarle en los labios el gusto de los últimos besos.

Por su parte, Constanza le rehuía también, temerosa de que Robert pudiera leer en sus ojos la seguridad que abrigaba de que no embarcaría.

Después de cenar, Manzini se acercó a la alemana diciéndole en susurro:

—Cuando todos duerman, acuda usted a la “Ile”. El jefe estará con nosotros y nos dará instrucciones para impedir que embarquen los hermanos. Wilkins.

Resplandeció de gozo el semblante de la mujer, quien ya había empezado a inquietarse ante la falta de noticias y el avance de preparativos.

Y, en efecto, tarde ya, abandonó el hotel para buscar ella misma su perdición.

* * *

La hora de embarcar se aproximaba.

Smuts y Kennedy no perdían de vista a Robert, esperando que de un momento a otro adujera este una razón cualquiera para renunciar al viaje; pero el tiempo transcurría sin que sucediera así. Veíasele, sin embargo, inquieto, con una mezcla de tristeza en su satisfacción.

Creyó el pintor oportuno sondearle:

—Parece que no está usted muy alegre, amigo mío.

—Es que… verá… —repuso él—. Constanza no está aquí.

—No le entiendo.

—Discutimos. Ella se empeñó en que renunciase a mi anhelo de ver nuevamente a Londres y abrazar a mis padres. Yo confiaba en que a última hora vendría la reconciliación; pero… anoche, cuando me dormí, ella no se había acostado aún y esta mañana, al despertar, tampoco la he visto.

Supuso el pintor que estaba escuchando los principios del pretexto que aguardaba, mas se sorprendió notablemente oyendo agregar a Wilkins, en una reacción de entereza:

—Lo lamento. No podía haber hecho mi mujer nada peor para retenerme. Ese acto de soberbia me duele, pero carece de eficacia para modificar mi impulso. Si no acude a despedirme… ¡peor para ambos!

—Lo más probable es que esté ya en el muelle —animóle John.

Brilló la esperanza en los ojos de Robert.

—Así lo espero yo también —dijo.

Llegó el momento de partir.

Despidiéronse de los huéspedes con los cuales habían trabado amistad y subieron al coche. El equipaje había sido trasladado anteriormente.

Smuts escuchó nuevas felicitaciones por su acertada labor en la busca y captura del asesino.

Llegaron. Robert miró ansiosamente. Incluso recorrió, antes de subir a bordo, el Jetée des Eaux Vives y el Jetée des Paques, los dos diques que limitan el puerto. Se convenció, con pena, de que Constanza no estaba allí.

Fanny, enterada de lo que ocurría, le animó, diciendo:

—No te apures; regresaremos pronto y entonces ella te pedirá perdón.

—Creo —dijo él, con ira y amargura— que no volveremos a encontrarnos.

Estaba, sin embargo, muy lejos de sospechar que, efectivamente, ocurriría así.

Subieron al barco.

La presa podía considerarse ya segura.

Winston y Kennedy suspiraron; solo que el primero lo hizo con placer y el segundo con dolor.

* * *

"Ile" comunica por medio de puentes con las dos partes de la ciudad. Es una isla deliciosa, más grande que la "Rousseau", en la cual la existencia es un paraíso. Pero, ¿qué paraíso no tiene cerca un infierno?

El infierno de este sitio estaba representado por una casita de dos pisos y galería subterránea que desembocaba en una gruta próxima al pilar de uno de los puentes hacia el lado de la ciudad

vieja. Era propiedad de un austríaco que se hacía pasar por inglés y aseguraba llamarse Jerry Havic. Pertenecía este hombre a la banda acaudillada por Smith, y en su citado domicilio congregábanse los espías cada vez que lo exigían las circunstancias.

Tales reuniones se llevaban a cabo adoptando un sinnúmero de cuidados. Los miembros de la organización llegaban de noche y bien distanciados siempre unos de otros.

A la tal casita había ido Constanza la noche anterior, segura de encontrar a Smith y a todos los que operaban bajo las órdenes de este.

Manzini acudió a recibirla, diciendo:

—El jefe la espera. Está en la cámara blindada.

Precedida del médico dirigióse la mujer a aquella habitación, harto conocida, en la cual habían tenido lugar, además de muchos conciliábulos realmente trascendentales para los espías, hechos que horripilaban, tales como ejecuciones, torturas…

Constanza, sin embargo, no podía imaginar siquiera lo que contra ella había decidido Smith. Se juzgaba tan importante, tan imprescindible, que ni un segundo pasó por su mente la más ligera idea de temor.

Manzini, con su habitual galantería, apresuróse a pulsar el oculto resorte que hacía correr a la puerta sin ruido.

—Pase usted.

Fue al encontrarse dentro cuando Constanza advirtió espantada lo que sucedía. El jefe no estaba allí y la blindada puerta había vuelto a cerrarse a sus espaldas. Quiso abrirla utilizando el resorte que la impulsaba desde dentro, pero antes de conseguirlo oyó perfectamente, el chirriar de un cerrojo.

—¡Prisionera! —barbotó—. ¡Prisionera de los míos!

Demostró, sin proponérselo, la enorme entereza que poseía; el singular dominio que ejercía sobre sus nervios; el primer impulso de cualquier mujer en su caso habría sido golpear la puerta; gritar ora suplicante, ora amenazadora; acabar llorando.

Constanza permaneció inmóvil y callada. Tales arrebatos no iban con su temperamento. Además, sabía que hubieran sido inútiles; que cuando allí se adoptaba una determinación no valían de nada las protestas de ninguna índole.

Analizó los hechos y comprendió la realidad. Smith había tomado en serio las amenazas que ella le hiciera y decidió engañarla para suprimirla después.

Un escalofrío sacudió su espina dorsal. El espectro de la muerte le obligó a cerrar los ojos y a suspirar con angustia; pero más aún que su suerte le preocupó la de Robert. Al comprender que no podría impedirle avanzar hacia el cadalso, se mordió los labios hasta que brotó la sangre y sus ojos se cuajaron de lágrimas.

¡Cómo aborreció en aquellos momentos a Smith, a la organización, a su propia existencia!

Aun a sabiendas de que sería, inútil, examinó la disimulada trampa que comunicaba con el subterráneo. No la pudo abrir. Estaban desconectados los cables que la movían.

Tomó la alemana asiento sobre un sillón giratorio. Empezó a fumar. Tenía la mirada fija en un punto invisible. Las líneas de su rostro parecían talladas en piedra. Sus ojos fulguraban como si fueran los resplandores de una intensa hoguera interior.

Y así vio transcurrir horas, muchas horas.

No concedió una mirada ni una palabra a los carceleros que, empuñada la pistola, entraron a la mañana siguiente a llevarle el desayuno y más tarde la comida,

Al caer la noche, el cerrojo volvió a chirriar y Edward Smith penetró en la cámara.

El aspecto del jefe era imponente también.

Llevaba la mano diestra hundida en el bolsillo exterior de la americana donde acariciaba un arma.

Se observaron con fijeza.

Smith, aunque conocía bien y admiraba a aquella colaboradora, no pudo menos de sorprenderse ante la actitud que en ella veía. Esperaba ser acogido con una serie de denuestos y amenazas y solo encontró una mirada profunda cargada de odio.

Vióse obligado a ser el primero en hablar:

—Lamento la adopción de esta medida, pero la seguridad de todos lo han exigido.

—Ahórrese palabras inútiles.

—¿No quiere que hablemos?

—No. Prefiero que acaben conmigo cuanto antes.

—Se equivoca, Constanza; nadie ha pensado en suprimirla. Vale usted mucho y la necesitamos. He hecho esto para que no impida la marcha de su esposo y de nuestros enemigos; para evitar que en un acceso de locura pronunciara usted algunas palabras que pudieran hundirnos. Si una vez conjurado el peligro me asegura hallarse dispuesta a seguir consagrada por entero al bien de la causa que servirnos, olvidaré las amenazas que me hizo llegar por conducto de Manzini y recobrará usted su libre albedrío en todo lo que no se relacione con los intereses de la organización.

—Soy incapaz de traicionar a mi patria —repuso ella, con firmeza—, pero me niego a trabajar bajo las órdenes de quien, como usted, me ha tratado sin consideración alguna y ha puesto camino de la horca a mi marido aun a sabiendas de que es inocente, de que nos era útil sin pretender serlo, de que yo le amo.

—¿Qué quiere usted decir?

—He hablado bien claro. Puede elegir entre hacer llegar mis palabras a la Dirección Suprema en Alemania para que me designen una misión lejos de usted, o mandar que me asesinen enseguida.

Smith no replicó. Tenía el convencimiento de que por nada ni por nadie alteraría, la decisión de aquella mujer.

Aunque su primer pensamiento había sido eliminarla, analizó el problema y dióse cuenta de lo peligrosa que tal medida podría resultarle. Constanza estaba reputada en las alturas como una de las espías más valiosas; se había depositado en ella fe absoluta; se le encomendaron trabajos dificilísimos que siempre llevó a cabo felizmente.

Reconoció Smith que sus propias facultades tenían un límite y que era muy posible que se le pidieran estrechas cuentas si ordenaba la ejecución de tan destacado elemento.

Y pensó que lo mejor sería emitir un informe redactado a su gusto, recargando las tintas, describiendo a aquella mujer como probable traidora a impulsos de la pasión.

Confiaba en que tal informe traería como consecuencia la sentencia de muerte que él, sin temores ya, llevaría personalmente a cabo.

—Será usted complacida —dijo—. Trasladaré su respuesta a la superioridad. Entre tanto, vista su actitud, me veo en la precisión de seguir considerándola prisionera. Durante el tiempo que dure su

encierro puede pedir cuanto necesite.

No se dignó ella contestarle.

Salió Smith y el cerrojo tornó a funcionar.

CAPÍTULO IX

TRANSCURRIERON días…

En una fonda del suburbio llamado “Petit Sáconnet”, habíase instalado John Kennedy sin dar su verdadero nombre y oculto bajo ropas modestas, un descuidado bigote y unas gafas obscuras que si no le desfiguraban por completo le daban la apariencia de un pobre hombre que en poco recordaba al eminente artista de mundial fama.

No salía hasta que las sombras comenzaban a adueñarse de la tierra y evitaba los lugares concurridos.

Conrad Hopey había desaparecido inopinadamente del Hotel Internacional y hallábase instalado en la misma fonda y piso que John.

El pseudocamarero, curado ya de su herida, hacíase pasar por pastor protestante. Las negras y severas ropas, el estirado cuello y las gafas obscuras que también usaba, unido al hecho de haberse cortado al rape el abundante cabello rubio, permitíanle pasear inadvertido incluso por los lugares en que podía encontrarse con personas a quienes sirvió a la mesa.

Los dos colaboradores estaban en estrecho contacto, aunque simularon verse por primera vez el día en que se encontraron en el comedor del fonducho y, en jornadas sucesivas, hablaron siempre poco delante de la gente.

Tanto uno como otro se habían propuesto vigilar a Constanza y a los que con ella se reunían habitualmente, pero se hallaban desesperados ante la imposibilidad de lograr su propósito toda vez que la alemana parecía, haber sido tragada por la tierra.

Gustaba Kennedy de encerrarse en su habitación y entregarse a los dolorosos recuerdos del ayer cercano.

Revivía millares de veces el momento en que el barco atracó al

puerto de Ouchy y él adujo la precisión de bajar a tierra unos minutos; parecíale estar oyendo la voz musical de Fanny recomendándole que no se entretuviese.

Y después… la expresión angustiosa de la muchacha al comprobar que el barco zarpaba; sus voces, llamándole, que arrastró el viento y que a él, oculto tras unos arrecifes, le penetraron los oídos y le apuñalaron el corazón.

El trasatlántico se había perdido ya en la lejanía y Kennedy continuaba creyendo divisar la figura bella de la mujercita, que, no pudiendo explicarse lo sucedido, llevaría la muerte en el alma.

* * *

Smith resistíase a creer la noticia que le daba Manzini.

—¿No habrá usted visto visiones?

—Estoy completamente seguro. Se trata de John Kennedy. Le he descubierto al pasar por el “Petit Sáconnet”; me oculté enseguida y él cruzó a pocos metros sin advertir mi presencia. No se me puede despintar. Usted sabe que desde el principio desconfié de él y le he observado mucho. Ni sus gafas, ni su bigote, ni sus ropas maltratadas le ocultan lo bastante bien como para que yo no le reconozca.

—En tal caso, el asunto es grave —reconoció el jefe, sin disimular su preocupación.

—Ha debido desembarcar en cualquier puerto próximo.

—Lo cual significa que no considera acabado su trabajo aquí y que se propone vigilarnos.

—Eso es lo que yo pienso. Habrá que suprimirle.

—Desde luego; pero convendría atraparle vivo. Resultaría muy interesante hacerle declarar todo lo que ha descubierto acerca de nosotros, los informes que haya transmitido.

—¡Sí, claro! Conseguir su confesión sería ideal.

—¡La conseguiremos!

* * *

John, relativamente avanzada la noche ya, dirigíase hacia la fonda cuando sintió que le tocaban en el hombro y se volvió con rapidez.

Edward Smith se hallaba ante él y le sonreía bonachonamente al propio tiempo que exclamaba:

—¡Caramba, ilustre artista! ¡Vaya sorpresa! ¡Le hacía a usted en Londres!

Kennedy juzgó inútil fingir. No podía caberle duda de que aquel hombre le había reconocido y consideró necio tratar de convencerle de que se había equivocado.

Le miró con hostilidad y respondió, agresivo:

—Pues… ¡ya ve que estoy aquí!

—Perdone si le importuno; es que… no me he podido contener al verle… Sabe que le admiro más que nadie…

—Gracias.

—¿Qué, se arrepintió usted de cruzar el charco y desembarcó cerca?

—¿Debo darle explicaciones?

—¡No, no, qué disparate! Vuelvo a pedirle disculpas.

En, aquel momento, un auto que avanzaba, lentamente se detuvo cerca de los dos hombres.

La calle estaba desierta y a obscuras.

John, malhumorado, volvió la espalda a su interlocutor.

No llegó a dar tres pasos. Un golpe en la cabeza, asestado con la empuñadura de una pistola, le hizo perder la noción de las cosas.

Smith le recogió en sus forzudos brazos antes de que cayese al suelo.

Del coche descendió Manzini.

—¡Buen porrazo, jefe!

—¡No perdamos minuto!

Entre los dos le metieron en el auto. Smith entró también y Manzini volvió a hacerse cargo del volante.

* * *

Antes de abrir los ojos, oyó Kennedy la voz de Smith que decía:

—¡Ahí lo tiene, Constanza! Puede satisfacer en él su ira mientras preparamos lo necesario para hacerle hablar.

—¡Gracias! —exclamó, sarcástica la alemana—. ¡Para satisfacerme tendría que ver también a usted en la situación de este

hombre! ¡Él ha enviado a mi marido a la horca por creerle culpable; pero usted, sabiéndole inocente, ha contribuido al crimen!

En tono irónico, respondió Smith:

—Tendrá que contentarse con uno de los dos… y no seré yo ese uno.

John, sin acertar a comprender lo que acababa de oír, entreabrió los párpados y vio fijas en su rostro las pupilas centelleantes de Constanza, quien, en un acceso de furia, le abofeteó cruelmente mientras rugía:

—¡Maldito seas! ¡Por tu culpa va a morir ahorcado el más bueno y noble de los hombres! ¡Imbécil! ¡Has ido a considerar culpable al único inocente de todos nosotros!

John, aunque aturdido aún, dióse cuenta de la importancia que aquellas palabras tenían y sin tratar de cubrirse la cara maltratada por la mujer, inquirió, anhelante:

—¿Es verdad eso que dice?

Puso tanta emoción en la pregunta, que Constanza se contuvo a la par que Smith fruncía el ceño.

—¿Piensas que soy capaz de mentir en estas circunstancias? —replicó la espía—. ¡Vas a morir! ¿Qué puede importarme que sepas la verdad? ¡Sí, Robert es inocente; ni siquiera conoce mis actividades! Si hubiera sabido lo que soy me habría despreciado.

Se transfiguró el semblante de Kennedy.

—¡Pruebas! —exclamó—. ¡Deme pruebas de eso que dice y le salvaré si es que llegamos a tiempo!

—¡Basta! —exclamó Smith, tratando de interponerse

—¡Quieto! —bramó Constanza, colocándose ante el jefe e impidiéndole el avance. Su actitud era tan enérgica, tan desesperada, que aquel, aun estando rodeado de bastantes secuaces, se estremeció.

Añadió Kennedy, concentrada el alma en los labios y en los ojos, ajeno al dolor físico que sentía y al peligro que pudiera correr:

—¡Adoro a Fanny y la muerte de su hermano hará que ella aborrezca hasta mi memoria! ¡Demuéstreme que Robert no tiene nada que ver con ustedes y cursaré un cable para que suspendan la ejecución! Luego podrán hacer de mí lo que quieran.

Iluminóse el semblante de Constanza.

—¿Haría usted eso? —inquirió, trémula.

—¡Claro que sí!

Reaccionó Smith apartando a su excolaboradora casi violentamente, y diciendo:

—¡Falta el pequeño detalle de que yo lo permita!

Crujieron al chocar los dientes de la mujer. Había llegado a olvidarse por unos momentos del interés que Smith tenía en la muerte de Robert y al darse cuenta ahora sintióse anonadada.

Hizo lo que en su vida hiciera: suplicar.

—Escuche, Edward. Cuando me encerraron aquí, me habló usted de mis merecimientos, de lo grato que le resultaría mi predisposición a perdonarle y a seguir laborando por la causa. Pues, bien. Le juro que si me ayuda a salvar a mi marido aprovechando esta circunstancia que se nos presenta, no solo daré por no recibidas sus desatenciones, sino que me convertiré en una esclava suya.

—Es ya demasiado tarde.

—¿Qué dice?

—La Dirección, ha contestado a mi informe anunciando que ha dejado usted de ser grata. Acabo de recibirlo. ¡Es una gran noche esta noche!

El golpe resultó fuerte. Quedó ella abatida. De pronto, adoptando una resolución desesperada, introdujo la mano en el bolsillo de la chaqueta del espía que tenía más próximo y la sacó armada de una pistola.

—¡Atrás todos! —ordenó—. ¡Mataré a quien intente impedirnos la salida!

Había sido aquello tan rápido e inesperado, que el asombro paralizó durante algunos momentos a todos los presentes.

—¡Está usted loca! —silabeó Smith.

—¡Vamos, señor Kennedy! —conminó ella, desentendiéndose del jefe—. ¡Salga delante!

Pero antes de que el pintor pudiera incorporarse del todo, sonó un disparo en la cámara blindada. Constanza vaciló, llevóse ambas manos al pecho de donde empezó a miañar sangre, y cayó pesadamente.

Smith sopló el cañón del arma que había utilizado aprovechando un instante de descuido tenido por la alemana al dirigirse a Kennedy.

—De todos modos, había de ser —comentó el miserable, guardando el mortal adminículo.



De todos modos habia de ser.

—¡Criminal! —susurró Constanza.

Los testigos quedaron atónitos, suspensos. En su mayoría estaban acostumbrados al asesinato, pero el de aquella mujer a quien admiraban y habían respetado hasta poco antes, les produjo honda sensación.

Kennedy, mirando a Smith con odio profundo, exclamó:

—¡Miserable!

El ofendido trató de darle un porrazo; mas, el muchacho saltó sobre él y le golpeó como si sus puños fueran martillos.

Los secuaces del jefe lanzáronse como una jauría sobre el pintor.

—¡No le matéis! —ordenó Edward, conteniendo a duras penas las ganas de hacerlo por su propia mano—. ¡Ha de decirnos algunas cosas antes!

Quedó el muchacho reducido a la impotencia ante la superioridad numérica de sus adversarios, los cuales le arrojaron contra la pared blindada. El pintor desvió la cabeza instintivamente evitando recibir un nuevo golpe en ella. Quiso recoger una pistola que en el fragor de la lucha había caído al suelo, pero Smith se apresuró a pisarle fuertemente la mano, a la par que decía en tono de sangrienta burla:

—Se ha equivocado, ilustre artista. Eso no es para usted.

Kennedy contuvo toda exclamación de dolor. Se sintió empujado nuevamente y cayó al suelo.

—Esta mujer vive aún —anunció Manzini, quien se había inclinado sobre Constanza.

—¡Llévesela fuera y remátela! —contestó el jefe—. Nosotros vamos a hacer cantar a este valiente.

El italiano se dispuso a obedecer, pero en aquel momento llegaron el dueño de la finca y otro espía más, gritando:

—¡La policía!

—¡La casa está cercada!

Lanzó Smith una interjección tremenda.

Su primer pensamiento fue aceptar la batalla, pero desistió enseguida. Existiendo como existía la posibilidad de huir, no quería exponerse a una derrota o, por lo menos, a dejar heridos que declarasen más de la cuenta.

Salió él mismo y conectó los cables que hacían funcionar la

trampa del subterráneo.

Fuera, empezaron a golpear la puerta y a disparar sobre la cerradura. Esta no cedía.

—¡Vamos! —ordenó Smith. Y pulsó, sin que le viese Kennedy, el resorte que cerraba la cámara blindada.

Fueron descendiendo todos delante de él.

Manzini hizo fuego sobre Constanza antes de huir.

—Creo que tiene bastante —anunció.

Dirigióse Smith a John:

—¡Baje! No estoy dispuesto a renunciar a sus noticias.

Y le encañonó.

Dio Kennedy la sensación de que se disponía a cumplir la orden, en el preciso momento en que fuera sonaba el estampido de una bomba de mano que derribaba la puerta principal.

Hallándose a dos pasos de la entrada al subterráneo, lanzóse John sobre Smith, despreciando la pistola. Este disparó. La bala rozó el cuello del muchacho trazándole un surco de sangre. Inició el joven unos pasos vacilantes cual si fuera a caer, pero lo que hizo fue empujar a Smith, haciéndole rodar por la abertura. Acto seguido, cerró la trampa.

Las fuerzas que habían acudido en su auxilio esforzábanse ya en abrir la cámara blindada.

John, temeroso de que empleasen otra bomba de mano cuyas consecuencias pudieran serle fatales, gritó:

—¡Soy Kennedy, muchachos! ¡Esperad! ¡Voy a abrir!

Y como había visto al jefe de la banda manipular en el resorte que movía la puerta, corrió hacia el mismo y obtuvo éxito.

Su sorpresa fue muy grata. Apenas la entrada quedó libre aparecieron una veintena de policías, como asimismo Conrad Hopey y Barry Hamilton, acaudillando a otros doce hombres afectos a ellos.

Se saludaron con grandes demostraciones de alegría.

—¿Dónde está el enemigo? —preguntaron varias voces.

John les señaló la trampa y entre todos se esforzaron en abrirla, pero no lo consiguieron.

—Habrá que emplear otra vez las bombas —anunció Hamilton.

La voz débil, intermitente, de Constanza, a la cual no había

concedido nadie atención, dijo:

—Yo haré funcionar… el resorte.

—¡Vive usted! —exclamó Kennedy. Y corrió hacia ella, tomándola en sus brazos.

Constanza, antes de cumplir su promesa, preguntó a Kennedy:

—¿Salvará usted… a Robert?

—¡Se lo prometo!

—Gracias. En esa mesa… encontrará usted el fichero de la organización… Verá que mi marido no figura en él… También hay cartas… cifradas… de la Dirección Suprema… pidiendo se haga lo necesario… para complicar a Robert y copia de mis respuestas… negándome en absoluto… En esta pulsera mía guardo la clave para descifrar esos documentos…

—¡Juro impedir que maten a su marido… si es tiempo todavía!

No solo dejó Constanza libre la entrada del subterráneo, sino que les informó de la salida que este tenía a la parte vieja de la ciudad.

Dividiéronse las fuerzas. La mitad de las mismas, dirigidas por Barry Hamilton, corrieron hacia la desembocadura de la gruta, mientras la otra mitad dispúsose a entrar en el subterráneo.

Constanza, con un hilo de voz, aconsejóles:

—¡No hagan eso! ¡Les cazarían! Ellos conocen todos los recodos donde ocultarse para disparar sin ser vistos. Con un par de hombres que queden para impedirles salir si vuelven, bastará. ¡Corran todos hacia la gruta!

Consultaron con la mirada al oficial que mandaba la fuerza y este lo hizo a John, el cual dijo:

—¡Vamos! Salgan delante. ¡Les alcanzaré enseguida!

Fue obedecido. Él se inclinó sobre la agonizante, a la cual había depositado en un sofá próximo, y dijo:

—Voy a tratar de curarla.

—Es inútil —respondió ella—. Esto se ha concluido. Dígale a Robert que me perdone… en gracia a lo mucho que le he amado… Muero por él. Cuando quise impedir que usted se lo llevara, Smith ordenó mi detención. Usted mismo ha presenciado el final. Añádale, como prueba de mi amor, que nunca hice daño a Fanny… aun creyendo que ella sospechaba de mí.

—¡Que Fanny sospechaba!…

—Estoy casi segura. Pero guardó silencio… para no causar a su hermano… le inmensa pena… de descubrirle que su mujer… era una espía…

No pudo continuar hablando.

Kennedy taponó hábilmente las heridas de la desdichada, las vendó lo mejor que pudo y salió corriendo para unirse a sus amigos, luego de recomendar a los agentes que quedaban guardando aquella boca de la galería subterránea, que atendiesen en todo a la moribunda.

* * *

El fin de aquella organización de espionaje significó un éxito de táctica y eficacia para las fuerzas que lo llevaron a cabo. Llegaron estas con tiempo suficiente para esconderse en los alrededores de la gruta y esperar.

El oficial escuchó el consejo de John.

—Si atacamos apenas comiencen a salir —dijo el pintor— nos exponemos a que retrocedan; la galería subterránea debe tener más de un kilómetro; ya sabemos que entrar equivale casi a un suicidio. Sitiarlos hasta que se rindan por hambre llevaría mucho tiempo. Creo será mejor permanecer inactivos hasta que hayan salido todos y caer luego sobre ellos.

Fueron apareciendo los esperados. Lo hacían de modo sigiloso, miraban en todas direcciones y corrían luego anhelantes.

Surgieron en último lugar Smith y Manzini.

Dejaron transcurrir un minuto más los que acechaban y al ver que nadie más salía, entraron en acción.

Sorprendidos y rodeados los malhechores acusaron su desconcierto pero se rehicieron pronto dispuestos a vender sus vidas caras.

El jefe comenzó a dar órdenes, más pronto hubo de volverse al oír la voz de Kennedy a sus espaldas.

—¡Smith, quiero matarle!

Volvióse e hizo fuego el conminado, pero su bala, mal dirigida a causa del nervosismo y de falta de tiempo, se perdió en el vacío mientras una rociada de plomo lanzada por John se le clavó en el

pecho.

Cayó de bruces para no volver a levantarse.

John, tras comprobar que había acertado plenamente, siguió peleando con los demás. Tropezó con el cadáver de Manzini.

—¡Lástima!… —dijo entre dientes—. ¡Cuánto me hubiera gustado ser yo quien te arrancase la vida!

—¿Cree usted que a mí no me ha dado gusto hacerlo? —preguntó Conrad, que estaba cerca y le oyó.

Media hora más tarde, todo había terminado. Los escasos espías supervivientes se rindieron sin condiciones. Las fuerzas triunfadoras tuvieron dos muertos y ocho heridos.

Dejando al oficial y a sus hombres que se hicieran cargo de los prisioneros, John, Barry y Conrad prestaron asistencia a los que la precisaban de los dos bandos.

Terminada la humanitaria labor, dijo el joven artista:

—Vuelvo a. la casa. Me interesa recoger cuanto haya allí de interesante, lo cual espero no sea poco.

—Le acompaño —ofreció Hopey.

—Yo también —anunció Barry—. Supongo no será necesario que vuelva a constituirme prisionero, ¿verdad?

—¡Claro que no!

El oficial no se opuso a lo que aquellos tres hombres deseaban. Contaba con instrucciones que se lo permitían. Además, sabía perfectamente quiénes eran e incluso los verdaderos motivos de la detención de Hamilton.

Durante el camino, Conrad explicó:

—Presencié, señor Kennedy, cómo le golpeaban y metían en un coche, pues no le perdía de vista. Mi primer pensamiento fue acudir en su ayuda, pero rectifiqué diciéndome que si seguía a sus raptores me sería quizá posible llegar al nudo que buscábamos. Lo hice así, valiéndome de todos los medios a mi alcance para pasar inadvertido; localicé la casa en que le metían y telefoneé pidiendo ayuda, sin omitir la conveniencia de que Barry viniese con los agentes.

—¡Menuda alegría me causó la noticia de que iba a dejar mi molesto encierro! —declaró Hamilton.

Habló de nuevo Conrad:

—Habrá usted de perdonarme por los malos tragos que haya sufrido y que acaso yo, aun yendo solo, hubiera podido evitarle, pero juzgué que lo más importante era…

John no le dejó concluir:

—¡Es usted un gran hombre, Hopey!

—¿De veras no me guarda rencor a pesar de haberle dejado expuesto a que le matasen?

—¿Guardarle rencor porque haya cumplido con su deber? No me ofenda y estreche mi mano. Puede apretarla. Aunque sea usted casi un gigante, yo no estoy hecho de mantequilla.

Rieron los dos. Barry lanzó también una carcajada y participó igualmente en las manifestaciones efusivas.

Cuando llegaron a la casa, Constanza había muerto.

—Nada se pudo hacer por ella —explicó uno de los agentes que allí quedaran—. Murió pronunciando el nombre de Robert.

—¡Descansa en paz, mujer! —exclamó Kennedy, cerrándole los párpados—. ¡El sacrificio que por amor has realizado te redime de cuanto mal hiciste!

Abrió la pulsera que ella le indicó antes y se apoderó de la clave. Luego, afanosamente, dio comienzo al registro de cuanto contenía la nefanda guarida.

CAPÍTULO X

ROBERT despertó sobresaltado como tantas veces le sucedía en el transcurso de las noches que siguieron a la lectura de la sentencia que le condenaba a muerte.

¿Habría llegado ya el momento? Escuchó con ansia. El corazón le golpeaba el pecho, cual si quisiera abrir un boquete y escapar.

No. Los pasos que causaron su explosión de angustia se alejaban. Trató de dormir. Imposible. El sueño había huido de sus párpados.

Abandonó el camastro y empezó a dar paseos por la reducida celda, deteniéndose a veces para mirar maquinalmente las negruras que formaban el fondo del estrecho ventanuco.

Había envejecido en pocas semanas. Nunca tuvo miedo a la muerte; pero ahora que la miraba acercarse a pasos agigantados, la temía.

Era horrible dejar de existir en plena juventud y, sobre todo, acusado de un delito que no cometió.

Durante el proceso se había defendido con energía, pero no le sirvió de nada. Las pruebas facilitadas por Winston, unidas a los informes que obraban de antemano en el departamento de contraespionaje, resultaron abrumadoras. Se demostró hasta la saciedad que la banda existía, que Constanza era uno de los principales componentes… Y los datos aportados por Smuts la presentaban a él como jefe de la misma, según se había supuesto.

Siguió confiando en su esposa, no admitiendo, de ningún modo, la acusación lanzada. Lo mismo que se ensañaban con él, siendo inocente, ocurriría con ella. La idea de no volver a verla llenábale los ojos de lágrimas. ¡Oh, si le hubiera hecho caso!

Por su cerebro desfilaban en tropel una vez y otra los acontecimientos de aquellos días. ¡Cuán horrible se le antojaba el

comportamiento de Kennedy! ¡Y pensar que Fanny le había adorado! ¡Fanny!… ¡Pobre hermanita ingenua! Aún creía Robert estarla viendo suspirar en el transcurso del viaje, oteando la lejanía; confiando en John; dando por seguro que se había quedado en tierra contra su voluntad; aun rememoraba cual si acabara de presenciarla su decepción espantosa, su amargura sin límites cuando al llegar a Londres le entregó Smuts una carta.

A partir de entonces, el calvario adquirió proporciones de pesadilla; verse detenido y encarcelado, sin poder dar a los viejos padres el abrazo que anhelaba, anhelo que iba a costarle la vida; hablar con ellos y con Fanny a través de las rejas; intentar animarlos, cuando él tenía deshecho el espíritu… Y después, el proceso, el horrible proceso en que todo se le volvía en contra.

Los primeros clarores de un nuevo día se filtraron por el estrecho ventanuco.

Wilkins suspiró.

—¡Veinticuatro horas más de existencia! —dijo, entre dientes.

Estaba informado de que las ejecuciones se llevaban a cabo de madrugada, y como no sabía cuándo iba a tener lugar la suya, cada, noche pensaba que nunca más vería el sol.

—¡Soy un cobarde! —siguió monologando—. Debería desear acabar de una vez con este suplicio y, sin embargo, no lo deseo. ¡Es espantoso que le quiten a uno la vida violentamente, y más espantoso aun cuando no se ha hecho nada para merecer ese castigo!…

Al mediodía le llamaron al despacho del Director de la prisión. Robert no podía explicarse lo que aquello significaba. Acudió, conducido por el guardián, como un muñeco que anduviese. No sentía nuevos temores; nada peor de lo que aguardaba le habría de ocurrir y, sin embargo, una serie ininterrumpida de escalofríos le recorrió el cuerpo.

—Le he llamado para anunciarle que se va a revisar su proceso —díjole el director—. Han concurrido ciertas circunstancias que aconsejan tal medida. Y como esto, en medio de todo, significa una grata nueva, he querido trasladársela personalmente.

Wilkins no pudo explicarse el efecto que la noticia le produjo. De una parte, la tranquilidad de saber que, por lo menos, hasta que dicha revisión se llevara a efecto, podría dormir tranquilo, sin

miedo a que le despertasen para entregarle al verdugo; de otra parte, el tormento de escuchar nuevas acusaciones, de sufrir acongojado por la impotencia.

Le volvieron al encierro sin que hubiera pronunciado palabra alguna.

* * *

Cierta tarde, el carcelero de guardia se presentó en la celda diciendo:

—Le llaman en la Dirección.

—¡Otra vez! —protestó, malhumorado, Robert.

—¡Vamos! Tiene usted una visita.

El preso hizo un gesto de extrañeza profunda. Las visitas tenían lugar en determinados días, a determinadas horas y en los locutorios. ¿Qué podía significar aquello?

No formuló, sin embargo, pregunta ninguna y se dejó conducir a donde el guardián indicara.

Parecióle ver un asomo de sonrisa amable en el gesto siempre duro del director, el cual le dijo al verle:

—Pase a esa dependencia.

Obedeció Robert, cada vez más sorprendido de aquel trato especial. La puerta se cerró tras él. En aquella habitación había un hombre vuelto de espaldas, a. quien no reconoció en principio.

El hombre se volvió y Wilkins exclamó, atónito:

—¡John Kennedy!

—El mismo.

Quizá si Robert no se hubiera encontrado tan abatido, tan sin fuerzas materiales y morales, habría, saltado sobre el visitante, pero el estado de su ánimo le produjo solo una reacción de infinita tristeza.

—¿Viene usted a gozarse en su obra? —susurró.

—Vengo a salvarle —repuso, humildemente, el pintor.

—¡A salvarme!

En la exclamación del preso hubo sarcasmo angustioso.

—Desde Ginebra cursé cables para que interrumpieran el proceso… o dejaran sin efecto la ejecución si dicho proceso había ya concluido. Acabo de llegar; he hecho lo necesario en su favor y

he corrido a verle, no con ánimo de pedirle que me perdone, sino para cumplir una promesa.

Robert no acertaba a dar crédito a lo que oía. Imaginó estar soñando o ser víctima de una de las alucinaciones que con frecuencia le asaltaban desde que fue condenado a muerte.

—Siéntese, por favor —añadió Kennedy—, y trate de oírme con calma. Usted no puede imaginarse la violencia que me ha significado venir a verle. Estoy dispuesto a oír sin protestas sus insultos, sus recriminaciones.

—¿Significa eso que ha resplandecido mi inocencia? —inquirió Wilkins, empezando a serenarse.

—Sí. He descubierto la verdad y en poder de las autoridades competentes obran ya las pruebas. Su proceso va a revisarse enseguida y puedo garantizarle que recobrará usted la libertad con todos los pronunciamientos a su favor.

—¡Pero…!

No pudo el preso continuar. La emoción se lo impedía. En su pecho chocaban los desees de abrazar y escupir a quien le hablaba.

—Repito que no vengo a solicitar su perdón —siguió diciendo Kennedy—. Le he hecho demasiado daño para pensar en conseguirlo, pero sírvanme de disculpa mis afanes por deshacer el yerro. Lo mucho que he sufrido y sufro al considerar destrozadas mis ilusiones amorosas, sobre todo, el haber actuado en beneficio de la patria, de nuestra patria, Wilkins, pues no habrá olvidado que nació en Londres. Yo nada tenía contra usted. Se me ordenó hacerle venir por creerle jefe de una organización de espías que laboraba contra Inglaterra. Las circunstancias hicieron de modo que yo mismo creyese en su culpabilidad.

—¡Es curioso! —exclamó Robert, con ironía dolorosa—. ¡Todavía me emociono al oír hablar de una patria que ha querido ahorcarme!

—La patria, no. Los hombres, sujetos siempre a errores. Siga escuchándome. Deseo contárselo todo.

Lo hizo así, sin omitir detalle.

Cuando llegó al período de su encuentro con Constanza en la cámara blindada, de los disparos que sobre ella hicieron Smith y Manzini, de la noble reacción de la mujer en los últimos momentos,

Wilkins estalló en un sollozo desgarrador y ocultó el rostro entre las manos.

John guardó silencio, respetando aquel desahogo, y añadió después:

—Trate de consolarse. Ella se dignificó con su reacción final. La promesa que le hice cuando agonizaba es lo que me ha inducido a esta entrevista. Sus últimos pensamientos fueron para usted. Me encareció le rogase que la perdonara en gracia a haber sacrificado la vida al amor. Insistió en que hiciese a usted saber que Fanny conocía parte de sus actividades y, sin embargo, aun sabiendo el peligro que corría, no hizo nada contra ella.

Hubo una pausa larga. Robert había dejado de sollozar, aunque por sus mejillas corría un llanto que abrasaba como el fuego.

Alzóse Kennedy, dando por acabada la entrevista, y se dirigió a la puerta sin que su interlocutor pronunciara palabra alguna.

Antes de salir, obedeciendo a un impulso irreprimible, volvióse y dijo:

—Tan pronto como sea usted puesto en libertad abandonaré Londres. Probablemente no volveremos a vernos nunca. Si cuando la herida de su corazón se cicatrice quiere perdonarme, dígale a Fanny que la amaré siempre.

Tampoco respondió Wilkins.

Kennedy, conteniendo un suspiro, abandonó la estancia.

—¿Terminada la entrevista? —preguntóle el Director.

—Terminada, sí. Espero traten al señor Wilkins con el máximo de consideraciones que permita la disciplina del establecimiento. Pronto será proclamada su calidad de ciudadano digno.

—Así se hará.

* * *

La fuerte tensión de nervios a través de días y días, unido al sufrimiento moral, quebrantaron la salud de Kennedy hasta el extremo de que los médicos llegaron a temer por su vida.

Sin embargo, aun en los momentos de mayor gravedad estuvo pendiente de cuanto se relacionase con la revisión del proceso de Wilkins. El propio Winston le informó hora a hora de la marcha del asunto.

Cuando el pintor supo que Robert no solo había sido absuelto, sino rehabilitado y honrado como merecía, respiró a gusto por primera vez desde hacía tiempo y empezó a mejorar. Tan pronto como se encontró en condiciones de moverse, aunque débil todavía, inició los preparativos de marcha.

Hallábase en ellos cuando le anunciaron la visita de Smuts, quien hizo un gesto de extrañeza al verle en tal actitud.

—¿Qué significa eso, mi querido amigo? —preguntó.

—Sencillamente, que abandono Londres.

—¿Cuándo?

—Mañana.

—¿Puedo saber a dónde?

—A Norteamérica… si un barco enemigo no me lo impide en la travesía.

—¿Le han encomendado alguna misión allí?

—No. He obtenido un permiso ilimitado. Mi salud se resiente mucho.

—Y su espíritu más.

John miró con desagrado a su interlocutor, quien basándose en la confianza ya adquirida, había tomado asiento sin que se le invitara y encendía un cigarrillo.

Sentía el artista una mezcla de odio y admiración hacia aquel hombre imperturbable para quien fuera de su tarea, carecían de valor las cosas más trascendentales. Aquel hombre que, aunque no infalible, como los hechos demostraran, había rendido a Inglaterra grandes servicios y hallábase decidido a seguírselos rindiendo mientras el cuerpo le hiciese sombra; aquel hombre que había contribuido a su ruina moral y sobre quien no podía, sin embargo, lanzar acusaciones toda vez que se condujo de la manera que estimó más sensata para servir a la patria en peligro.

—Sí —dijo Kennedy, después de largo silencio—. Mi espíritu está resentido también.

—Lo comprendo. La prueba por que ha pasado ha sido dura… aunque no tanto como se imagina usted.

—¿Qué dice?

La mirada de Kennedy agudizóse más aún. Winston pidió disculpa con una amable sonrisa y respondió:

—Permita a un perro viejo que, con todos los respetos, le hable por vez primera en tono un poco agrio: Cada cual cree que lo suyo es lo más importante de cuanto existe; solo los que permanecemos al margen de las sensaciones comunes podemos calibrar las de los que nos rodean. Fuerte, muy fuerte ha sido el sacrificio realizado por usted en cuanto a su amor se refiere; más fuerte hubiera sido la muerte de Robert Wilkins; pero… infinitamente más fuerte que ambas cosas resultaría que por detenernos ante esas consideraciones rechazásemos las pruebas con carácter irrefutable de culpabilidad que nos permitan apoderarnos de enemigos cuya actuación equivale a la pérdida de miles de soldados que abandonaron sus hogares, sus padres, sus hijos, sus esposas para luchar en los campos de batalla. Errores que pueden dar lugar a casos como el que nos ocupa son hartamente sensibles; pero, si por miedo a incurrir en ellos abandonásemos nuestros puestos, los enemigos se multiplicarían y las emboscadas tendidas a nuestros muchachos merced a los informes del espionaje, alcanzarían cifras fabulosas. Créeme, amigo mío: mientras la guerra dure estamos en la obligación de seguir en la brecha, aunque a veces tengamos que pisotear nuestros más dulces sentimientos.

Impresionado por el breve discurso, repuso Kennedy:

—Admito que se halla usted en lo cierto. Yo… no eludo mi obligación. El “Intelligence Service” sabrá en todo momento dónde estoy y podrá seguir disponiendo de mí… apenas me reponga un poco del golpe sufrido.

—Bien, bien; es usted muy dueño de hacer lo que guste y le suplico perdone el atrevimiento que ha significado el hablarle así. ¿Me permite ahora presentarle un nuevo elemento del organismo? Me ha acompañado y está fuera.

—¡Claro! ¿Por qué no pasó?

—Preferí que hablásemos primero a solas, por si se le ocurría a usted decirme algo confidencial. Ya conoce nuestras costumbres… —advirtió que Kennedy disponíase a pulsar un timbre, sin duda para llamar al criado y ordenarle que condujera hasta allí al otro visitante, y le contuvo diciendo—: No se moleste; yo mismo le haré entrar.

Extrañó al joven aquella actitud de su camarada; pero cuando su sorpresa no tuvo límites, fue en el momento de verle reaparecer

seguido de Robert Wilkins.

—¡Usted! —exclamó John—. ¡Usted aquí!

—¿Le desagrada? —preguntó el recién llegado; dirigiéndole una triste sonrisa.

—¿Desagradarme?… No… No; ¡todo lo contrario!… Es que no acierto a comprender…

—Se lo explicaré yo —intervino Smuts—: el señor Wilkins, a pesar de lo que ha sufrido, a pesar de que ha estado a punto de perder la vida de modo ignominioso, apenas se ha visto absuelto y proclamado hijo predilecto de Londres, ha reaccionado en sentido honroso por demás.

—He creído —intervino Wilkins— que debo prestar a mi país el servicio que no he podido darle durante los pasados años y que el mejor modo de hacerlo y probarle mi cariño es entrando a formar parte del organismo que me obligó a regresar… aunque para muy distintos fines.

—Vino a buscarme —fíjese, Kennedy; a buscarme a mí que soy el responsable de cuanto le ha sucedido— para que apoyara su solicitud; lo hice con el mayor gusto y con el mayor gusto le he acompañado hoy ante usted.

John estaba profundamente emocionado. Jamás hubiera podido concebir tanta nobleza, tanta abnegación en un hombre.

—Es para mí un honor… —empezó a decir. Pero interrumpióse oyendo a Robert replicar:

—¿No le parece que va ya siendo razón de que nos demos la mano?

Tendió su diestra al pintor, el cual se apresuró a estrecharla al mismo tiempo que decía:

—Gracias, señor Wilkins. ¡Proclamo que es usted un ser superior!

—¿Por qué? ¿Por esto que hago?…

—Yo no merezco… mejor dicho, nosotros (y señaló a Smuts) no merecemos que nos trate así.

—Ya ha oído usted, señor Kennedy, que he pedido, como compensación a mi sufrimiento, el ingreso en el “Intelligence Service”. Pues bien: ¿sería justo que empezase a actuar alimentando rencor hacia dos de sus elementos valiosos? Por otra

parte… nadie está libre de errores. Cabe en lo posible que cometa alguno y, si así ocurriera, me gustaría ser perdonado como perdono yo.

—De todos modos…

—No hablemos más de eso, se lo ruego.

—Sugiero a usted, señor Kennedy —dijo Smuts— que nos invite a un whisky y brindemos per la buena amistad de los tres.

—Sí… encantado…

Hizo comparecer al sirviente y le ordenó trajese lo dicho por el inspector.

Cuando el criado iba a salir en busca de lo pedido, Robert le detuvo con un ademán y preguntó a Kennedy:

—¿No tiene usted en casa alguna bebida más suave?

—Sí, desde luego. ¿No le gusta el whisky?

—Mucho. Pero es que en el brindis nos va a acompañar otra persona para quien eso resultará demasiado fuerte.

—¿Otra persona?…

—Voy a hacerla entrar. Con permiso…

Salió Wilkins.

Kennedy, presintiendo lo que se avecinaba, tembló como la hoja de un árbol.

Winston, sonriendo, comentó:

—Como observará, hoy es día de grandes sorpresas.

—¿Qué significa esto? ¿Será posible?…

La respuesta estuvo representada por la aparición de Fanny en el umbral.

Miráronse los enamorados en silencio durante algunos segundos.

En los ojos de la joven brillaban las lágrimas.

—¡Fanny! —susurró él, sin fuerzas apenas.

—¡John!

—¡Tú en mi casa!… ¿Es que… me has perdonado también?

Corrió la muchacha hacia él y se refugió en sus brazos.

—¡Te adoro!

Unieron sus labios.

Winston dijo al sirviente, el cual, inmóvil, presenciaba la

escena:

—Vamos… Sírvanos el whisky en otra habitación —y añadió en voz baja a Robert, señalando a Fanny y John—: Ellos no lo necesitan. Están paladeando un licor mucho más agradable.

FIN

COLECCION BISONTE

ULTIMOS TITULOS PUBLICADOS

48. — Dan el aventurero. *H. Enberg.*
49. — El rebelde. *M. Kuss.*
50. — El puma. *Raf Segrram.*
51. — La voz del diablo. *Michael Kuss.*
52. — El maligno Duddley. *M. de Silva.*
53. — *El lobo solitario. M. Kuss.*
54. — Los valientes. *Raf Segrram..*
55. — Connole, hijo de Connole. *Alone Gregory.*
56. — La senda perdida. *Michael Kuss.*
57. — El reducto de Sierra Brava. *R. C. Lindsmoll.*
58. — El aguilucho. *Raf Segrram.*
59. — La mina sangrienta. *Walter Higgins.*
60. — "Gunman" y caballero. *M. de Silva.*
61. — Tierra de nadie. *Michael Kuss.*
62. — El cantor de Cedar. *Raf Segrram.*
63. — Connole salva el apuro. *Alone Gregory.*
64. — El "cow-boy" y la reina. *M. de Silva.*
65. — El protegido. *Raf Segrram.*
66. — Por el honor de Roy. *M. de Silva.*
67. — De hombre a hombre. *Raf Segrram.*
68. — El valle codiciado. *R. C. Lindsmoll.*
69. — El buitre de Overton. *Raf Segrram.*
70. — El guerrillero de Tejas. *M. de Silva.*
71. — El intruso. *Peter Doom.*
72. — La ruta de Alan Connole. *Alone Gregory.*
73. — El bandido de la frontera. *Evan Evans.*
74. — El salvaje. *Raf Segrram.*
75. — Fama de forajido. *M. de Silva.*
76. — Cuesta arriba. *Raf Segrram.*
77. — Dos hombres y una pistola. *Peter Doom.*
78. — Cara a cara. *Raf Segrram.*
79. — Alan Connole contra "Máscara Negra". *Raf Segrram.*
80. — El juramento. *Peter Doom.*
81. — El rancho "Dama Negra". *M. de Silva.*
82. — La tigresa. *Raf Segrram.*
83. — Sangre en la frontera. *R. C. Lindsmoll.*
84. — El último "cow-boy". *Peter Doom.*
85. — El infierno negro. *Fidel Prado.*
86. — Cuando aparece Connole. *Alone Gregory.*
87. — El último del rancho. *Raf Segrram.*
88. — Burlando a la muerte. *M. de Silva.*
89. — Una silla de montar. *Peter Doom.*
90. — "Comstack Lodi". *Fidel Prado.*

91. — Johnny Richmond. *M. L. Stefanía.*
92. — El amo de la montaña. *M. de Silva.*
93. — El espectro. *Raf Segrram.*
94. — El último disparo. *R. C. Lindsmall.*
95. — Por la pendiente. *Fidel Prado.*
96. — Cachorro de pistolero. *M. L. Stefanía.*
97. — Camino de la horca. *Peter Doom.*
98. — Siete tiros. *Raf Segrram.*
99. — Sangre celta. *Fidel Prado.*
100. — Un hombre sin marca. *Peter Doom.*
101. — La loba mansa. *Raf Segrram.*
102. — Cuadrilla de expoliadores. *Fidel Prado.*
103. — Viento del Oeste. *Peter Doom.*
104. — La última oportunidad. *Raf Segrram.*
105. — La última voluntad de Harry Hich. *Fidel Prado.*
106. — Tom O'Day compra un rancho. *Peter Doom.*
107. — El rey de Nevada. *Raf Segrram.*
108. — Riña de lobos. *Fidel Prado.*
109. — Tres hombres juntos. *Peter Doom.*
110. — Huracán de odios. *M. de Silva.*
111. — Al volver a la vida. *Raf Segrram.*
112. — Ráfagas del desierto. *R. C. Lindsmall.*
113. — El que quiso ser pistolero. *Fidel Prado.*
114. — Un torbellino. *Peter Doom.*
115. — Tres amigos de verdad. *Raf Segrram.*
116. — Borracho de pólvora. *M. de Silva.*
117. — Campo dorado "city". *Fidel Prado.*
118. — Peligro en la ruta. *Alone Gregory.*
119. — El domador de potros. *Peter Doom.*
120. — Jeff, el invencible. *Raf Segrram.*
121. — El valle de los siete ojos. *John F. Abbot.*
122. — Pueblo de ventajistas. *M. L. Stefanía.*
123. — En el camino de Dodge. *J. de Cárdenas.*
124. — El peor de los "cow-boys". *M. de Silva.*
125. — El final del sendero. *Fidel Prado.*
126. — Uno que vale por cien. *Raf Segrram.*
127. — ¡California Kid! *Francisco Escaño.*
128. — Jugando con la muerte. *Peter Doom.*
129. — Cara de póker. *Fidel Prado.*
130. — Duro de pelar. *Raf Segrram.*
131. — A mil dólares, la vida. *M. de Silva.*
132. — A cara o cruz. *Peter Doom.*
133. — ¡Estaba escrito! *Fidel Prado.*
134. — El grandullón. *Raf Segrram.*
135. — Un equipo tejano. *M. L. Estefanía.*
136. — Una bala para tres. *R. C. Lindsmall.*
137. — El fugitivo. *Peter Doom.*
138. — Entre fieras. *Raf Segrram.*
139. — ¡Adelante, Willy! *M. de Silva.*
140. — Los pastos del río. *Joe Bennett.*
141. — El fantasma de tierra amarilla. *J. de Cárdenas.*
142. — Mercaderes sin ley. *R. C. Lindsmall.*